

TUS
LIBROS



EL HOMBRE INVISIBLE

HERBERT GEORGE
WELLS



se

Herbert George Wells utiliza sus «fantasías científicas» para criticar —siguiendo la tradición de Swift— las instituciones y debilidades humanas. El hombre invisible nos muestra las contradicciones de un joven y brillante científico que, tras largas jornadas de agotadores experimentos, descubre la forma de hacerse invisible. Sin embargo, trastornado por los sufrimientos y el acoso a que se ve sometido, abandona todo escrúpulo y trata de emplear su descubrimiento para enriquecerse y dominar, sin detenerse ante la violencia y el engaño. Novela fantástica y un tanto amarga, subraya los potenciales peligros de la ciencia.



H. G. Wells

El hombre invisible

ePub r1.1

orhi 28.11.2019

Título original: *The Invisible Man*

H. G. Wells, 1897

Traducción: Julio Gómez de la Serna

Apéndice: Constantino Bértolo Cadenas

Ilustraciones: Louis Strimpl

Cubierta: José María Ponce

Grabado del autor: Julio Gutiérrez Mas

Editor digital: orhi

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

El hombre invisible

Cap. 1. La llegada del hombre misterioso

Cap. 2. Las primeras impresiones del señor Teddy Henfrey

Cap. 3. Las mil y una botellas

Cap. 4. El señor Cuss celebra una entrevista con el desconocido

Cap. 5. El robo de la vicaría

Cap. 6. El mobiliario que enloqueció

Cap. 7. El desconocido se descubre

Cap. 8. En tránsito

Cap. 9. El señor Thomas Marvel

Cap. 10. La visita del señor Marvel a Iping

Cap. 11. En la posada Coach and Horses

Cap. 12. El Hombre Invisible pierde la paciencia

Cap. 13. El señor Marvel presenta su dimisión

Cap. 14. En Port Stowe

Cap. 15. El hombre que corría

Cap. 16. En la taberna de los Jolly Cricketers

Cap. 17. El visitante del doctor Kemp

Cap. 18. El Hombre Invisible duerme

Cap. 19. Algunos principios importantes

Cap. 20. En la casa de Great Portland Street

Cap. 21. En Oxford Street

Cap. 22. En el emporio

Cap. 23. En Drury Lane

Cap. 24. El plan que fracasó

Cap. 25. A la caza del Hombre Invisible

Cap. 26. El asesinato del señor Wicksteed

Cap. 27. El sitio de la casa de Kemp

Cap. 28. El cazador cazado

Epílogo
Apéndice
Notas



HERBERT GEORGE WELLS (1866-1946)

TUS
LIBROS

El Hombre Invisible



EL HOMBRE INVISIBLE

HERBERT GEORGE WELLS

Traducción:
Julio Gómez de la Serna

Apéndice:
Constantino Bértolo Cadenas

Ilustración:
Louis Strimpl

La presente obra es traducción directa e íntegra del original inglés en su primera edición, The Invisible Man, publicada en Nueva York, 1897.

Las ilustraciones originales que aparecen en esta edición acompañaron al texto de la primera edición ilustrada, publicada por Calman-Lévy, Editeurs, París.

La llegada del hombre misterioso

El desconocido llegó a pie desde la estación de ferrocarril de Bramblehurst cierto día invernal a primeros de febrero, abriéndose paso a través de un viento cortante y de espesos copos de nieve. Era la última nevada del año. Llevaba en la mano enfundada en gruesos guantes un pequeño maletín negro. Iba embozado desde la cabeza hasta los pies y el ala de su sombrero de fieltro escondía por completo su rostro, sin dejar al descubierto más que la reluciente punta de su nariz; la nieve se había amontonado sobre sus hombros y su pecho, y formaba una ligera capa blanca en la parte superior del maletín. Entró tambaleándose y más muerto que vivo en la posada Coach and Horses y dejó caer al suelo su carga. «¡Por caridad! —exclamó—. ¡Una habitación y un fuego!» Golpeó el suelo con los pies, se sacudió la nieve junto al mostrador y siguió a la señora Hall hasta la sala, para llegar a un acuerdo sobre los precios. Y sin más preámbulos que éstos y un par de soberanos[1] arrojados sobre la mesa, se instaló en la posada.

La señora Hall encendió el fuego y lo dejó solo, mientras se disponía a prepararle la comida con sus propias manos. Un cliente dispuesto a quedarse en Iping en invierno constituía una suerte inaudita, especialmente si este cliente no se mostraba regateador. Por lo tanto la posadera estaba dispuesta a mostrarse digna de su buena fortuna.



En cuanto el bacon estuvo listo y hubo movido a trabajar a Millie, su flemática ayudante, valiéndose de unas cuantas y bien escogidas expresiones de desprecio, llevó el mantel, los platos y los vasos a la sala y comenzó a colocarlo todo con el mayor *éclat*[2]. Le sorprendió ver que, aunque el fuego ardía alegremente, su cliente tenía puestos aún el sombrero y el abrigo y permanecía de espaldas a ella, contemplando a través de la ventana la nieve que caía en el patio.

Mantenía unidas a su espalda las manos enguantadas y parecía sumido en profundos pensamientos. La señora Hall observó que la nieve derretida, que aún le cubría los hombros, caía sobre la alfombra.



—¿Puedo quitarle el sombrero y el abrigo, señor —dijo—, y darles un buen secado en la cocina?

—No —repuso él sin volverse.

No muy segura de haberle oído se dispuso a repetir su pregunta. El volvió la cabeza y la miró por encima del hombro.

—Prefiero tenerlos puestos —dijo con énfasis.

La señora Hall vio que llevaba grandes gafas azules con cristales laterales y, por encima del cuello de su abrigo, espesas patillas que le cubrían completamente el rostro.

—Muy bien, señor —dijo—. Como guste. La habitación se calentará en seguida.

No recibió respuesta alguna, y el hombre apartó de nuevo la vista de ella. La señora Hall, comprendiendo que sus intentos de conversación estaban fuera de lugar, dejó el resto de las cosas sobre la mesa, rápida y bruscamente, y salió de prisa de la habitación. Cuando entró de nuevo, el hombre continuaba de pie en el mismo sitio como si fuera de piedra, con la espalda encorvada, el cuello vuelto hacia arriba y la empapada ala de su sombrero escondiendo completamente su cara y sus orejas. La señora Hall colocó los huevos con jamón encima de la mesa con marcado énfasis y gritó, más que dijo:

—Su almuerzo está servido, señor.

—Gracias —repuso él sin hacer ningún movimiento hasta que la mujer hubo cerrado la puerta. Entonces giró sobre sus talones y se acercó a la mesa con cierta avidez.

Cuando la señora Hall se dirigía a la cocina por detrás del mostrador, llegó hasta sus oídos un ruido repetido a intervalos regulares. Chirk, chirk, chirk. Era el sonido de una cuchara batiendo rápidamente en un plato. «¡Esa muchacha! —dijo—. ¡Vaya! Se me había olvidado por completo. ¡Si no tardara tanto!» Y mientras ella misma terminaba de mezclar la mostaza, reprendió verbalmente a Millie por su excesiva lentitud. Ella había cocinado el jamón y los huevos, había puesto la mesa y lo había hecho todo, mientras que Millie (¡vaya una ayuda!) no había conseguido más que retrasar la mostaza. ¡Y se trataba de un cliente que deseaba quedarse algún tiempo! Llenó el tarro de la mostaza y, colocándolo con dignidad en una bandeja de té dorada y negra, la llevó a la sala.

Golpeó la puerta con los nudillos y entró. Mientras tanto el

huésped se movió con tanta rapidez, que ella apenas tuvo tiempo de ver un objeto blanco que desaparecía detrás de la mesa. Parecía como si estuviera recogiendo algo que se hubiera caído al suelo. La señora Hall dejó caer con un golpe seco el tarro de mostaza en la mesa y observó que se había quitado el sombrero y el abrigo y los había dejado en una silla enfrente del fuego. Un par de botas mojadas amenazaban oxidar el guardafuegos de acero de su chimenea. Se acercó a estos objetos con decisión.

—Supongo que ahora puedo llevármelos para secar —dijo con voz que no dejaba lugar a negativas.

—Deje el sombrero —repuso el huésped con voz ahogada. La señora Hall, volviéndose, vio que había levantado la cabeza y la estaba mirando.

Durante un instante lo contempló demasiado sorprendida para hablar. Sostenía con una mano una tela blanca, una servilleta que había traído consigo, y se cubría con ella la parte inferior de la cara, de modo que su boca y sus mandíbulas quedaban completamente escondidas y ésa era la razón de su voz apagada. Pero no fue esto lo que sobresaltó a la señora Hall, sino el hecho de que la parte de su frente que no estaba cubierta por las gafas negras había sido vendada, y que otra venda le cubría las orejas. Por lo tanto, ni un centímetro de su rostro era visible, excepto su nariz rosada y puntiaguda. Era de un rosa brillante y fuerte, y se mantenía inalterable desde el momento en que el hombre entrara en la posada.



Vestía una chaqueta de terciopelo de un oscuro color pardo y un acartonado cuello de hilo, completamente vuelto hacia arriba. Su espeso cabello negro, que escapaba como podía por debajo y a través de los vendajes formando extraños rabos y cuernos, le daba la apariencia más fantástica que se pudiera concebir. Aquella cabeza vendada y escondida era algo tan distinto de lo que la señora Hall había imaginado, que durante un momento permaneció rígida e inmóvil.

El hombre mantuvo la servilleta en la misma posición, sosteniéndola con la mano enfundada en un guante marrón y sin dejar de mirarla con sus inescrutables e impersonales gafas negras.

—Deje el sombrero —repitió, hablando de un modo confuso a través de la tela blanca.

Los nervios de la señora Hall comenzaron a reponerse del trastorno sufrido. De nuevo colocó el sombrero en la silla.

—Yo no sabía, señor —comenzó a decir—, que...

Se detuvo, turbada.

—Gracias dijo él secamente, trasladando la mirada de la mujer a la puerta y de nuevo a la mujer.

—Haré que se lo sequen en seguida, señor —dijo la posadera sacando la ropa de la habitación.

Echó una última mirada a su cabeza vendada de blanco y a las gafas inexpresivas al atravesar la puerta, pero la servilleta seguía cubriéndole el rostro. Se estremeció ligeramente al cerrar la puerta tras sí y su cara expresó con claridad su perplejidad y sorpresa. «*Nunca* he... —susurró—. ¡Vaya!» Se dirigió sin hacer ruido a la cocina, y cuando llegó allí estaba demasiado preocupada para pensar en preguntarle a Millie qué era lo que estaba haciendo *ahora*.

El huésped permaneció sentado un momento escuchando sus pisadas, y echó una mirada interrogadora a la ventana antes de quitarse la servilleta y reanudar su comida. Tomó una cucharada, lanzó una nueva mirada desconfiada a la ventana y tomó otra cucharada; entonces se levantó, y con la servilleta en la mano atravesó la habitación y bajó la persiana hasta la altura de la muselina blanca que cubría los paneles inferiores. Esto sumió a la habitación en una semipenumbra. Entonces, volvió con aire más tranquilizado a la mesa y a su comida.

—El pobrecillo ha sufrido un accidente, una operación o algo parecido —dijo la señora Hall—. ¡Vaya susto que me dieron los vendajes!

Echó más carbón al fuego, abrió un secador plegable y extendió sobre él el abrigo del viajero.

—¡Y esas gafas! ¡Parece más bien un equipo de buzo que un hombre de carne y hueso! —colgó la bufanda en una esquina del secador—. ¡Y manteniendo todo el tiempo el pañuelo encima de la boca! ¡Hablando a través de él...! Quizá esté también herido en la boca... Es posible.

De pronto giró rápidamente como quien se acuerda de algo.

—¡Válgame Dios! —dijo, cambiando de tema—. ¿No has terminado eso *todavía*, Millie?

Cuando la señora Hall entró para retirar el servicio del almuerzo del desconocido, se afianzó en su idea de que debía de tener la boca desfigurada o herida a causa del accidente que suponía había sufrido, porque estaba fumando en pipa y durante el tiempo que ella permaneció en la habitación no soltó un pañuelo de seda con el que había envuelto la parte inferior de su rostro, ni siquiera para meterse la pipa en la boca. No se trataba de un olvido, porque la señora Hall vio que contemplaba el tabaco que se iba consumiendo. Estaba sentado en el rincón, de espaldas a la ventana, y ahora que había comido y bebido, y se había calentado, habló con menos agresividad que antes. El reflejo del fuego prestaba cierta animación rojiza a sus grandes gafas.

—Tengo algún equipaje —dijo— en la estación de Bramblehurst.

Le preguntó de qué modo podría hacérselo traer y, para agradecer la explicación de la señora Hall, inclinó cortésmente su cabeza vendada.

—¡Mañana! —exclamó—. ¿No podrá llegar antes?

Pareció decepcionado cuando ella respondió que no. ¿Estaba completamente segura? ¿No habría ningún hombre que pudiera ir a buscarlo con un carro?

La señora Hall respondió con mucho gusto a sus preguntas y en seguida dio un campo más amplio a la conversación.

—El camino de la cuesta es muy empinado, señor —dijo en respuesta a su última pregunta; y después, aprovechando la oportunidad, añadió—: Allí fue donde volcó un coche hace poco más de un año y murieron un caballero y el cochero. Un accidente, señor, puede ocurrir en cualquier momento, ¿no es cierto?

Pero el forastero no podía ser engañado tan fácilmente.

—Así es —dijo a través del pañuelo de seda, contemplando en silencio a la posadera desde detrás de sus inescrutables gafas.

—Y tarda uno mucho tiempo en reponerse, ¿no es cierto? Por ejemplo, mire lo que le ocurrió a Torn, el hijo de mi hermana. Se cortó el brazo al caerse en la era llevando una hoz en la mano. ¡Válgame Dios! Estuvo tres meses vendado. No sé si lo creerá usted. Desde entonces las hoces me dan un miedo espantoso.

—Lo comprendo perfectamente —dijo el huésped.

—Teníamos miedo de que hubiera que operarlo; tan malo estaba, señor.

El desconocido se echó a reír bruscamente, con una risa semejante a un ladrido, que parecía morder y matar algo dentro de su boca.

—¿Sí? —dijo.

—Sí, señor. Y no era cosa de risa para los que nos ocupábamos de él, como yo, porque mi hermana estaba atareada con los pequeños. Había que quitarle y ponerle las vendas, señor. De modo que me atrevo a sugerirle, señor...

—¿Quiere traerme unas cerillas? —dijo el forastero con brusquedad—. Se me ha apagado la pipa.

La señora Hall dio un respingo. Después de todo lo que le había contado, el hombre se mostraba verdaderamente grosero. Le miró con la boca abierta durante un momento, pero, recordando de pronto los dos soberanos recibidos, fue a buscar las cerillas.

—Gracias —dijo su huésped lacónicamente cuando se las entregó. Después le volvió la espalda y comenzó a mirar una vez más por la ventana. Era evidente que le molestaba que le hablaran de operaciones y vendajes. La señora Hall no se atrevió por fin a sugerirle nada. Pero sus desplantes le habían irritado y Millie fue quien sufrió las consecuencias aquella tarde.

El desconocido estuvo en la sala hasta las cuatro, sin que la posadera tuviera la menor excusa para interrumpirle. Durante casi todo aquel tiempo permaneció inmóvil. Debió de estar sentado en la creciente oscuridad, fumando junto al fuego. Dormitando, quizá.

Una o dos veces se le pudo oír manejando los trozos de carbón, y por espacio de cinco minutos recorrió de un lado a otro la habitación. Parecía hablar consigo mismo. Después, la butaca crujió bajo el peso de su cuerpo al sentarse de nuevo.

Las primeras impresiones del señor Teddy Henfrey

A las cuatro de la tarde, cuando estaba ya relativamente oscuro y la señora Hall hacía acopio de valor para entrar en la habitación y preguntar a su huésped si deseaba tomar una taza de té, Teddy Henfrey, el ajustador de relojes, entró en el bar.

—¡Vaya tiempo, señora Hall! —dijo—. No es el más a propósito para andar por ahí con estas botas tan ligeras.

En el exterior, la nevada arreciaba.

La señora Hall se mostró de acuerdo con él y entonces observó que había traído consigo su maletín.

—Ya que está usted aquí, señor Teddy —dijo—, le agradecería que echara una mirada al reloj de la sala. Anda muy bien y da las campanadas cuando debe, pero la manecilla de las horas no se mueve de las seis.

Y, adelantándose, se dirigió a la puerta de la sala, la golpeó con los nudillos y entró en la habitación.

Al abrir la puerta, vio que su huésped estaba sentado en una butaca delante del fuego, dormitando al parecer, y con la cabeza inclinada hacia un lado. La única luz que iluminaba la habitación era el reflejo rojizo de las llamas. Todo estaba lleno de sombras, por lo que la señora Hall no pudo ver con claridad. Además, acababa de encender la luz del bar y sus ojos estaban deslumbrados. Pero durante el espacio de un segundo le pareció que el hombre aquel tenía abierta una inmensa boca, una enorme e increíble boca que comprendía toda la parte inferior de su rostro. Fue la impresión de un segundo: vio la cabeza vendada de blanco, las gafas monstruosas y, debajo de ellas, aquel inmenso bostezo. En seguida el hombre se removió, se irguió en la butaca y levantó la mano. Ella abrió la puerta de par en par para que entrara más luz en la habitación y le vio entonces con claridad. Tenía el pañuelo de seda en la cara tal

como había colocado la servilleta anteriormente. La señora Hall se dijo que seguramente las sombras la habían engañado.

—¿Le importa, señor, que venga este hombre a arreglar el reloj? —dijo, reponiéndose de su momentáneo sobresalto.

—¿Arreglar el reloj? —repitió él, lanzando una mirada soñolienta a su alrededor, y hablando por encima de la mano. Después, despertándose del todo, añadió—: Por supuesto.

La señora Hall fue a buscar una bujía, y él se levantó y bostezó. Al fin, vino la luz y, al entrar el señor Teddy Henfrey, se vio frente a aquel personaje vendado. Más tarde dijo que quedó aturdido.

—Buenas tardes —dijo el desconocido, mirándole fijamente.

—Espero —dijo el señor Henfrey— que esto no sea una molestia.

—De ningún modo —repuso el desconocido—. Aunque tengo entendido —añadió volviéndose hacia la señora Hall— que esta habitación ha de ser destinada a mi uso personal.

—Yo pensé, señor —explicó la señora Hall—, que usted preferiría que el reloj fuese... —iba a decir: reparado.

—Desde luego —dijo el forastero—. Desde luego. Pero me gusta estar solo y tranquilo.

Se volvió de espaldas a la chimenea y cruzó las manos.

—Y dentro de un momento —prosiguió—, cuando esté concluido el arreglo del reloj, quisiera tomar una taza de té. Pero esperaré a que esté arreglado el reloj.

La señora Hall se disponía a abandonar la habitación (esta vez no hizo ningún intento de conversación, porque no deseaba ser desairada delante del señor Henfrey), cuando su huésped le preguntó si se había ocupado del equipaje que tenía en Bramblehurst. Ella respondió que había hablado del asunto con el cartero y que el recadero lo traería por la mañana.

—¿Está segura de que no puede llegar antes? —preguntó él.

La señora Hall repuso con marcada frialdad que estaba segura.

—Debo explicar —añadió el huésped— algo que no dije antes por tener demasiado frío y cansancio. Soy un investigador experimental.

—¡Oh, señor! —exclamó la posadera profundamente impresionada.

—Y mi equipaje contiene aparatos e instrumentos.

—Cosas muy útiles, señor —repuso la señora Hall.

—Y, naturalmente, estoy ansioso de proseguir mis experimentos.

—Naturalmente, señor.

—Si he venido a Iping —prosiguió con marcada intención—, ha sido en busca de soledad. No deseo ser molestado en mi trabajo. Además de mi trabajo, un accidente...

—Eso pensé —dijo la señora Hall.

—Necesito cierto retraimiento. A veces mis ojos están tan débiles y doloridos que tengo que encerrarme en la oscuridad durante horas..., encerrarme con llave. Algunas veces..., de vez en cuando. Pero no por el momento. En tales ocasiones la menor interrupción, la entrada de una persona en el cuarto, resulta extremadamente penosa para mí... Deseo que esto quede bien entendido.

—Ciertamente, señor —dijo la señora Hall—. Y quisiera saber...



—Creo que eso es todo — interrumpió el desconocido con el irresistible aire de autoridad que sabía adoptar a voluntad. La señora Hall reservó su pregunta y su compasión para otra oportunidad.

Cuando la mujer hubo abandonado la estancia, el desconocido permaneció en pie junto a la chimenea, contemplando iracundo (al menos eso dice el señor Henfrey.) el arreglo del reloj. El señor Henfrey trabajaba manteniendo la luz junto a él y la pantalla verde arrojaba un brillante reflejo sobre sus manos, así como sobre el marco y las ruedecillas, dejando en tinieblas el resto de la habitación. Al levantar la vista brillaron ante sus ojos motas de color. Como se trataba de un hombre curioso por naturaleza, había desarmado el mecanismo (cosa completamente innecesaria) con la idea de retrasar su marcha y entablar conversación con el forastero. Pero éste permaneció completamente silencioso e inmóvil. Tan inmóvil, que el señor Henfrey comenzó a sentirse algo nervioso. Era como si estuviera solo en la habitación; pero, al levantar los ojos veía, gris y confusa, la vendada cabeza y los inmensos lentes oscuros mirándole fijamente; mientras, frente a él, bailaba una niebla de manchas verdes. Era todo ello tan pavoroso que durante un minuto Henfrey miró fijamente al desconocido. Después bajó de nuevo la vista. ¡Una situación verdaderamente molesta! Le hubiera gustado decir algo. ¿Comentaría que hacía mucho frío para la época del año en que se hallaban? Levantó la vista como si quisiera afianzar la puntería para lanzar el primer disparo.

—El tiempo... —comenzó.

—¿Por qué no termina su trabajo y se marcha? —dijo la rígida figura, que evidentemente se hallaba sumida en una cólera penosamente dominada—. No tiene que hacer más que fijar la manecilla en su eje. Lo demás, sobra.

—Sí, señor. Sólo un minuto. Se me pasó por alto...

Y el señor Henfrey terminó su trabajo y se fue.

Pero salió sintiéndose profundamente irritado.

«¡Maldita sea! —dijo el señor Henfrey para sí, atravesando penosamente el pueblo bajo la nieve—. Se necesita tiempo para arreglar relojes.»

Y a continuación: «¿Acaso es un delito mirarle?»

Y más adelante: «Por lo visto, sí. Si la policía le buscara no

estaría más vendado y disfrazado.»



En la esquina de Gleeson vio a Hall, que se había casado recientemente con la posadera de Coach and Horses y que conducía el correo de Iping, cuando era necesario, hasta el cruce de Sidderbridge. Evidentemente ahora venía de allí. Y estaba claro que se había detenido en Sidderbridge, a juzgar por su manera de conducir.

—¡Hola, Teddy! —dijo al pasar.

—¡Tenéis un chiflado en casa! —dijo Teddy.

Hall, muy sociablemente, se detuvo.

—¿Qué dices? —preguntó.

—En Coach and Horses está parando un huésped bastante misterioso —explicó Teddy—. ¡Por vida mía! —y a continuación procedió a dar a Hall una vívida descripción del grotesco cliente de su mujer.

—¿No es cierto que parece un disfraz? Si yo tuviera un hombre viviendo en *mi* casa me gustaría verle la cara —dijo Henfrey—, pero las mujeres son así de confiadas en lo que a extraños se refiere. Ha tomado una habitación y ni siquiera ha dado su nombre.

—¿Es posible? —dijo Hall, que era un hombre de comprensión lenta.

—Sí —repuso Teddy—. Paga por semanas. No podrás librarte de él antes de que pase una semana, y va a recibir mucho equipaje, según dice. Esperemos que no se trate de maletas llenas de piedras, Hall.

Contó entonces a Hall la historia de una tía suya de Hasting que había sido estafada por un desconocido que traía las maletas vacías. Por fin consiguió que Hall se sintiera profundamente preocupado. «¡Vamos! —dijo al caballo—. Supongo que tendré que ocuparme de todo esto.»

Teddy prosiguió su camino, sintiéndose considerablemente aliviado. En lugar de «ocuparse de ello», a su vuelta Hall fue severamente reprendido por su mujer por el tiempo que había permanecido en Sidderbridge, y sus tímidas preguntas fueron contestadas de un modo cortante. Pero las raíces de las sospechas que Teddy había plantado germinaron en la mente del señor Hall a pesar de esto. «Vosotras, las mujeres, no sabéis nada», dijo, resuelto a enterarse de la personalidad de su huésped en la primera oportunidad. Y cuando el desconocido se hubo acostado, lo que hizo a eso de las nueve y media, el señor Hall entró de un modo agresivo en la sala, contempló con dureza el mobiliario de su mujer y estudió despreciativamente una hoja de cálculos matemáticos que había quedado abandonada, para demostrar que era él quien mandaba allí, y no el forastero. Cuando se disponía a retirarse para dormir, aconsejó a la señora Hall que examinara el equipaje del desconocido cuando llegara al día siguiente.

—Tú ocúpate de tus asuntos, Hall —dijo su esposa—, y yo me ocuparé de los míos.

Se sentía inclinada a contradecir a su marido, porque no cabía duda de que el forastero era un hombre extraño y ella de ningún modo las tenía todas consigo. A medianoche se despertó soñando con cabezas blancas e inmensas, semejantes a gigantescos nabos, que oscilaban sobre cuellos interminables y tenían profundos ojos

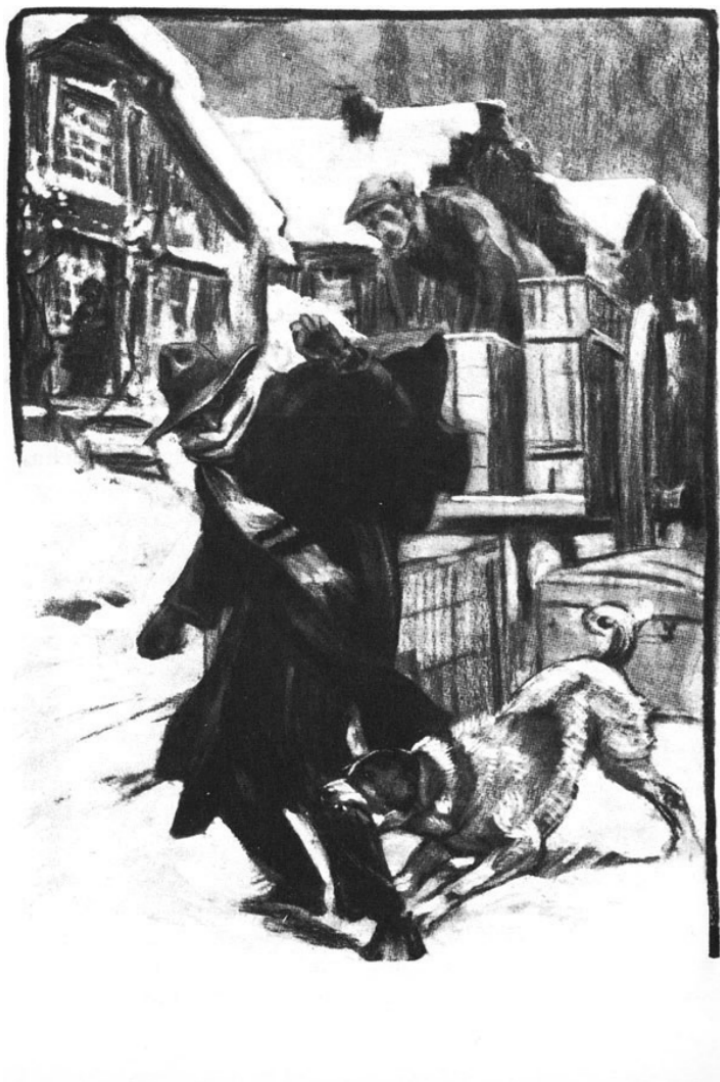
negros. Pero como era una mujer sensata, dominó sus temores y se durmió de nuevo.

Las mil y una botellas

De este modo, el noveno día del mes de febrero, al comienzo del deshielo, este hombre singular cayó del infinito, en medio del pueblo de Iping. Al día siguiente llegó su equipaje por encima de la nieve fangosa. Un equipaje que ciertamente se salía de lo normal. Había un par de baúles, como podría poseer cualquier hombre corriente, pero además había una caja de libros, gruesos y enormes, algunos de los cuales estaban escritos en un idioma incomprensible, y una docena, o más, de cestas, cajas y cajones conteniendo objetos embalados con paja. «Botellas de cristal», pensó Hall, que golpeó la paja con curiosidad. El desconocido, envuelto en su sombrero, abrigo, guantes y bufanda, salió con impaciencia al encuentro del carro de Fearenside, mientras Hall cruzaba con él una o dos palabras de comadreo, y se disponía a ayudarle a trasladar todo al interior. Salió a la calle sin fijarse en el perro de Fearenside, que se dedicaba a olfatear con espíritu de *dilettante* [3] las piernas de Hall.

—Vamos, meta esas cajas —dijo—. Ya he esperado bastante.

Bajó los escalones y se dirigió a la parte trasera del carro, haciendo ademán de coger la más pequeña de las cestas.



Pero en cuanto el perro de Fearenside le echó la vista encima, comenzó a agitarse nervioso y a emitir gruñidos de cólera. Cuando bajó los escalones, dio un salto y se arrojó directamente contra su mano.

—¡Oh! —exclamó Hall, que no era ningún héroe.

—¡Quieto! —gritó Fearenside echando mano a su látigo.

Vieron que los dientes del perro se habían hundido en la mano del hombre, oyeron un puntapié, y vieron entonces que el perro ejecutaba un salto de costado y mordía la pierna del desconocido. Oyeron claramente el desgarrarse de la tela. Entonces el extremo del látigo de Fearenside le alcanzó y el animal se ocultó, gruñendo, debajo de las ruedas del carro. Todo ello tuvo lugar en el espacio de un minuto. Nadie habló. Todos gritaban.

El forastero lanzó una rápida mirada a su guante roto, y después a su pierna. Hizo un movimiento como para atender a la herida; pero, inmediatamente, dio la vuelta, subió corriendo los escalones y entró en la posada. Lo oyeron atravesar apresuradamente el pasillo y subir las escaleras sin alfombra que conducían a su dormitorio.

—¡Bruto! —gritó Fearenside saltando del carro con el látigo en la mano, mientras el perro le contemplaba desde el otro lado de la rueda—. ¡Ven aquí...! ¡Más te vale obedecer!

Hall había permanecido de pie, con la boca abierta.

—Creo que mejor será que vaya a atenderle.

Subió a buen paso detrás del desconocido y tropezó con la señora Hall en el pasillo.

—Le ha mordido el perro del recadero —explicó.

Fue directamente al piso de arriba, y al hallar la puerta entreabierta, la empujó y entró sin ceremonias, por ser de naturaleza compasiva.



Las persianas estaban bajadas y la habitación sumida en la oscuridad. Se imaginó ver la cosa más extraña, lo que le pareció un brazo sin mano apuntando en su dirección y una cara compuesta de tres inmensas e indefinidas manchas blancas que parecía una gigantesca flor de pensamiento.



A continuación recibió un puñetazo violento en el pecho, fue empujado para atrás, la puerta se cerró en sus narices y sintió que la cerraban con llave. Fue todo tan rápido que no tuvo tiempo de observar con claridad. Un movimiento de sombras indescifrables, un golpe y una sacudida. Permaneció de pie en el oscuro descansillo, preguntándose qué podría ser lo que había visto.

Un par de minutos después se reunió con el pequeño grupo que se había formado a la entrada de Coach and Horses. Fearenside estaba relatando el incidente por segunda vez: La señora Hall decía que su perro no tenía por qué morder a los huéspedes de la posada; Huxter, el tendero de enfrente, se mostraba curioso; Sandy Wadgers, el herrero, conciliatorio. Había también mujeres y niños, todos ellos diciendo tonterías: «¡A *mí* no me hubiese mordido!» «No hay derecho a *tener* semejante perro.» «¿*Por qué* le mordió?» Y así sucesivamente.

Al señor Hall, mirando y escuchando desde los escalones, le pareció increíble que algo tan extraordinario hubiera ocurrido en el piso de arriba. Además, su vocabulario era harto limitado para dar forma concreta a sus impresiones.

—No necesita ayuda —dijo en contestación a las preguntas de su mujer—. Más vale que empecemos a meter el equipaje.

—Habría que desinfectarle la herida en seguida —dijo el señor Huxter—, sobre todo si se le ha inflamado.

—Si el perro fuera mío, le pegaría un tiro —dijo una señora del grupo.

De pronto el animal comenzó a gruñir de nuevo.

—¡Vamos! —exclamó una voz colérica desde el umbral. Allí estaba el desconocido embozado, con el cuello levantado y el ala del sombrero cubriéndole la frente—. Cuanto antes descarguen mi equipaje, más complacido estaré.

Un anónimo espectador observó que se había cambiado los pantalones y los guantes.

—¿Está herido, señor? —dijo Fearenside—. Lamento que el perro...

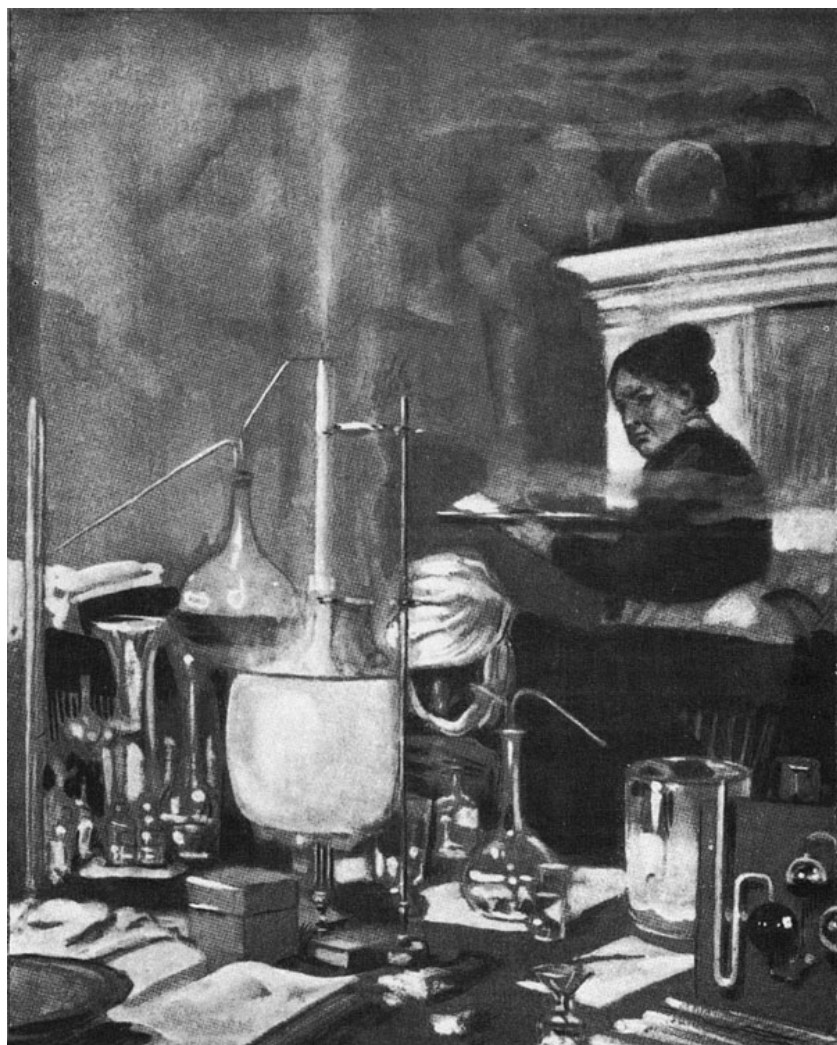
—En absoluto —respondió el forastero—. Fue un rasguño superficial. Dense prisa con esas cosas.

Según asegura el señor Hall, a continuación profirió un juramento a media voz.

En cuanto la primera cesta, según sus instrucciones, fue llevada a la sala, el desconocido se arrojó sobre ella con extraordinaria avidez y comenzó a vaciarla, esparciendo la paja por el suelo sin tener en cuenta la alfombra de la señora Hall. De ella empezó a extraer botellas. Pequeñas y gruesas botellas que contenían polvos; botellas pequeñas y estuches con líquidos blancos y de color; botellas estriadas, de color azul, con una etiqueta que decía «veneno»; redomas; botellas grandes y verdes; botellas de cristal blanco; botellas con tapones de cristal y etiquetas rosadas; botellas con corcho; botellas con tapón de madera; botellas de vino; botellas de aceite y vinagre. Las colocó en fila sobre la cómoda, sobre la chimenea, sobre la mesa que había bajo la ventana, en el suelo, en la estantería..., en todas partes. La farmacia de Bramblehurst no tenía tantas botellas. Era todo un espectáculo. Cesta tras cesta, estaban llenas de botellas. Al fin, las seis fueron vaciadas y la mesa quedó cubierta de paja. Las únicas cosas que surgieron de aquellas cestas, además de las botellas, fueron unos cuantos tubos de ensayo y una balanza cuidadosamente embalada.

Una vez que hubo concluido de desempaquetar las cestas, el desconocido se acercó a la ventana y comenzó a trabajar sin preocuparse en absoluto por la paja esparcida, por la chimenea semiapagada, por la caja de libros que quedó en el pasillo, ni por los baúles y demás equipaje que habían subido a su habitación.

Cuando la señora Hall le llevó la comida estaba tan absorto en su trabajo, echando gotas del contenido de las botellas en los tubos de ensayo, que no la oyó hasta que se hubo llevado la mayor parte de la paja, colocando la bandeja con enfado al observar el estado en que se hallaba el suelo. Entonces volvió a medias la cabeza para desviarla inmediatamente a su posición anterior.



Pero ella vio que se había quitado las gafas y le pareció que las cuencas de sus ojos estaban extraordinariamente hundidas. El forastero se puso de nuevo las gafas y después se volvió para mirarla. La mujer se disponía a protestar por la paja desparramada, cuando él se le adelantó.

—Le agradecería que no entrara sin llamar —dijo con el tono de exaltada exasperación que le era peculiar.

—He llamado; pero por lo visto...

—Es posible, pero en mis investigaciones..., mis urgentes y

necesarias investigaciones, la más ligera distracción, el sonido de una puerta... Debo rogarle...

—Desde luego, señor. Puede encerrarse con llave si lo desea y cuando lo desee.

—Buena idea —dijo el desconocido.

—En cuanto a esta paja, señor, me atrevería a rogarle...

—No lo haga. Si la paja le molesta, carguémoslo en la cuenta.

Y mirándola pronunció unas palabras que a la señora Hall le sonaron como una imprecación.

Ofrecía un aspecto tan extraño, tan agresivo, de pie con una botella en una mano y un tubo de ensayo en la otra, que la posadera se sintió algo alarmada. Pero era una mujer decidida.

—En ese caso, señor, desearía saber lo que usted considera...

—Un chelín. Anote un chelín. ¿Está segura de que será suficiente?

—Está bien —dijo la señora Hall, cogiendo el mantel y colocándolo encima de la mesa—. Si usted está contento, naturalmente...

El giró sobre sus talones y se sentó dándole la espalda.

Durante toda la tarde trabajó con la puerta cerrada con llave y, según la señora Hall, en silencio casi todo el tiempo. Pero en un momento dado oyó un golpe y el sonido de varias botellas al chocar entre sí, como si la mesa hubiera sido golpeada y los cristales arrojados violentamente al suelo. Después se oyeron unas pisadas rápidas atravesando la habitación de un lado a otro. Temiendo que algo hubiera sucedido, se acercó a la puerta y se puso a escuchar sin atreverse a llamar.

—¡No puedo continuar! —le oyó decir—. ¡No *puedo* continuar! ¡Trescientos mil, cuatrocientos mil! ¡Una multitud! ¡Engañado! ¡Puedo tardar toda la vida! ¡Paciencia, en verdad...! ¡Idiota! ¡Idiota...!

En aquel momento la señora Hall oyó que la llamaban desde el bar y de muy mala gana tuvo que resignarse a no oír el resto del soliloquio. Cuando volvió, todo estaba de nuevo en silencio, interrumpido solamente por el crujido de la silla y, de vez en cuando, el golpear sobre el cristal de las botellas. El monólogo había terminado. El forastero seguía su trabajo.

Cuando le llevó el té vio algunos pedazos de cristal en una

esquina de la habitación, bajo el espejo cóncavo, y una mancha dorada que había sido restregada con descuido. Mencionó el asunto a su huésped.

—Póngalo en la cuenta — dijo bruscamente el desconocido—. ¡Por el amor de Dios, no me distraiga! Si le ocasiono algún perjuicio, póngalo en la cuenta.

Y con estas palabras dio por terminada la conversación y se puso a comprobar una lista en el cuaderno que tenía delante.

—Voy a decirte una cosa —dijo Fearenside confidencialmente. Era a la hora del crepúsculo y estaban en la pequeña cervecería de Iping Hanger.

—¿De qué se trata? —preguntó Teddy Henfrey.

—Ese individuo del que me estás hablando y al cual mordió el perro... Yo creo que es negro. O por lo menos sus piernas son negras. Vi lo que había debajo del desgarrón de sus guantes y sus pantalones. Lo lógico es que se hubiera visto algo color rosado, ¿no es cierto? Pero no ocurrió así.



Todo era negro. Te digo que es tan negro como mi sombrero.

—¡Santo cielo! dijo Henfrey—. Todo esto es muy extraño. ¡Su nariz es de un color rosa tan brillante que parece pintada!

—Es cierto repuso Fearenside—. Eso ya lo sé. Y te diré lo que estoy pensando. Ese hombre es de varios colores, Teddy. Negro por un lado y blanco por otro... a manchas. Y se avergüenza de ello. Debe de ser una especie de mulato y el color le ha salido a trozos en lugar de asimilarse el uno en el otro. He oído de algún caso semejante. Y, como todos sabemos, es lo que les ocurre a los caballos.

El señor Cuss celebra una entrevista con el desconocido

He relatado las circunstancias de la llegada del forastero a Iping con cierta riqueza de detalles, a fin de que el lector comprenda la curiosa impresión que su llegada produjo. Pero, exceptuando dos incidentes extraños, las circunstancias de su estancia hasta el extraordinario día del festival del club pueden pasarse por alto. Tuvieron lugar una serie de escaramuzas con la señora Hall en asuntos referentes a la disciplina doméstica, pero en todos los casos, hasta fines de abril, cuando comenzaron a hacerse evidentes las primeras señales de penuria, el forastero le hizo callar valiéndose del sencillo método de darle dinero extra. A Hall no le resultaba simpático y, cuando se atrevía, hablaba de la conveniencia de librarse de él. Pero hacía patente su disgusto ocultándolo ostentosamente y evitando encontrarse con su huésped siempre que le era posible.

—Espera a que llegue el verano —decía la señora Hall prudentemente—, cuando empiecen a venir los artistas. Entonces ya veremos. Es posible que sea un poco fastidioso, pero las facturas que se pagan con puntualidad son facturas pagadas con puntualidad, digas tú lo que digas.

El forastero no iba a la iglesia y no hacía diferencias entre los domingos y los días de trabajo. Ni siquiera se cambiaba de traje. Trabajaba, como decía la señora Hall, a capricho. Algunos días bajaba temprano y permanecía ocupado todo el tiempo. Otras veces se levantaba tarde y recorría su habitación hablando en voz alta durante horas enteras, y fumaba o dormitaba en la butaca junto al fuego.



No tenía comunicación alguna con el mundo que quedaba más allá del pueblo. Su carácter seguía siendo muy variable. Generalmente, su actitud era la de un hombre que se halla bajo una tensión insoportable y una o dos veces desgarró, rompió o arrojó al suelo los objetos, al sufrir espasmódicos ataques de violencia. Se fue acostumbrando más y más a hablar solo en voz baja, pero, aunque la señora Hall le escuchaba concienzudamente, no conseguía comprender nada de lo que llegaba a sus oídos.

Raras veces salía a la calle durante el día; pero al anochecer lo hacía cubierto de pies a cabeza, hiciera frío o no, y escogía los caminos más solitarios y aquellos que estuvieran más sumidos en sombras de árboles y edificios. Sus inmensas gafas y el rostro fantasmagórico y vendado que aparecía por debajo del ala de su sombrero surgían de la oscuridad impresionando desagradablemente a los trabajadores que volvían a sus casas. Teddy Henfrey, que salía una noche tambaleándose de la Scarlet Coat a las nueve y media, se sintió aterrorizado al ver la cabeza con forma de calabaza del desconocido (que andaba con el sombrero en la mano), iluminada por el rayo de luz que salió repentinamente de

la puerta de la taberna. Los niños que se tropezaban con él en la oscuridad soñaban después con fantasmas, y no podía decirse si él odiaba a los niños más que ellos a él, o viceversa. Lo cierto es que existía un marcado aborrecimiento por ambas partes.

Era inevitable que una persona de apariencia tan singular fuera el tópico más frecuente de las conversaciones en un pueblo como Iping. La opinión se mostraba dividida respecto a sus posibles ocupaciones. La señora Hall parecía muy susceptible a este respecto. Si se la interrogaba, respondía que su huésped era un «investigador experimental», pronunciando cuidadosamente las sílabas, como quien tiene miedo de caer en una trampa. Si le preguntaban lo que significaba ser investigador experimental, respondía con tono de superioridad que la gente educada sabía perfectamente lo que aquello quería decir, y a continuación procedía a explicar que el forastero «descubría cosas».

Añadía que su huésped había sufrido un accidente que le había descolorido las manos y la cara, y que por ser su naturaleza muy sensible, no deseaba que la gente lo advirtiera.

Pero en los círculos donde ella no estaba presente, la mayoría opinaba que se trataba de un criminal que intentaba escapar de la Justicia embozándose totalmente para pasar inadvertido ante la policía. Esta idea surgió del cerebro del señor Teddy Henfrey. No se sabía que hubiera ocurrido ningún crimen de importancia desde mediados o fines de febrero. Elaborada en la imaginación del señor Gould, el ayudante de la Escuela Nacional, otra teoría daba a entender que el desconocido era un anarquista disfrazado que preparaba explosivos, por lo que el señor Gould resolvió dedicarse a investigar la cosa si su tiempo libre se lo permitía. Estas investigaciones consistieron la mayor parte de las veces en mirar fijamente al forastero cada vez que se tropezaba con él, o en hacer preguntas sobre él a personas que nunca le habían visto. Pero no consiguió descubrir nada.

Otro grupo opinaba como el señor Fearenside, aceptando su teoría de que el forastero tenía el cuerpo a manchas, u otra similar, con ligeras modificaciones. Por ejemplo, se oyó asegurar a Silas Durgan, que «si se exhibiera en las ferias haría una fortuna en poco tiempo», y, siendo algo teólogo, comparó al desconocido con el hombre que tenía un solo talento[4]. Otro grupo consideraba al

forastero como un loco inofensivo. Esto ofrecía la ventaja de que lo explicaba todo. Entre estos grupos principales había también indecisos, y otros que sostenían que aquel personaje misterioso tenía de todo un poco. La gente de Sussex no es muy supersticiosa, y hasta que ocurrieron los acontecimientos de los primeros días de abril no se creyó en el pueblo que en todo aquello hubiera nada de sobrenatural. Incluso entonces, sólo se comentaba entre las mujeres del pueblo.

Pero pensaran lo que pensaran de él, en conjunto los habitantes de Iping estaban de acuerdo en su antipatía hacia el desconocido. Su irritabilidad, aunque hubiera sido comprensible para un intelectual de la ciudad, resultaba extraordinaria para aquellos tranquilos habitantes de un pueblo de Sussex. Los gestos frenéticos que sorprendían de vez en cuando, los paseos al anochecer, cuando surgía junto a ellos de rincones escondidos, la inexplicable oposición a toda tentativa de curiosidad, la preferencia por la media luz, que le inducía a cerrar las puertas, a bajar las persianas y a suprimir velas y lámparas... ¿Quién podía comprender todo esto? Se echaban a un lado cuando él atravesaba el pueblo y, cuando había pasado, algunos jóvenes humoristas se levantaban los cuellos del abrigo, se bajaban el ala del sombrero y echaban a andar nerviosamente detrás de él imitando sus movimientos. En aquel tiempo había una canción popular titulada *El Hombre Fantasma*. La señorita Satchell la cantaba en la sala de conciertos de la escuela, y desde entonces, cada vez que uno o dos de los aldeanos se hallaban reunidos y aparecía el desconocido, alguien silbaba un par de frases de la canción. Los niños gritaban también «¡Hombre Fantasmal», y salían corriendo.

A Cuss, el boticario, le devoraba la curiosidad. Los vendajes excitaban su interés profesional, y lo que se decía de las mil y una botellas le hacía sentir envidia. Durante los meses de abril y mayo anduvo buscando una oportunidad para hablar con el forastero; y, por fin, en Pentecostés, cuando ya no podía aguantar más, se aferró, como excusa, a la suscripción que se había abierto en el pueblo para obtener los servicios de una enfermera. En la posada quedó sorprendido al observar que el señor Hall no conocía el nombre del desconocido.

—Nos dio su nombre dijo la señora Hall, aunque esta afirmación

era completamente falsa—. Pero no logré oírlo claramente.

Dio esta explicación porque le pareció un poco absurdo no conocer el nombre de su pupilo.

Cuss llamó con los nudillos en la puerta de la sala, y entró.

En el interior resonó una imprecación.



—Perdone mi intrusión —dijo Cuss.

La puerta se cerró entonces y a la señora Hall le fue imposible escuchar el resto de la conversación. Llegó hasta ella un murmullo de voces durante los siguientes diez minutos; después, una exclamación de sorpresa, un movimiento de pies, una silla arrojada a un lado, una risa seca, pasos rápidos hacia la puerta, y Cuss apareció en ella con el rostro blanco como el papel, mirando fijamente por encima de su hombro. Dejó la puerta abierta tras sí y, sin mirar a la señora Hall, atravesó el vestíbulo y bajó las escaleras. En seguida llegó hasta ella el rumor de sus pasos recorriendo apresuradamente la calzada. Llevaba el sombrero en la mano. La posadera estaba de pie detrás del mostrador y desde allí contempló la puerta entreabierta de la sala. Entonces volvió a oír la risa del forastero y oyó que sus pisadas atravesaban la habitación. Desde donde se encontraba no podía verle la cara. La puerta se cerró dando un portazo y todo quedó de nuevo sumido en el silencio.

Cuss atravesó el pueblo y se dirigió directamente a casa de Bunting, el vicario.

—¿Estoy loco? —preguntó bruscamente, entrando en el modesto despacho—. ¿Tengo yo aspecto de estar loco?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el vicario, que estaba estudiando las cuartillas que contenían el sermón del próximo domingo.

—Ese hombre de la posada...

—¿Qué?

—Déme algo de beber —dijo Cuss, sentándose.

Cuando sus nervios se hubieron calmado gracias a una copa de jerez barato —la única bebida de que disponía el buen vicario—, le habló de la entrevista que acababa de celebrar.

—Entré —dijo entrecortadamente— y empecé a hablarle de la suscripción pro enfermera. Se había metido las manos en los bolsillos cuando yo aparecí en la puerta, y estaba arrellanado en la butaca. Resopló. Le dije que, según tenía entendido, estaba interesado en cosas científicas. Me respondió que sí, y resopló de nuevo. Estuvo resoplando todo el tiempo. Por lo visto había cogido un catarro infernal, lo que no me extraña si va siempre envuelto de ese modo. Seguí hablándole de la suscripción, manteniendo mientras tanto los ojos bien abiertos. Botellas y productos químicos

por todas partes. Una balanza, tubos de ensayo colocados en soportes, y en el aire un intenso olor a vellorita[5]. «¿Querría suscribirse?» Dijo que lo pensaría. Entonces le pregunté francamente si estaba haciendo investigaciones. Me respondió que sí. «¿Investigaciones largas?» Se encolerizó, y me dijo que «condenadamente largas». «¿Ah, sí?», exclamé; y entonces fue cuando dio rienda suelta a su cólera. Estaba a punto de estallar y mi pregunta fue la gota que derramó el vaso. Redactaba una fórmula, una fórmula muy valiosa. ¿Se trataba de una fórmula médica? «¡Maldito sea! ¿Qué es lo que viene buscando aquí?» Me excusé. Me contestó con un resoplido lleno de dignidad, y con un golpe de tos. La leyó. Cinco ingredientes. La dejó de nuevo en su sitio y volvió la cabeza. Una corriente de aire levantó el papel. Se oyó un crujido de papeles. Estaba trabajando en aquella habitación con la chimenea encendida. Vi un resplandor, y allá fue la fórmula, ardiendo chimenea arriba. Se abalanzó sobre ella cuando iba a desaparecer. Y para hacerlo sacó el brazo.

—¿Y qué?

—No había mano. Sólo una manga vacía. ¡Dios santo, pensé, vaya una *deformidad*! Debe de usar un brazo postizo y se lo ha quitado. Pero entonces comprendí que había algo extraño en aquello. ¿Qué demonios mantenía aquella manga en posición vertical y abierta si no tenía nada dentro? ¡Le aseguro que no tenía nada dentro! Nada, en absoluto, por lo menos hasta el codo. Pude ver perfectamente el interior hasta el codo, y observé un centelleo de luz a través de un desgarrón de la tela. «¡Santo Dios!», exclamé. Entonces se detuvo, me miró con sus enormes gafas, y después se miró la manga.

—¿Y qué?

—Eso es todo. No dijo una palabra, se limitó a mirarme, furioso, y volvió a introducir la manga rápidamente en el bolsillo. «Como iba diciendo me dijo, la receta estuvo a punto de quemarse.» «¿Cómo demonios —le pregunté— puede mover de ese modo una manga vacía?»



«¿Una manga vacía?» Entonces se levantó y yo me levanté también. Se acercó a mí con tres pasos lentos y permaneció de pie a mi lado resoplando con malignidad. Yo no me moví, aunque le aseguro que aquella cabeza vendada y aquellos anteojos son capaces de poner nervioso a cualquiera. «¿Dijo usted que era una manga vacía?», repitió. «Desde luego», respondí. Después, muy despacio, sacó la manga del bolsillo y levantó el brazo en mi dirección, como si quisiera enseñármelo de nuevo. Lo hizo muy lentamente. Lo miré. Pareció transcurrir un siglo. «Sí —dije aclarándome la garganta—, no tiene nada dentro.» Tenía que decir algo. Empezaba a estar asustado. Podía ver perfectamente todo su interior. Extendió el brazo directamente hacia mí, despacio, despacio, así, hasta que el puño de la camisa estuvo a seis pulgadas de mi cara. ¡Resultaba horrible ver moverse una manga vacía de ese modo! Y entonces...

—¿Qué?

—Algo como un dedo me dio un pellizco en la nariz.

Bunting se echó a reír.

—¡Allí no había nada! —dijo Cuss. Su voz se elevó de tono al pronunciar la palabra «allí». Puede usted reírse, pero le aseguro que me llevé tal sobresalto, que le golpeé el puño, di media vuelta, salí de la habitación, y le dejé...

Cuss se detuvo. No cabía duda de que su pánico era sincero. Miró a su alrededor, aturdido, y bebió de un solo trago una segunda copa del jerez del excelente vicario.

—Cuando le golpeé el puño —prosiguió—, tuve la sensación de que golpeaba el brazo. ¡Pero no había brazo! ¡No había ni sombra de brazo!

El señor Bunting reflexionó profundamente y miró a Cuss con desconfianza.

—Una historia extraordinaria —dijo. Su expresión era grave—. Verdaderamente —repitió con profundo énfasis—, una historia extraordinaria.

El robo de la vicaría

Los detalles del robo de la vicaría nos son conocidos principalmente por medio del vicario y su esposa. Tuvo lugar en la madrugada del domingo de Pentecostés, el día dedicado en Iping a las festividades del club. Por lo visto, la señora Bunting despertó bruscamente en medio de la quietud que reina antes del amanecer, con la impresión de que la puerta del dormitorio se había abierto y vuelto a cerrar. No despertó en seguida a su marido, y permaneció en la cama escuchando. Entonces oyó claramente un rumor de pies descalzos que salían de la habitación contigua y recorrían el pasillo en dirección a la escalera. Una vez que se hubo asegurado de ello, despertó al reverendo señor Bunting haciendo el menor ruido posible. El vicario no encendió la luz. Poniéndose las gafas, la bata de su mujer y sus zapatillas de baño, salió al pasillo para escuchar. Oyó entonces con toda claridad unos ruidos que venían de su despacho en el piso de abajo, y poco después un violento estornudo.

Volvió en seguida a su dormitorio, cogió el arma que tenía más a mano, el atizador de la chimenea, y descendió la escalera tan silenciosamente como le fue posible. La señora Bunting salió tras él al descansillo.

Eran aproximadamente las cuatro, y la oscuridad de la noche había comenzado a ceder. Había un ligero resplandor en el vestíbulo, pero la puerta abierta del despacho mostraba en el interior unas tinieblas impenetrables.



Todo estaba tranquilo y no se oía más que el crujido de los escalones bajo los pies del señor Bunting y ligeros rumores dentro del despacho. Después hubo un golpe, se abrió un cajón, y se oyó un ruido de papeles. Sonó una imprecación, se encendió una cerilla y el estudio quedó iluminado de luz amarillenta. El señor Bunting

había llegado ya al vestíbulo y a través de la rendija de la puerta pudo ver perfectamente su escritorio con un cajón abierto, y una bujía encendida. Pero no logró distinguir al ladrón. Permaneció indeciso donde estaba, y la señora Bunting, pálida y ansiosa, bajó lentamente la escalera detrás de él. Una certeza evitaba que decayera el valor del señor Bunting: la convicción de que el ladrón era uno de los habitantes del pueblo.

El vicario y su esposa oyeron el sonido metálico del dinero y comprendieron que el ladrón había encontrado sus reservas de oro. Dos libras y diez chelines en monedas de medio soberano. Al oírlo, el señor Bunting se decidió bruscamente a entrar en acción. Agarrando con firmeza el atizador de la chimenea se apresuró a entrar en la habitación, seguido de cerca por la señora Bunting.

—¡Manos arriba! —exclamó con ferocidad. Pero inmediatamente se detuvo estupefacto. La estancia estaba completamente vacía.

Sin embargo, su convicción de que en aquel momento habían oído que alguien se movía allí mismo se convirtió en absoluta certeza. Durante medio minuto permanecieron en pie con la respiración entrecortada. Después, la señora Bunting atravesó la habitación y miró detrás del biombo, mientras su marido, obedeciendo a un impulso repentino, investigó debajo del escritorio. A continuación, la señora Bunting sacudió las cortinas de la ventana, y el vicario miró por el hueco de la chimenea y golpeó al vacío con el atizador. La señora Bunting escudriñó la papelera, y el señor Bunting abrió el cajón donde guardaban el carbón. Hecho esto, se detuvieron y permanecieron mirándose mutuamente con ojos interrogadores.

—Hubiera jurado... —dijo el señor Bunting—. ¡La bujía! ¿Quién la ha encendido?

—¡El cajón! —exclamó su esposa—. ¡El dinero ha desaparecido! Se dirigió rápidamente hacia la puerta—. ¡Qué cosa más extraordinaria...!

Hasta ellos llegó el eco de un estornudo en el pasillo.



Salieron apresuradamente, y en aquel momento la puerta de la cocina golpeó con violencia.

—¡Trae la luz! —dijo el señor Bunting, andando delante de su esposa. Los dos oyeron entonces el sonido de los cerrojos al correrse.

Al entrar en la cocina el vicario vio desde el otro extremo del fregadero que la puerta trasera se estaba abriendo. La luz del amanecer permitía ver las sombras del jardín que daba al otro lado. Hubiera podido jurar que nadie salía de la puerta. Esta se abrió, permaneció abierta un momento, y en seguida se cerró de un portazo. La luz que la señora Bunting había sacado del despacho vaciló y tembló... Pasaron uno o dos minutos antes de que se decidieran a entrar en la cocina.

Esta estaba completamente vacía. Cerraron de nuevo la puerta trasera, escudriñaron la cocina, la despensa y el fregadero detenidamente, y por último bajaron al sótano. Pero a pesar de su búsqueda no lograron encontrar a nadie en la casa.

La luz del día sorprendió al vicario y su esposa vestidos de forma original, maravillándose aún de lo ocurrido en el primer piso de su casa, mientras se alumbraban con la ya innecesaria luz de una vela casi consumida.

—Querido —dijo la señora Bunting—, allí viene Susie. Espera aquí hasta que haya entrado en la cocina, y después sube al dormitorio.

El mobiliario que enloqueció

Sucedió que en las primeras horas del domingo de Pentecostés, antes de que Millie comenzara su trabajo, el señor y la señora Hall se levantaron de la cama y bajaron en silencio a la bodega. Lo que allí tenían que hacer era algo de naturaleza completamente privada y se relacionaba con la gravedad específica de su cerveza.

Acababan de entrar en la bodega, cuando la señora Hall recordó que había olvidado bajar una botella de zarzaparrilla de su habitación. Y como en aquel asunto ella era la operaria más experta e importante, fue Hall quien subió a buscarla.

Al llegar al descansillo le sorprendió ver que la puerta de la habitación del forastero estaba entreabierta. Siguió su camino hasta su dormitorio y encontró la botella en donde le habían indicado.

Pero al bajar de nuevo observó que los cerrojos de la puerta de entrada estaban descorridos, y que la puerta sólo estaba cerrada con el picaporte. Un relámpago de inspiración le hizo relacionar esta anomalía con la habitación del forastero y las teorías del señor Teddy Henfrey. Recordaba perfectamente haber sostenido la bujía mientras la señora Hall cerraba los cerrojos la noche anterior. Al ver aquello se detuvo con la boca abierta. Después, con la botella todavía en la mano, subió de nuevo la escalera y llamó a la puerta del desconocido. No obtuvo respuesta. Llamó de nuevo, empujó la puerta, y entró.

Halló todo tal como se lo había imaginado. La cama y la habitación estaban vacías.



Y lo que resultaba más extraño aún para su pobre inteligencia era que en la silla y a los pies de la cama se hallaban esparcidas las ropas, las únicas ropas y los vendajes de su cliente. Hasta su sombrero de anchas alas estaba colocado garbosamente en una de las columnas de la cama.

Mientras Hall permanecía allí oyó la voz de su mujer que surgía de las profundidades de la bodega. Con el rápido atropellarse de las sílabas y el tono interrogante y elevado de las últimas palabras con que los aldeanos del oeste de Sussex indican una profunda impaciencia, estaba diciendo:

—¿Es que no vas a venir nunca?

Al oírlo, Hall se volvió bruscamente y bajó a reunirse con ella.

—Janny dijo desde lo alto de los escalones—, lo que Henfrey dice es verdad. No está en su cuarto, y los cerrojos de la puerta de entrada están descorridos.

Al principio, la señora Hall no comprendió del todo, pero cuando lo hizo, decidió ver por sí misma la habitación vacía. Hall, con la botella todavía en la mano, abrió la marcha.

—Él no está ahí dijo; pero su ropa, sí. ¿Qué estará haciendo entonces sin su ropa? Todo este asunto es muy extraño.

Mientras subían la escalera de la bodega, ambos creyeron oír que la puerta de entrada se abría y cerraba; pero viendo que estaba cerrada y que no había nadie, ninguno de los dos dijo al otro una palabra del asunto. La señora Hall se adelantó a su marido en el pasillo y subió primero la escalera. Alguien estornudó. Hall, que iba algunos escalones detrás, creyó que era ella la que había estornudado. Ella tuvo la impresión de que era Hall quien estornudaba. Abrió la puerta de par en par, y permaneció de pie contemplando la habitación.

—¡Qué curioso! —exclamó.

Oyó un resoplido junto a ella, o al menos así le pareció, y al volverse quedó sorprendida viendo a Hall a dos metros de distancia en lo alto de la escalera. Pero un minuto después estaba a su lado. Entonces ella se inclinó hacia delante y colocó la mano sobre la almohada y, después, debajo de la ropa.

—Está frío —dijo—. Lleva levantado una hora o más.

En aquel momento sucedió algo extraordinario. Las ropas de la cama se movieron por sí solas, se levantaron formando una especie

de pico, y después cayeron de golpe a los pies de la cama.



Parecía exactamente como si una mano las hubiera agarrado por el centro y las hubiera arrojado a un lado. Inmediatamente después, el sombrero del desconocido saltó del poste de la cama, describió un vuelo giratorio en el aire haciendo un gran círculo y fue directamente a dar en la cara de la señora Hall. Con la misma rapidez, la esponja saltó del lavabo, y, después, la silla, echando a un lado los pantalones y la chaqueta y riendo secamente con una risa que se parecía de un modo extraño a la del forastero, apuntó con sus cuatro patas a la señora Hall, pareció tomar puntería durante unos instantes y se arrojó sobre ella. La posadera gritó y dio media vuelta, y entonces las patas de la silla se apoyaron suave pero firmemente en su espalda, obligando a ella y a Hall a salir de la habitación. La puerta dio un violento portazo y se cerró con llave. La silla y la cama parecieron ejecutar durante unos instantes una

danza triunfal, y después, bruscamente, se hizo el silencio.

La señora Hall quedó medio desmayada en brazos de su marido en el descansillo de la escalera. Con la mayor dificultad, el señor Hall y Millie, a quien había despertado su grito de alarma, lograron bajarla al piso inferior y aplicarle los remedios acostumbrados en tales casos.

—Son los espíritus —dijo la señora Hall—. Sé que son los espíritus. He leído cosas acerca de ellos en los periódicos Sé que las mesas y las sillas dan saltos y bailan...

—Toma otro trago, Janny —dijo Hall—. Esto te calmará.

—Cierra la puerta y no le dejes entrar —dijo la señora Hall—. ¡Que no entre nunca más! Debía haberlo adivinado... Con esos ojos ocultos detrás de las gafas, esa cabeza vendada y el no ir nunca a misa los domingos. ¡Y tantas botellas! Más de las que es lógico tener. Ha embrujado al mobiliario... ¡Mis muebles! En esa misma silla solía sentarse mi madre cuando yo era una niña.



¡Y pensar que ahora se ha levantado contra mí...!

—Toma un poco más, Janny — dijo Hall—. Tienes los nervios deshechos.

Enviaron a Millie al otro lado de la calle iluminada por la luz del sol del amanecer, para despertar al señor Sandy Wadgers, el herrero.

El señor Hall le enviaba saludos y le comunicaba que los muebles se estaban comportando de un modo extraordinario. ¿Sería el señor Wadgers tan amable de acudir a la posada?

—El señor Wadgers era un hombre sabio y lleno de recursos. Contempló el caso bajo todos sus aspectos.

—Eso tiene que ser brujería —fue la opinión del señor Sandy

Wadgers—. Hacen falta herraduras para defenderse de gentes como él.

Llegó a la posada profundamente preocupado. Quisieron conducirle en seguida a la habitación, pero él no parecía tener prisa y prefirió escuchar el relato de los hechos en el pasillo. En aquel momento el ayudante de Huxter se dispuso a abrir las persianas del establecimiento y le llamaron para que tomara parte en el conciliábulo. Naturalmente, el señor Huxter apareció pocos minutos más tarde. El genio anglosajón para un gobierno parlamentario quedó demostrado entonces. Hubo muchas palabras, pero ninguna acción decisiva.

—Escuchemos primero los detalles de lo ocurrido —insistió el señor Sandy Wadgers—. Asegurémonos de que hacemos bien al forzar la puerta abierta. Una puerta cerrada siempre puede abrirse; pero es imposible que una puerta que se ha abierto haya permanecido cerrada.

Y de pronto, del modo más extraordinario, la puerta se abrió por sí sola, y al levantar la vista, estupefactos, vieron que la embozada figura del desconocido bajaba la escalera con una mirada más siniestra que nunca en sus grandes ojos de cristal. Bajó, rígido y lentamente, mirando con fijeza hacia delante. Recorrió todo el pasillo y después se detuvo.

—¡Miren! —dijo.

Todos los ojos siguieron la dirección de su dedo enguantado y vieron una botella de zarzaparrilla junto a la puerta de la bodega. Después el forastero entró en la sala y les cerró, iracundo, la puerta en las narices.

Nadie habló una palabra hasta que se perdieron los últimos ecos del portazo.

—¡Es el colmo! —dijo el señor Wadgers—. Yo iría y me enfrentaría con él -sugirió Wadgers a Hall—. Yo le pediría una explicación.

El marido de la posadera tardó algún tiempo en convencerse de la conveniencia de tal cosa. Por último llamó con los nudillos, abrió la puerta y comenzó:

—Siento interrumpirle...

—¡Váyase al diablo! —rugió el desconocido—. ¡Y cierre la puerta!

De este modo terminó la breve entrevista.

El desconocido se descubre

El forastero entró en la salita de la posada Coach and Horses alrededor de las cinco y media de la mañana y permaneció allí hasta cerca del mediodía con las persianas bajadas, la puerta cerrada y sin que nadie, después de lo ocurrido a Hall, se atreviera a acercársele.

Durante todo aquel tiempo debió de ayunar. Hizo sonar la campanilla tres veces, la tercera con verdadera cólera; pero nadie le contestó.

—Él es el único que «tiene que irse al diablo» —dijo la señora Hall.

Poco después llegó hasta ellos el rumor del robo cometido en la vicaría y comenzaron a atar cabos. Hall, acompañado de Wadgers, fue a visitar al señor Shuckleforth, el magistrado, para pedirle consejo. Nadie se atrevía a subir al piso superior, y se ignora en lo que permaneció ocupado el desconocido. De vez en cuando recorría violentamente la habitación, y por dos veces se oyó una serie de maldiciones, el desgarrar de papel, y un ruido de cristales rotos.

El reducido grupo de gente asustada, pero curiosa, fue aumentando. La señora Huxter se unió a él. Algunos jóvenes alegres que estrenaban chaquetas negras de confección y corbatas de papel *piqué*[6] —porque era domingo de Pentecostés— se unieron al grupo haciendo preguntas. El joven Archie Harker se distinguió entre todos, porque al atravesar el patio intentó mirar a través de las persianas. No pudo ver nada, pero dio lugar a que los demás creyeran que veía y a que otros jóvenes de Iping lo imitaran.

Era el más hermoso domingo de Pentecostés que pudiera imaginarse, y en la calle principal del pueblo había una docena o más de puestos de todas clases, incluyendo uno de tiro al blanco. En

la pradera, que quedaba al lado de la fragua, había tres vagones amarillos y marrones y un grupo de pintorescos extranjeros de ambos sexos estaban levantando un puesto de tiro de cocos. Los caballeros vestían jerseys azules, y las señoras, delantales blancos y sombreros a la moda cargados de plumas. Wodger, de Purple Fawn, y el señor Jaggars, el zapatero, que también vendía bicicletas de segunda mano, estaban colgando a lo ancho de la calle una colección de banderitas nacionales y gallardetes del rey, que habían servido para celebrar el jubileo.

Y mientras tanto, en la oscuridad artificial de la sala, en la que sólo penetraba la luz del sol por una rendija, el forastero, suponemos que hambriento y asustado, escondido en sus incómodas envolturas, contemplaba sus papeles a través de sus gafas oscuras o hacía sonar sus sucias botellas y, de vez en cuando, apostrofaba con ira a los muchachos que, aunque invisibles, eran perfectamente audibles desde el otro lado de la ventana. En el rincón que había junto a la chimenea yacían los fragmentos de media docena de botellas rotas y un punzante olor a cloro llenaba la atmósfera. Sabemos todo esto por lo que entonces pudo oírse y por lo que más tarde se descubrió en la habitación.

A eso de las doce abrió la puerta de la sala y permaneció en el umbral mirando fijamente a las tres o cuatro personas que se hallaban en el bar.

—Señora Hall — dijo.

Alguien se separó tímidamente del grupo y fue a buscar a la señora Hall. Esta apareció al poco tiempo, con la respiración algo fatigosa, lo que no impedía que se sintiera indignada. Hall no había vuelto todavía.

Ella había estado esperando esta escena y apareció con una bandeja que contenía la cuenta sin pagar.

—¿Es la cuenta lo que quiere? — preguntó.

—¿Por qué no me han traído el desayuno? ¿Por qué no me han preparado comida, ni contestado a mis llamadas? ¿Cree usted que yo vivo sin comer?

—¿Por qué no me ha pagado la cuenta? —dijo la señora Hall—. Eso es lo que yo quiero saber.

—Le dije hace tres días que estoy esperando un envío de dinero...

—Y yo le dije hace tres días que no voy a esperar ningún envío. No puede protestar por haber estado esperando el desayuno, si mi cuenta ha estado esperando cinco días.

El forastero blasfemó breve, pero enérgicamente.

—¡Vamos, vamos! -dijo una voz desde el bar.

—Y le agradecería mucho, señor, que se guardara sus juramentos para usted —dijo la señora Hall.

El forastero permaneció en pie, más parecido que nunca a un buzo. Todos los que se encontraban en el bar pensaron que la señora Hall había conseguido ganar la partida. Y las siguientes palabras del desconocido así lo demostraron.

—Escuche, buena mujer... -comenzó.

—A *mí* no me llame «buena mujer» —dijo la señora Hall.

—Ya le he dicho que no ha llegado el envío que estoy esperando.

—¡Me río yo de sus envíos!

—Sin embargo, creo que en mis bolsillos...

—Me dijo hace tres días que no tenía encima más que un soberano de plata.

—Bien, pues he encontrado un poco más.

—¿Ah, sí? —exclamaron desde el bar.

—Me gustaría saber dónde lo ha encontrado —dijo la señora Hall.

Esto pareció indignar al forastero, que golpeó el suelo con el pie.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó.

—Que me gustaría saber en dónde lo ha encontrado. Y antes de arreglar ninguna cuenta, o de traer el desayuno, o de hacer nada, tiene que aclararme una o dos cosas que no comprendo y que nadie comprende, y que todos estamos ansiosos por saber. Quiero saber lo que le ha hecho a mi silla, y quiero saber cómo es que su habitación estaba vacía y cómo consiguió entrar de nuevo. Los que se hospedan en esta casa entran por las puertas. Esta es la regla de mi casa y eso es lo que usted *no ha hecho*; y lo que quiero es saber cómo *hizo* para entrar. Y quiero saber...

De pronto, el forastero levantó sus contraídas y enguantadas manos; golpeó el suelo con el pie y dijo: «¡Basta!», con tan extraordinaria violencia, que la redujo al silencio casi inmediatamente.

—Usted no comprende —dijo— quién soy o lo que soy. Yo se lo demostraré. ¡Vive el cielo que se lo demostraré!

Entonces se llevó la mano a la cara y retiró las vendas. El centro de su cara se convirtió en una cavidad oscura.

—Tome —dijo.

Dio un paso hacia delante y entregó algo a la señora Hall, que ella, contemplando fijamente la metamorfosis ocurrida en su rostro, aceptó de un modo automático. Pero al ver lo que era, dio un terrible grito, lo dejó caer al suelo y se echó hacia atrás. La nariz (se trataba de la rosada y brillante nariz del desconocido) cayó al suelo.

Seguidamente se quitó las gafas, y todos los que estaban en el bar contuvieron la respiración. Se despojó del sombrero y, con un movimiento violento, se arrancó los bigotes y los vendajes. Durante unos instantes, los espectadores de esta escena se negaron a creer lo que tenían ante la vista. Un escalofrío recorrió a todo el grupo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo alguien. Y entonces fue cuando parecieron darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Fue horrible. La señora Hall, horrorizada y con la boca abierta, comenzó a gritar y se dirigió corriendo a la puerta de la casa. Todos comenzaron a moverse. Habían esperado ver cicatrices, desfiguraciones y horrores tangibles, pero... *¡nada!* Los vendajes y la peluca volaron por el pasillo y llegaron hasta el mostrador obligando a un muchacho a dar un salto para evitarlos. Todos tropezaron unos contra otros al bajar los escalones. Porque el hombre, que permanecía en pie, dando a gritos una incoherente explicación, era una figura sólida y gesticulante hasta el cuello y, después..., ¡el vacío, la nada!

Los vecinos del pueblo oyeron gritos y chillidos y, corriendo hacia el lugar de donde procedían, vieron que la posada Coach and Horses despedía violentamente a la calle a sus clientes. Vieron caer a la señora Hall, vieron cómo el señor Teddy Henfrey daba un salto a un lado para no tropezar con ella, y oyeron después los terribles gritos de Millie, que, habiendo salido de la cocina al oír el tumulto, se tropezó con el desconocido sin cabeza en el pasillo. Pero los gritos cesaron de repente.

Desde aquel momento, toda la gente que había en la calle, el confitero, el propietario del puesto de tiro de cocos y su ayudante, el encargado de los columpios, niños, petimetres paletos,

muchachas vestidas con sus mejores galas, hombres respetables y gitanas con delantales echaron a correr hacia la posada, y en un espacio de tiempo milagrosamente corto, un grupo de unas cuarenta personas, que aumentaba rápidamente, permaneció frente



al establecimiento de la señora Hall, moviéndose, gritando, preguntando, exclamando y haciendo sugerencias. Todos querían hablar al mismo tiempo, y el resultado fue una babel. Un pequeño grupo atendía a la señora Hall, que fue recogida del suelo en un estado lamentable. La confusión fue terrible ante la increíble evidencia de un vociferante testigo visual.

—¡Un fantasma...!

—¿Qué es lo que ha hecho?

—No la habrá herido, ¿verdad?

—Creo que se le ha echado encima con un cuchillo.

—Te digo que no tiene cabeza. No hablo en sentido figurado, sino que es verdaderamente *un hombre sin cabeza*.

—¡Tonterías! Será un truco de prestidigitación.

—Se quitó los vendajes...

En sus forcejeos por atisbar por la puerta abierta, el grupo formaba un impenetrable muro, con el más audaz a la vanguardia. Este decía:

—Se estuvo quieto un momento, oí el grito de la chica y entonces se volvió. Vi un revoloteo de faldas y él echó a correr detrás de ella. No tardó ni diez segundos. Volvió con un cuchillo en la mano y un pedazo de pan, y se quedó en pie, como si nos mirara. Hace un momento entró por aquella puerta. Les digo que no tiene cabeza. ¡Lástima que no lo hayan visto!

Hubo un revuelo entre el grupo, y el que hablaba se detuvo para dejar paso a una pequeña comitiva que se dirigía decididamente hacia la casa. Iba, en primer lugar, el señor Hall, muy acalorado y enérgico; después el señor Bobby Jaffers, el policía del pueblo, y después, el astuto señor Wadgers. Habían venido provistos de una orden de arresto.

Los componentes del grupo les informaron a gritos contradictoriamente de los recientes acontecimientos.

—Tenga cabeza o no —dijo Jaffers—, debo arrestarlo y *lo arrestaré*.

El señor Hall subió los escalones y se dirigió en línea recta a la puerta de la sala, que encontró abierta.

—Cumpla con su deber —dijo.

Jaffers penetró en la estancia seguido de Hall y de Wadgers. Vieron en la penumbra la figura sin cabeza que los contemplaba,

con un trozo de pan mordisqueado en una mano y un pedazo de queso en la otra.

—Ese es —dijo Hall.

—¿Qué diablos significa esto? —exclamó una voz que llegó hasta ellos desde encima del cuello de la figura.

—Es usted un individuo extraño, señor —dijo el señor Jaffers—; pero, con cabeza o sin ella, la orden de arresto dice «cuerpo», y el deber es el deber...

—¡No se acerque! —dijo la figura dando un paso atrás.

Dejó caer bruscamente el pan y el queso y el señor Hall cogió el cuchillo a tiempo de impedir que se clavara en la mesa. El desconocido se quitó el guante izquierdo y lo arrojó a la cara de Jaffers. Un instante después, Jaffers, interrumpiéndose en medio de una frase en la que mencionaba de nuevo la orden de arresto, lo cogió por la muñeca sin mano y por la invisible garganta. Recibió un puntapié en la espinilla, que le hizo dar un grito; pero no soltó su presa. Hall envió el cuchillo por encima de la mesa a Wadgers, que dio un paso hacia delante, mientras Jaffers y el desconocido se tambaleaban agarrándose el uno al otro. Una silla se interpuso entre ellos, pero cayó al suelo cuando los dos tropezaron con ella.

—Cójale por los pies —dijo Jaffers entre dientes.

El señor Hall, al intentar cumplir sus instrucciones, recibió una patada en las costillas que lo inutilizó por unos momentos, y el señor Wadgers, viendo que el decapitado forastero había conseguido subirse encima de Jaffers, se batió en retirada hacia la puerta, cuchillo en mano, tropezando entonces con el señor Huxter y el carretero de Sidderbridge, que venían en ayuda de la ley y el orden. En aquel instante cayeron al suelo dos o tres botellas de la cómoda, sumiendo a la habitación en un olor acre.

—¡Me entrego! —gritó el desconocido, a pesar de que tenía a Jaffers derribado.

Un momento después se puso en pie, resoplando, y apareciendo con una extraña figura sin cabeza y sin manos, ya que se había quitado también el guante derecho:

—Es inútil —dijo como en un sollozo.

Resultaba impresionante oír aquella voz que surgía como del espacio; pero los campesinos de Sussex son la gente menos melodramática que existe bajo el sol. Jaffers se puso en pie

también, y sacó un par de esposas. Pero en seguida titubeó.

—¡Eh! —dijo Jaffers, dándose cuenta de la incongruencia de todo el asunto—. ¡Maldita sea! No puedo utilizarlas, si no veo.

El desconocido recorrió el chaleco con el brazo y, como por milagro, la fila de botones a los que parecía señalar la manga vacía se desabrocharon. Entonces dijo algo sobre su espinilla y se inclinó. Pareció maniobrar con sus zapatos y calcetines.

—¡Atiza! —exclamó Huxter de pronto—. Esto no es un hombre. No son más que ropas vacías. ¡Miren! Se ve el vacío por dentro del cuello y el forro de la ropa. Podría meter el brazo...

Extendió la mano al hablar, pero pareció tropezar con algo en el espacio y la retiró con una exclamación.

—Le agradecería que no me metiera los dedos en el ojo —dijo la etérea voz con tono de colérica irritación—. Estoy aquí completamente entero, cabeza, manos, piernas y todo lo demás; pero da la casualidad de que soy invisible. Es un engorro, pero así es. Y ésta no es razón suficiente para que deba ser reducido a pedazos por todos los estúpidos patanes de Iping.

La ropa, totalmente desabrochada y colgando de su invisible soporte, se puso en pie, con los brazos en jarras.

Unos cuantos hombres habían entrado en la habitación, que ya se hallaba abarrotada.

—Invisible, ¿eh? —dijo Huxter sin hacer caso de los insultos del forastero—. ¿Quién ha oído nunca cosa semejante?

—Es posible que sea extraño, pero no es un crimen. Quisiera saber por qué un policía me ataca de este modo.

—¡Ah! Eso ya es otra cosa -dijo Jaffers—. No cabe duda de que es difícil verle en esta penumbra, pero tengo una orden y debo cumplirla. Lo que yo persigo no es la invisibilidad, sino el robo. Ha sido asaltada una casa y el dinero ha desaparecido.

—¿Y qué?

—Las circunstancias señalan ciertamente...

—¡Tonterías! —dijo el Hombre Invisible.

—Así lo espero. Pero sepa usted que he recibido instrucciones...

—Está bien —dijo el forastero—. Iré. Iré, pero sin esposas.

—Es lo acostumbrado —dijo Jaffers.

—Sin esposas —estipuló el forastero.

—Lo lamento -insistió Jaffers.

La figura se sentó de repente y, antes de que nadie comprendiera lo que estaba ocurriendo, las zapatillas, los calcetines y los pantalones desaparecieron debajo de la mesa. Después se puso en pie de nuevo y se quitó la chaqueta.

—¡Eh, oiga, deténgase! —dijo Jaffers dándose cuenta de pronto de lo que sucedía. Agarró el chaleco que se debatía y la camisa se salió de él. La prenda quedó inerte colgando de su mano.

—¡Agárrenlo! —gritó Jaffers—. Acaba de desnudarse...

—¡Agárrenlo! —gritaron todos, abalanzándose sobre la revoloteante camisa blanca, que era cuanto quedaba visible del forastero.



La manga de la camisa golpeó violentamente el rostro de Hall, que se vio obligado a detenerse en su avance, y un momento después la prenda se levantó y sus movimientos revelaron que alguien se la estaba sacando por la cabeza. Jaffers la cogió con fuerza y no consiguió más que ayudar a desprenderla. Recibió un golpe violento en la boca, blandió inmediatamente su porra y dio con ella en la cabeza de Teddy Henfrey.

—¡Cuidado! —gritaron todos, resguardándose y golpeando en el vacío—. ¡Sujetadle! ¡Cerrad la puerta! ¡Que no escape! ¡Aquí tengo

algo! ¡Aquí está!

Por el ruido aquello semejaba una babel absoluta. Todos parecían recibir golpes al mismo tiempo, y Sandy Wadgers, como siempre lleno de recursos, y con la inteligencia agudizada por un terrible puñetazo en la nariz, abrió la marcha y salió por la puerta. Los demás, al intentar seguirle, se amontonaron por un momento en el umbral. Los golpes continuaron. Phipps, el unitario [7], tenía un diente roto, y Henfrey sangraba por una oreja. Jaffers recibió un puntapié en la mandíbula y al volverse cogió algo que se interponía entre él y Huxter, impidiendo que se acercase. Le pareció tocar un tórax musculoso y, un momento después, todo el grupo de hombres forcejeantes y excitados salió al abarrotado vestíbulo.

—¡Ya le tengo! —gritó Jaffers, medio ahogado, haciendo eses y luchando a brazo partido con su invisible enemigo.

Los hombres se apartaron a ambos lados, mientras los dos combatientes se dirigían hacia la puerta de la casa y rodaban la media docena de escalones de la entrada de la posada. Jaffers gritaba mientras tanto con voz estrangulada, pero sin soltar su presa. Un momento después, dobló las rodillas, giró sobre sí mismo y cayó al suelo dando con la cabeza en la piedra. Sólo entonces abrió los dedos.

Se oyeron gritos excitados de «¡No lo suelte!» «¡Invisible!», y un joven desconocido en el lugar, cuyo nombre rio llegó a saberse, corrió hacia la escena, agarró algo, lo perdió y cayó sobre el postrado cuerpo del policía. Al otro lado de la calle una mujer gritó al sentirse empujada; un perro, que por lo visto recibió un puntapié, se dirigió aullando hacia el patio de Huxter, y con eso llegó a su fin la transformación del Hombre Invisible. Durante unos instantes, la gente permaneció estupefacta, gesticulando. Después, el pánico los sobrecogió esparciéndolos por el pueblo, del mismo modo que una ráfaga de viento esparce las hojas muertas. Pero Jaffers continuó sin movimiento, con la cara mirando al cielo, y las rodillas dobladas, al pie de los escalones de la posada.

En tránsito

El capítulo ocho es sumamente breve y relata que Gibbins, el naturalista aficionado del distrito, que estaba descansando medio dormido en las espaciosas colinas, sin que hubiera un alma a una milla de distancia, oyó junto a sí un ruido de tos, un estornudo y, acto seguido, una maldición. Al mirar, no vio nada, pero la existencia de la voz era indiscutible. Continuaba maldiciendo con la amplitud y variedad que caracteriza a las maldiciones de un hombre cultivado. Fue aumentando en volumen hasta llegar a un punto culminante y, después, disminuyó de nuevo y murió en la lejanía, tomando, al parecer, la dirección de Adderdean. Se oyó un espasmódico estornudo, y todo terminó. Gibbins no se había enterado de los sucesos de la mañana, pero el fenómeno era tan extraordinario y perturbador, que toda su filosófica tranquilidad se desvaneció. Se levantó apresuradamente, y descendió por la ladera de la colina hacia el pueblo con toda la rapidez que le fue posible.

El señor Thomas Marvel

Deben imaginarse al señor Thomas Marvel como una persona de rostro flexible y múltiple, con una nariz en forma de saliente cilíndrico, boca amplia, alcohólica y fluctuante, y barba de una erizada excentricidad. Su cuerpo tenía cierta propensión a la obesidad, y la pequeñez de sus piernas y brazos acentuaba esta propensión. Llevaba un sombrero de seda adornado con pieles, y la frecuente sustitución de los botones por cordeles e hilos en los más necesarios puntos de su ropa delataba al clásico célibe.

Thomas Marvel estaba sentado con los pies metidos en la cuneta de la carretera de Adderdean, a una milla y media de distancia de Iping. Sus pies estaban exclusivamente cubiertos por unos calcetines de calado irregular, y sus dedos eran anchos y se erguían como las orejas de un perro vigilante. Estaba contemplando un par de botas con mucha tranquilidad —él lo hacía todo con tranquilidad—. Eran las botas más fuertes que había poseído desde hacía mucho tiempo, pero le quedaban demasiado grandes, mientras que las otras que tenía le resultaban muy cómodas en tiempo seco, pero su suela era demasiado fina para andar por terreno húmedo. El señor Thomas Marvel detestaba las botas holgadas, pero también detestaba la humedad. No había acabado de decidir qué era lo que odiaba más, pero como hacía un día agradable y no había otra cosa mejor para hacer, lo estaba pensando. De modo que colocó las cuatro botas sobre el césped y las contempló.



Al verlas encima de la hierba y de la naciente agrimonia, pensó, de pronto, que los dos pares eran igualmente feos. No se sobresaltó al oír una voz a su espalda.

—Por lo menos son botas —dijo la voz.

—¡Sí! —dijo Thomas Marvel inclinando la cabeza hacia un lado y mirándolas con disgusto—. Y maldito si sé cuál es el par más feo en todo el Universo.

—¡Hum! —dijo la voz.

—He usado otras peores y también he ido sin ellas. Pero no he

visto ningunas tan espantosamente feas, si me permite la expresión. Durante muchos días me he dedicado principalmente a mendigar botas.



Porque estoy harto de éstas. Naturalmente que son buenas, pero al andar se las ve demasiado. En todo este condado no he encontrado otras distintas. ¡Mírelas! Y eso que, en general, aquí se encuentran buenas botas. Pero yo he tenido mala suerte. Llevo diez años o más, comprando las botas en este condado. ¡Para que después me traten de este modo!

—¡Este condado es repugnante! —dijo la voz—. Y sus habitantes son unos cerdos.

—¿Verdad que sí? —dijo Thomas Marvel—. ¡Señor! ¡Pero lo peor de todo son las botas!

Miró por encima del hombro derecho para contemplar las botas de su interlocutor, y hacer comparaciones, y vio que donde lógicamente debían haber estado, no había ni piernas ni botas. Miró por encima del hombro izquierdo y tampoco allí había piernas ni botas. Entonces comenzó a invadirle un profundo asombro.

—¿Dónde *está* usted? —dijo Thomas Marvel por encima del hombro y poniéndose a gatas. No vio más que las colinas vacías

cubiertas de verdes arbustos de tojo movidos suavemente por el viento.

—¿Estoy borracho? —dijo el señor Marvel—. ¿Seré un visionario? ¿Estaba hablando solo? ¿Qué diablos...?

—No se alarme —dijo una voz.

—Deje de *ventriloquizarme* [8] —dijo Thomas Marvel incorporándose rápidamente—. ¿Dónde *está* usted? ¡Que no me alarme, dice!

—No se alarme —repitió la voz.

—*Usted* es el que va a alarmarse dentro de un instante, tonto estúpido —dijo el señor Thomas Marvel—. ¿Dónde *está* usted? Deje que le eche la vista encima... ¿Es que está *bajo tierra*? —preguntó después de un instante.

No hubo respuesta.

Marvel permaneció descalzo y atónito, con la chaqueta desabrochada.

—Píuit —dijo un avefría muy lejana.

—¡Sí, píuit! —dijo el señor Thomas Marvel—. No es momento para bromas.

El campo estaba solitario por el este, el oeste, el norte y el sur; la carretera, con sus cunetas poco profundas y sus blancos mojones, estaba completamente desierta y solamente el avefría turbaba la quietud de la atmósfera.

—Dios me valga —dijo Thomas Marvel arreglándose la chaqueta—. Es el vino. Debía habérmelo imaginado.

—No es el vino —dijo la voz—. Tranquilice sus nervios.

—¡Oh! —dijo el señor Marvel mientras su rostro palidecía bajo sus manchas—. Es el vino —repitieron sus labios sin hacer ningún ruido. Permaneció mirando a su alrededor y se echó instintivamente hacia atrás—. Hubiera *jurado* que oía una voz —susurró.

—Claro que la ha oído.

—Ahí está otra vez —dijo el señor Marvel cerrando los ojos y llevándose la mano a la frente con trágico ademán. De pronto sintió que lo agarraban por el cuello y que lo sacudían violentamente. Quedó más aturdido que nunca.

—¡No sea idiota! —exclamó la voz.

—¡Debo de ser un zoquete! —dijo el señor Marvel—. Es inútil. Todo esto me ocurre por haberme concentrado demasiado en las

malditas botas. Soy un zoquete. O, de lo contrario, hay fantasmas por aquí.

—Ni una cosa ni otra. ¡Escuche!

—¿Eh?

—¡Un minuto! —dijo la voz esforzándose por dominar su irritación.

—¡Bien! —dijo Thomas Marvel con la extraña sensación de haber sido tocado en el pecho por un dedo.

—¿Cree usted que soy un producto de su imaginación?

—¿Qué otra cosa *puede* ser? —respondió el señor Marvel rascándose el cogote.

—Muy bien —dijo la voz con alivio—. Entonces le tiraré piedras hasta que cambie de opinión.

—Pero ¿dónde *está* usted?

La voz no respondió. Pero una piedra llegó volando por los aires y, por milímetros, no aterrizó en el hombro del señor Marvel. Este, volviéndose, vio que otra piedra se levantaba del suelo, trazaba un círculo complicado, se detenía un instante, y caía después a sus pies con casi invisible rapidez. Quedó demasiado pasmado para evadir el golpe. El pedrusco rebotó desde el dedo del pie hasta la cuneta. El señor Thomas Marvel levantó el pie y dio un grito. Entonces echó a correr, tropezó con un obstáculo invisible y quedó sentado en el suelo.

—Y *ahora* —dijo la voz, mientras una tercera piedra se elevaba y quedaba inmóvil en el aire sobre la cabeza del señor Marvel—, ¿soy un producto de su imaginación?

El señor Marvel, por toda respuesta, se puso en pie para ser derribado inmediatamente de nuevo. Permaneció unos instantes sin moverse.

—Si intenta huir —dijo la voz—, le tiraré la piedra a la cabeza.

—Es curioso —dijo Thomas Marvel, sentándose, acariciándose el pie herido con la mano, y fijando la vista en el tercer proyectil—. No lo comprendo. Piedras levantándose por sí solas. Piedras que hablan. Puedes bajar al suelo. Me rindo.

La tercera piedra cayó al suelo.

—Es muy sencillo —dijo la voz—. Soy un hombre invisible.

—Dígame algo nuevo —dijo el señor Marvel con un gemido—. ¿En dónde se ha escondido...? ¿Cómo lo *hace*...? No sé nada. Estoy

vencido.

—Eso es todo —dijo la voz—. Soy invisible. Eso es lo que quiero que comprenda.

—Eso lo ve cualquiera. No es necesario que se impaciente de ese modo, señor. Vamos, déme una idea. ¿Cómo se ha escondido?

—Soy invisible. Es la verdad. Y lo que quiero que comprenda es...

—Pero ¿dónde? —interrumpió el señor Marvel.

—Aquí. A unos seis metros de donde está usted.

—*¡Vamos, vamos!* No estoy ciego. ¿No intentará hacerme creer que está usted hecho de aire? No soy un vagabundo ignorante...

—Pues sí. Estoy hecho de aire. Usted está mirando a través de mí.

—¿Qué? ¿Que no tiene cuerpo? *Vox et...*[9] ¿Qué es? ¿Sólo un chapurreo?

—Sólo soy un ser humano, sólido, que necesita comer y beber. Y también vestir... Pero soy invisible. ¿Comprende? Invisible. Es muy sencillo. Invisible.

—¿Pero habla en serio?

—Sí; en serio.

—Déme una mano —dijo Marvel—, si es que *es* de carne y hueso. Puede que no me resulte tan extraño. *¡Santo Dios!* ¡Me ha sobresaltado usted al agarrarme de ese modo!

Tocó con los dedos libres la mano que le sujetaba la muñeca y después recorrió íntimamente el brazo, sintió el contacto de un pecho musculoso y exploró un rostro barbudo. La cara de Marvel expresó su estupefacción.

—¡Maldita sea! Esto es más maravilloso que una pelea de gallos —exclamó—. A través de su cuerpo puedo ver claramente un conejo a media milla de distancia. No hay ningún centímetro visible en toda su persona, excepto... —escudriñó el espacio aparentemente vacío—. ¿Ha estado usted comiendo pan y queso? —preguntó sosteniendo el brazo invisible.

—Tiene razón. Mi cuerpo todavía no lo ha asimilado.

—¡Ah! —exclamó el señor Marvel—. De todas formas es algo sobrenatural.

—Todo esto no es tan extraordinario como usted cree.

—Resulta bastante extraordinario para *mi* modesta inteligencia

—dijo Thomas Marvel—. ¿Cómo se las arregla? ¿Cómo demonios lo consigue?

—Es una historia demasiado larga. Y, además...

—¡Le digo que todo esto me deja de una pieza!

—Lo que quiero decirle es esto: Necesito ayuda. Para eso he venido. Tropecé con usted de repente. Estaba vagando por aquí, loco de cólera, desnudo e impotente. Estaba dispuesto a matar a alguien... Y, de pronto, lo vi...

—*¡Santo Dios!* —dijo el señor Marvel.

—Me acerqué por detrás..., vacilé..., continué mi camino...

La expresión del señor Marvel era elocuente.

—Entonces me detuve. «Aquí —me dije—, aquí hay un proscrito como yo. Este es el hombre que necesito.» De modo que di media vuelta y me acerqué de nuevo. Y...

—*¡Santo Dios!* —repitió el señor Marvel—. Mi cerebro es un torbellino. ¿Puedo preguntarle cómo lo consigue? ¿Y qué clase de ayuda necesita? ¡Invisible!

—Quiero que me ayude a conseguir ropa y albergue y que me ayude en otras cosas que me son necesarias. Ya he pasado bastante tiempo sin ellas. Si no está dispuesto a hacerlo... Pero *lo hará... No tiene más remedio.*

—Mire —dijo el señor Marvel—. Estoy demasiado pasmado. No me zarandee más, y suélteme. Necesito tranquilizarme. Además, creo que me ha roto el dedo del pie. Todo esto es irrazonable. El campo está vacío, la atmósfera también. No hay nada visible en millas a la redonda, excepto la madre Naturaleza. Y, de pronto, llega hasta mí una voz. ¡Una voz que sale del cielo! Y pedradas. Y un puño que no veo. ¡Santo Dios!

—Repóngase —dijo la voz—, porque tiene que ayudarme.

El señor Marvel resopló y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—Le he escogido a usted —prosiguió la voz—. Usted es el único hombre, excepto unos cuantos idiotas del pueblo, que sabe que existe un hombre invisible. Tiene que ayudarme. Ayúdeme y haré grandes cosas por usted. Un hombre invisible es un hombre poderoso —se detuvo un momento para estornudar violentamente—. Pero si me traiciona, si no hace lo que le ordeno...

Hizo una pausa y golpeó levemente el hombro del señor Marvel,

que dio un grito de terror al sentir el contacto de su mano.

—No deseo traicionarle —dijo el señor Marvel apartándose del lugar donde suponía que estaban los dedos invisibles—. No crea que quiero traicionarle. No deseo más que ayudarle. Dígame lo que quiere que haga. (¡Santo Dios!) Estoy dispuesto a hacer lo que usted quiera que haga.

La visita del señor Marvel a Iping

Cuando hubo pasado la primera oleada de pánico, el pueblo de Iping empezó a hacer conjeturas. El escepticismo resurgió, un escepticismo algo inquieto y no muy seguro de sí mismo; pero escepticismo al fin y al cabo. Es mucho más fácil no creer en la existencia de un hombre invisible; y, en realidad, los que le habían visto disolverse en el aire o habían sentido la fuerza de su brazo, podían contarse con los dedos de las manos. Y de estos testigos, el señor Wadgers se hallaba ausente por haberse encerrado en su casa bajo siete llaves, y Jaffers estaba sin sentido en la sala de Coach and Horses. Las ideas grandes, extrañas y trascendentales a menudo impresionan menos a hombres y mujeres que las consideraciones más nimias y tangibles. Iping estaba alegre y engalanado, y todo el mundo se había vestido de fiesta. Durante un mes o más, los aldeanos habían estado esperando la llegada del día de Pentecostés. Por la tarde, hasta quienes creían en lo sobrenatural, comenzaron a disfrutar tímidamente de sus inocentes entretenimientos, suponiendo que el Hombre Invisible se había marchado. Para los escépticos, su existencia era un mito. Pero todos, escépticos y creyentes, se mostraron extrañamente sociables durante aquel día.

El campo de Haysman se veía animado por un tenderete en el que la señora Bunting y otras señoras preparaban té, mientras los niños de la escuela dominical hacían carreras y jugaban bajo la vigilancia del vicario y de las señoritas Cuss y Sackbut. No cabe duda de que en el ambiente flotaba cierta intranquilidad, pero la mayoría de los aldeanos tenía el suficiente sentido común para disimular cualquier temor imaginario que pudiera sentir. En la pradera del pueblo, una cuerda inclinada por la cual corría una polea, de la que pendía un cesto que cruzaba la distancia con suma rapidez, tuvo gran éxito entre los adolescentes, así como los

columpios y los puestos de tiro. La mayoría de los campesinos se dedicaba a pasear, y el órgano de vapor que estaba agregado a un pequeño tióvivo llenaba la atmósfera con un penetrante olor a aceite y con su música igualmente penetrante. Los socios del club, que habían ido a la iglesia por la mañana, estaban flamantes con sus escudos rosa y verde. Algunos de los más alegres se habían adornado el sombrero de copa con cintas de color brillante. A través de los jazmines que rodeaban su ventana, o por la puerta abierta (a elección), se vislumbraba al viejo Fletcher (cuyas teorías acerca de las fiestas eran muy severas), de pie sobre un tablón sostenido por dos sillas, encalando el techo del vestíbulo de su casa.

A eso de las cuatro llegó al pueblo un desconocido que venía de las colinas. Era un hombrecillo bajo y grueso, con un sombrero extraordinariamente raído y que, por lo visto, se hallaba sin aliento. Sus carrillos se hinchaban y deshinchaban alternativamente. Su pecoso rostro expresaba aprensión y todo él se movía con una presteza forzada. Dio la vuelta a la esquina de la iglesia y se dirigió a la posada Coach and Horses. El viejo Fletcher, entre otros, recuerda haberle visto. Tanto le extrañó su curiosa agitación, que permitió inadvertidamente que un poco de cal le cayera, mientras le miraba, dentro de la manga de la chaqueta.

Según observó el propietario del puesto de tiro de cocos, aquel forastero parecía hablar solo, y el señor Huxter lo advirtió también. Se detuvo a la puerta de Coach and Horses y, según el señor Huxter, pareció librar una gran lucha interna antes de decidirse a entrar en la casa. Por fin subió los escalones, y el señor Huxter vio que se dirigía hacia la izquierda y abría la puerta de la sala. El señor Huxter oyó que desde el interior de aquella habitación y desde el bar, algunos parroquianos advertían al hombre de su error.

—¡Esa habitación es privada! —dijo Hall.

El forastero cerró la puerta con torpeza y entró en el bar. Unos minutos después reapareció, secándose los labios con el reverso de la mano, y con un aire de satisfacción que al señor Huxter le pareció fingido. Permaneció unos momentos mirando a su alrededor y después el señor Huxter lo vio dirigirse de un modo curiosamente furtivo a la puerta del patio al que daba la ventana de la sala. Después de una breve vacilación, el forastero se apoyó en la puerta, sacó una pipa y se preparó a llenarla. Sus dedos temblaban mientras

lo hacía. La encendió torpemente y cruzando los brazos comenzó a fumar con una lánguida actitud que sus ocasionales y rápidas miradas al patio desmentían.

El señor Huxter vio todo esto desde detrás del escaparate en que hacía despliegue de sus existencias de tabaco, y la singularidad de la conducta de aquel hombre le impulsó a continuar su observación.

De pronto, el forastero se puso bruscamente en pie y se metió la pipa en el bolsillo. En seguida penetró en el patio. Inmediatamente, el señor Huxter, imaginando ser testigo de algún hurto, saltó de detrás del mostrador y salió dispuesto a detener al ladrón. Mientras tanto, el señor Marvel reapareció con el sombrero torcido, un bulto envuelto en un mantel azul en una mano y tres libros atados juntos (con los tirantes del vicario, según se demostró más tarde) en la otra. Al ver a Huxter emitió un sonido entrecortado y, volviéndose bruscamente hacia la izquierda, echó a correr.



—¡Al ladrón! —gritó Huxter corriendo en pos de él.

Las sensaciones del señor Huxter fueron intensas, pero breves. Vio al hombre a corta distancia, corriendo hacia la esquina de la iglesia. Vio más allá las banderitas de los festejos, y sólo uno o dos rostros se volvieron hacia él. Gritó de nuevo «¡Al ladrón!», y continuó valerosamente la persecución. No había dado diez pasos cuando sintió que le cogían por una pierna de un modo misterioso y ya no corrió, sino que voló con increíble velocidad por el espacio. De pronto vio el suelo debajo de sus narices. Le pareció que el

mundo se dividía en un millón de motas de luz y los acontecimientos subsiguientes dejaron de interesarle.

En la posada Coach and Horses

Para comprender claramente lo que había ocurrido en la posada, es necesario volver al momento en que el señor Marvel apareció por primera vez ante la vista del señor Huxter.

En aquel preciso instante el señor Cuss y el señor Bunting estaban en la sala investigando concienzudamente los extraños sucesos de la mañana, y con el permiso del señor Hall hacían un examen minucioso de las posesiones del Hombre Invisible. Jaffers se había repuesto en parte de su caída y se había retirado a su casa, al cuidado de unos cuantos amigos compasivos. Las prendas de ropa desperdigadas habían sido recogidas por el señor Hall, y la estancia puesta en orden. Y sobre la mesa que había junto a la ventana, donde el forastero solía trabajar, Cuss había encontrado inmediatamente tres grandes manuscritos con una etiqueta en la que se leía «Diario».

—¡Diario! —exclamó Cuss—. Ahora nos enteraremos de algo.

El vicario estaba de pie con las manos sobre la mesa.

—¡Diario! —repitió Cuss, sentándose, colocando dos libros de forma que soportaran al tercero, y abriendo éste—. ¡Hum! No hay palabra alguna en la primera hoja. ¡Maldición! Está cifrado. Y lleno de números.

El vicario se dispuso a mirar por encima de su hombro y Cuss pasó las hojas con una repentina decepción retratada en el rostro.



—Yo... ¡Válgame Dios! Está todo cifrado, Bunting.

—¿No hay diagramas? —preguntó el señor Bunting—. ¿No hay dibujos que echen un poco de luz...?

—Véalo usted mismo —repuso el señor Cuss—. Parte de lo que hay aquí son matemáticas, y lo demás está escrito parte en ruso o en un idioma semejante, a juzgar por los caracteres, y parte en griego. Yo tenía entendido que *usted* sabía...

—Claro —dijo el señor Bunting sacando sus gafas, limpiándolas y sintiéndose de pronto muy molesto porque el griego que él sabía era nulo—. Sí... el griego, naturalmente, puede darnos la clave.

—Le buscaré un párrafo.

—Yo creo que deberíamos echar primero una mirada a los

volúmenes —dijo Bunting sin dejar de limpiarse las gafas—. Creo que una impresión general en primer lugar será lo más conveniente, Cuss, y *luego* buscaremos las claves, ¿comprende?

Tosió, se puso las gafas, se las colocó con sumo cuidado, tosió de nuevo, y deseó que ocurriera algo para evitar la, por lo visto inevitable, humillación. Después cogió sin precipitación el libro que Cuss le tendía. Y entonces, en efecto, algo ocurrió.

La puerta se abrió de pronto.

Los dos hombres se sobresaltaron violentamente, miraron a su alrededor y se sintieron aliviados al ver un rostro rubicundo bajo un sombrero adornado de piel.

—¿El lavabo? —preguntó el poseedor de aquel rostro.

—No —respondieron los dos hombres al mismo tiempo.

—Por el lado opuesto, amigo —dijo el señor Bunting.

—Y por favor, cierre la puerta —añadió el señor Cuss irritado.

—Está bien —dijo el intruso en voz baja, extrañamente distinta de la voz ronca que había utilizado al hacer su primera pregunta—. Tienen razón —siguió diciendo con la misma voz que al principio—. ¡Franquía!

Y con esto desapareció, cerrando la puerta.

—Supongo que se trata de un marinero —dijo el señor Bunting—. Son unos individuos muy curiosos. Supongo que eso de «Franquía» será en esta ocasión algún término náutico que se refiere a la salida de la habitación.

—Eso debe de ser —dijo Cuss—. Hoy tengo los nervios deshechos. Me sobresaltó que la puerta se abriera de ese modo.

El señor Bunting sonrió como si él no se hubiera sobresaltado.

—Y ahora —dijo con un suspiro— sigamos con los libros.

—Un momento —dijo Cuss, levantándose para cerrar la puerta con llave—. Creo que ahora estamos a salvo de interrupciones.

Cuando acabó de hablar, alguien resopló.

—Una cosa es indiscutible —dijo Bunting, acercando su silla a la de Cuss—. Han estado ocurriendo en Iping cosas muy extrañas últimamente; muy extrañas... Naturalmente, no puedo creer en esa absurda historia de la invisibilidad...

—Es increíble —asintió Cuss—. Increíble. Pero existe el hecho de que yo vi el interior de su manga...

—Pero... ¿está seguro...? Por ejemplo, un espejo... Es muy fácil

producir alucinaciones. No sé si ha visto usted alguna vez un buen prestidigitador...

—No quiero empezar a discutir otra vez —dijo Cuss—. Ya hemos hablado de eso, Bunting, y ahora tenemos que estudiar estos libros. ¡Ah! Aquí está lo que yo creo que es griego. Por lo menos, son letras griegas.

Señalaba el centro de la página. El señor Bunting enrojeció ligeramente y acercó los ojos al libro fingiendo no ver bien. De pronto sintió algo extraño en la nuca. Intentó mover la cabeza y tropezó con una incommovible resistencia.

Se trataba de una fuerte presión, la de una mano pesada y firme que le empujaba la cabeza irresistiblemente hacia la mesa.

—*¡No se muevan, hombrecillos* —murmuró una voz—, *o los asesino a los dos!*



Bunting contempló la cara de Cuss, que se hallaba junto a la suya en la misma postura, y leyó en ella el reflejo horrorizado de su propia estupefacción.

—Lamento tener que tratarlos con brusquedad —prosiguió la voz—. Pero es inevitable. ¿Desde cuándo acostumbran a curiosear

los libros personales de un investigador? —las dos barbillas golpearon simultáneamente la mesa y las dos dentaduras castañetearon—. ¿Desde cuándo acostumbran a invadir las habitaciones privadas de un hombre desgraciado? —los golpes se repitieron—. ¿Dónde han puesto mi ropa? Escuchen, las ventanas están cerradas y he quitado la llave de la puerta. Soy un hombre fuerte y tengo el atizador de la chimenea a mano; eso sin contar con que soy invisible. No cabe la menor duda de que podría matarlos a los dos y marcharme tranquilamente si quisiera. ¿Comprenden? Muy bien. Si los dejo en libertad, ¿me prometen no hacer tonterías y sí lo que les ordene?

El vicario y el médico se miraron, y el segundo hizo una mueca.

—Sí —dijo el señor Bunting.

El médico lo imitó. Entonces se aflojó la presión que sentían en sus cuellos, y los dos hombres se enderezaron, con las caras muy enrojecidas, moviendo la cabeza.

—Por favor, sigan sentados donde están —dijo el Hombre Invisible—. Aquí está el atizador. Cuando entré en esta habitación —continuó, después de acercar el arma a la punta de la nariz de cada uno de sus visitantes—, no esperaba hallarla ocupada. Y sí encontrar, además de mis libros de apuntes, toda mi ropa. ¿Dónde está? No; no se levanten. Ya veo que está aquí. De momento, aunque los días son bastante cálidos y un Hombre Invisible puede andar desnudo de un lado para otro, las noches son frías. Necesito ropa y varias cosas. Y también necesito esos tres libros.

El Hombre Invisible pierde la paciencia

Es inevitable que, al llegar a este punto, la narración se interrumpa de nuevo por una razón muy lamentable que se hará evidente más adelante. Mientras estos sucesos tenían lugar en la sala, mientras el señor Huxter vigilaba al señor Marvel, que fumaba su pipa apoyado en la puerta, a una docena de metros de distancia, el señor Hall y Teddy Henfrey comentaban intrigados todo lo que había sucedido en Iping.

De pronto, oyeron un golpe violento en la puerta de la sala, un grito agudo y, después, el silencio.

—¿Qué es eso? —dijo Teddy Henfrey.

—¿Qué es eso? —se oyó desde dentro.

El señor Hall comprendía las cosas despacio; pero, cuando lo hacía, era infalible.

—Hay algo que no va bien —dijo saliendo de detrás del mostrador y acercándose a la puerta de la sala.

Teddy le siguió y ambos se pusieron a escuchar, consultándose con los ojos.

—Algo ha ocurrido —dijo Hall.

Hasta ellos llegaron oleadas de un desagradable olor de cosa química y el sonido ahogado de una conversación rápida e ininterrumpida.

—¿Están bien? —preguntó Hall, golpeando la puerta.

La conversación cesó bruscamente. Durante unos instantes se hizo el silencio y en seguida volvieron a oírse murmullos sibilantes entre los que se distinguió claramente que alguien exclamaba: «¡No! ¡No haga eso!» Oyeron después el ruido de una silla al caer al suelo y una breve lucha. A continuación se hizo de nuevo el silencio.

—¿Qué demonio...? —exclamó Henfrey *sotto voce* [10].

—¿Están bien? —preguntó Hall de nuevo.

La voz del vicario respondió con una curiosa entonación sobresaltada:

—Perfectamente. Por favor, no interrumpen.

—¡Qué extraño! —dijo el señor Henfrey.

—¡Qué extraño! —repitió el señor Hall.

—Ha dicho que no interrumpamos —dijo Henfrey.

—Ya lo he oído.

—Y alguien ha resoplado —añadió Henfrey.

Siguieron escuchando. La conversación era rápida y en voz baja.

—*No puedo* —dijo el señor Bunting elevando la voz—. Le digo, señor, que *no quiero*.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Henfrey.

—Que no quiere —respondió Hall—. No nos hablaba a nosotros, ¿verdad?

—¡Vergonzoso! —exclamó Bunting desde dentro.

—Vergonzoso —repitió Henfrey—. Lo he oído *claramente*.

—¿Quién es el que habla ahora?

—Supongo que el señor Cuss. ¿Oye usted algo?

Silencio. Los sonidos llegaban hasta ellos confusos y embrollados.

—Parece como si arrastrasen la mesa —dijo Hall.

La señora Hall apareció detrás del mostrador. Su marido le hizo señas de que guardara silencio y escuchara, lo que produjo la instantánea oposición de la señora Hall.

—¿Qué es lo que estás escuchando, Hall? ¿No tienes otra cosa que hacer en un día tan ajetreado como el de hoy?

Hall intentó explicarle lo que ocurría valiéndose de muecas y gestos, pero la señora Hall era obstinada y levantó la voz. Por lo que Hall y Henfrey, bastante cabizbajos, se acercaron al bar de puntillas, gesticulando para explicarle lo que ocurría.

Al principio ella se negó a creer que lo que habían oído tuviera la menor importancia, y después insistió en que Hall guardara silencio mientras Henfrey hablaba. Se sentía inclinada a pensar que todo aquello eran tonterías y que quizá los de dentro estuvieran simplemente moviendo las sillas.

—Le oí decir «vergonzoso», *estoy seguro* —dijo Hall.

—*Yo* también lo oí, señora Hall —dijo Henfrey.

—Probablemente... —comenzó la señora Hall.

—¡Chist! —dijo Teddy Henfrey—. ¿No han oído la ventana?

—¿Qué ventana? —preguntó la señora Hall.

—La de la sala —respondió Henfrey.

Los tres permanecieron escuchando atentamente. Los ojos de la señora Hall miraron, sin ver, el brillante marco de la puerta de la posada, la calle blanca y la tienda de Huxter iluminada por el sol de junio. De pronto, la puerta de la tienda se abrió, y apareció el dueño en persona con los ojos brillantes de emoción y gesticulando con los brazos.

—¡Al ladrón! —gritó Huxter echando a correr oblicuamente hacia la puerta del patio, y desapareciendo.

En aquel momento oyeron un tumulto en la sala y el ruido de ventanas que se cerraban.

Hall, Henfrey y todo el humano contenido de la posada salieron atropelladamente a la calle. Vieron a un hombre que daba la vuelta a la esquina hacia la carretera y contemplaron después cómo el señor Huxter ejecutaba un complicado salto en el aire y terminaba dando con la cabeza y el hombro en el suelo.



En la calle, la gente los miraba con asombro y algunos comenzaron a correr hacia ellos.

El señor Huxter estaba sin sentido. Henfrey lo descubrió al acercarse, pero Hall y dos aldeanos más se abalanzaron a la esquina gritando frases incoherentes y alcanzaron a ver al señor Marvel, que desaparecía por detrás del muro de la iglesia. Por lo visto llegaron a la conclusión de que se trataba del Hombre Invisible hecho de nuevo visible, por lo que inmediatamente echaron a correr en su persecución. Pero Hall no había corrido una docena de metros cuando dio un tremendo grito de asombro y cayó de cabeza hacia un lado, agarrando al caer a uno de los aldeanos y tirándolo al suelo. Lo habían empujado como si estuviera jugando al fútbol. El segundo aldeano se acercó, miró y, creyendo que Hall había caído por sí mismo, se dispuso a proseguir la persecución. Pero no consiguió con ello más que recibir una zancadilla como la que recibiera Huxter. Después, cuando el primer aldeano intentó ponerse en pie, cayó al suelo al recibir un golpe capaz de derribar a

un buey.

En el momento en que caía, todo un grupo de hombres que venía del pueblo dobló la esquina. El primero en aparecer fue el propietario del puesto de tiro de cocos, un hombre corpulento vestido con un jersey azul marino.



Quedó perplejo al ver que el lugar estaba desierto y que allí no había más que tres hombres absurdamente tendidos en el suelo. Entonces algo le ocurrió a uno de sus pies y cayó de cabeza, teniendo el tiempo justo para agarrarse a los de su hermano y socio, que cayó a su vez. Todos los aldeanos que los seguían precipitadamente los golpearon, cayeron sobre ellos y los apostrofaron, indignados.

Mientras tanto, cuando Hall, Henfrey y los labradores salieron de la casa, la señora Hall, que tenía años de experiencia, permaneció junto al mostrador pegada a la caja que contenía el dinero. De pronto, se abrió la puerta de la sala y apareció en ella el señor Cuss, que sin mirarla bajó corriendo los escalones y se dirigió hacia la esquina.

—¡Detenedle! —gritó—. ¡Que no suelte el paquete! ¡No le perdáis de vista mientras tenga el paquete en la mano!

Ignoraba la existencia de Marvel, a quien el Hombre Invisible había entregado los libros y el paquete en el patio. La expresión del señor Cuss era colérica y decidida, pero su indumentaria dejaba bastante que desear, ya que se limitaba a una especie de enaguilla suelta, cuyo uso sólo hubiera sido adecuado en Grecia.

—¡Detenedle! —gritó—. ¡Se ha llevado mis pantalones! ¡Y toda la ropa del vicario!

—Lo atenderé en seguida —dijo a Henfrey, al pasar junto al postrado Huxter. Pero al dar la vuelta a la esquina para unirse con los demás perseguidores, fue golpeado y perdió el equilibrio cayendo al suelo con los brazos y los pies extendidos indecorosamente. Uno de los que huían le pisó los dedos. Dio un aullido, luchó por ponerse de pie y fue nuevamente a gatas, dándose cuenta de que no estaba tomando parte en una captura, sino en una huida. Todo el mundo volvía corriendo hacia el pueblo. Se levantó de nuevo, y fue golpeado violentamente detrás de una oreja. Se tambaleó y echó a correr en dirección a la posada, saltando sobre el abandonado Huxter, que, al fin, había conseguido sentarse en mitad del camino.



Cuando hubo subido la mitad de los escalones de la posada, oyó a su espalda un repentino aullido de rabia que surgió por encima de toda la confusión de gritos, acompañado por el eco de una sonora bofetada. Reconoció la voz del Hombre Invisible. La entonación era la de un hombre enfurecido por el dolor.

Un segundo después, el señor Cuss estaba de nuevo en la sala.

—¡Ya vuelve, Bunting! —dijo entrando precipitadamente en la estancia—. ¡Sálvese! ¡Se ha vuelto loco!

El señor Bunting se hallaba de pie junto a la ventana, esforzándose por cubrirse con la estera de la chimenea y la *West Surrey Gazette*.

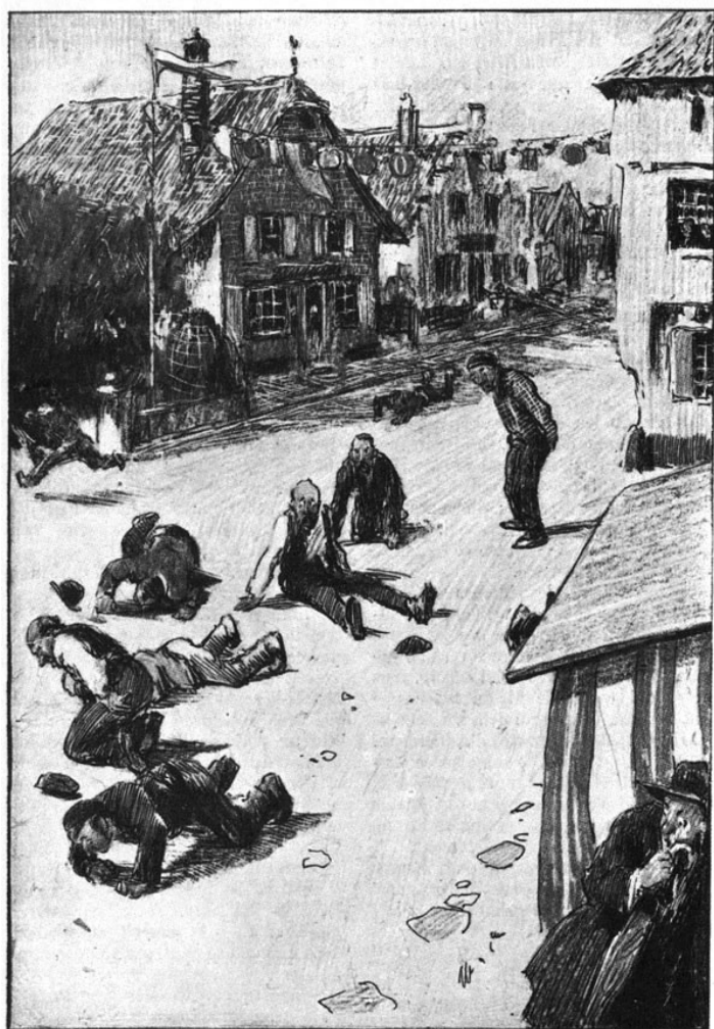
—¿Quién vuelve? —dijo tan asustado que su vestimenta estuvo a punto de desintegrarse.

El Hombre Invisible —dijo Cuss corriendo hacia la ventana—. Más vale que nos vayamos de aquí. ¡Está luchando como un loco! ¡Como un loco!

Un minuto después el médico se encontraba en el patio.

—¡Cielo santo! —exclamó Bunting, vacilando entre dos horribles alternativas. Hasta sus oídos llegó el eco de una furiosa lucha en el pasillo de la posada y entonces se decidió inmediatamente. Trepó por la ventana, se sujetó el improvisado traje lo mejor que pudo, y echó a correr tan de prisa como sus gordezuelas piernas se lo permitieron.

Desde el instante en que el Hombre Invisible gritó de rabia y el señor Bunting emprendió su memorable huida por el pueblo, es imposible hacer un relato consecutivo de los sucesos que tuvieron lugar en Iping. Es posible que la intención original del Hombre Invisible fuera cubrir la retirada a Marvel, que iba cargado con las ropas y los libros. Pero su paciencia, que nunca fue muy grande, pareció desaparecer completamente al ser golpeado por azar, por lo que se dedicó a golpear y tirar al suelo a los dos aldeanos por la simple satisfacción de hacer daño.



Es necesario imaginarse la calle llena de gente en retirada, de puertas que se cerraban dando portazos, y de disputas por hallar un lugar donde esconderse. El tumulto rompió el equilibrio inestable del tablón que el viejo Fletcher había colocado sobre dos sillas y los resultados fueron catastróficos. Una pareja aterrorizada quedó balanceándose en lo alto del columpio. Pero un momento después todo el alboroto había cesado, y la calle principal de Iping con sus farolillos y banderas, si se exceptúa la presencia del iracundo Hombre Invisible, estaba desierta, y el suelo cubierto de cocos, tenderetes volcados y de todo el contenido de un puesto de golosinas. Por todas partes se oían ruidos de persianas que alguien bajaba y de cerrojos corridos, y la única humanidad visible era, de vez en cuando, algún ojo fugaz, bajo una ceja alzada por el pismo, tras el cristal de alguna ventana.

El Hombre Invisible se divirtió durante un rato destrozando todas las ventanas de la posada Coach and Horses y después arrojó uno de los faroles de la calle por el balcón de la sala de la señora Gribble. Debió de ser él quien cortó los hilos del telégrafo que ponían al pueblo en comunicación con Adderdean, cerca de la casa de Higgins, que se alzaba junto a la carretera. Después de ello, debido a sus peculiares cualidades, quedó fuera del alcance de la humana percepción. En Iping no se le volvió a ver, ni oír, ni sentir. Se desvaneció completamente.

Pero pasaron más de dos horas antes de que ningún ser humano se aventurara de nuevo a poner el pie en la desolación de la calle principal de Iping.

El señor Marvel presenta su dimisión

A la caída de la tarde, cuando Iping comenzaba a resurgir tímidamente de entre las ruinas de sus destruidas vacaciones, un hombrecillo cubierto con un sombrero de seda raído andaba penosamente en la semioscuridad, junto a las hayas que adornaban la carretera de Bramblehurst. Llevaba en la mano tres libros, atados por una ligadura elástica curiosamente decorativa, y un bulto envuelto en un mantel azul. Su rostro rubicundo expresaba consternación y fatiga y parecía tener una prisa espasmódica. Iba acompañado por una voz que no era la suya y, de vez en cuando, se estremecía por el contacto de manos invisibles.

—Si se escapa de nuevo —dijo la voz—, si intenta escaparse de nuevo...

—¡Santo Dios! —exclamó el señor Marvel—. Suélteme el hombro. Lo tengo lleno de cardenales.

—Le juro —prosiguió la voz— que lo mataré.

—No he intentado escaparme —respondió Marvel, cuya voz daba a entender que, de un momento a otro, iba a echarse a llorar—. Se lo juro. Lo que ocurrió fue que no conocía el desvío del camino. ¿Cómo demonios iba a conocerlo? Me golpearon...

—Si no anda con cuidado lo golpearán mucho más —dijo la voz.

Con esto el señor Marvel fue reducido al silencio. Su rostro se alargó y sus ojos expresaron elocuentemente su desesperación.

—Ya tengo bastante con que aquellos patanes escudriñaran mi secreto y no pienso permitir que *usted* se escape con mis libros. ¡Han tenido suerte al poder huir! Y ahora... ¡Antes nadie sabía que era invisible! ¿Qué voy a hacer ahora?

—¿Y qué haré yo? —preguntó Marvel *sotto voce*.

—Todo el mundo lo sabe ya. ¡Saldrá en los periódicos! Me

buscarán. ¡Por todas partes están a la defensiva!

La voz rompió en imprecaciones y cesó bruscamente. La desesperación reflejada en los ojos del señor Marvel se hizo más profunda y su paso mucho más lento.

—Siga —dijo la voz.

La cara del señor Marvel adquirió un tinte grisáceo por entre las manchas más rubicundas.

—¡No deje caer los libros, estúpido! —dijo la voz bruscamente—. Lo cierto es —prosiguió— que tendré que valerme de usted... Es usted un instrumento que deja bastante que desear, pero no tengo otro remedio.

—Soy un cómplice *desgraciado* —dijo Marvel.

—Efectivamente —afirmó la voz.

—Soy el peor cómplice que podía usted haber encontrado. Y no soy fuerte —añadió después de un silencio descorazonador—. No soy muy fuerte —repitió.

—¿No?

—Tengo el corazón débil. ¡Hay que ver lo que me ha obligado a hacer...! He pasado por ello, desde luego, pero le aseguro que hubiera podido morirme...

—¿Y qué?

—No tengo ni el valor ni la fuerza necesarios para lo que usted necesita...

—¡Yo le estimularé!

—Preferiría que no lo hiciera. No me gustaría servirle de estorbo, ni estropear sus planes, pero si sigo sintiéndome como me siento...

—Más le vale no hacerlo —dijo la voz con un sosegado énfasis.

—Quisiera morirme —dijo Marvel—. Esto no es justo, debe reconocerlo... Creo que tengo el perfecto derecho...

—Siga —dijo la voz.

El señor Marvel apresuró el paso y, durante un cierto espacio de tiempo, anduvieron en silencio.

—Es muy duro para mí... —comenzó el señor Marvel de nuevo.

Sus palabras no surtieron ningún efecto e intentó una táctica.

—¿Qué gano con ello? —preguntó con tono ultrajado.

—¡Oh! ¡Cállese! —dijo la voz con extraordinario vigor—. Yo me ocuparé de usted. No tiene que hacer más que obedecerme y lo

hará. Es usted bastante lerdo, pero me servirá para lo que necesito.

—Le repito, señor..., que no soy el hombre adecuado. Con todo respeto se lo aseguro...

—Si no se calla le retorceré la muñeca de nuevo —dijo el Hombre Invisible—. Necesito pensar.

Poco después aparecieron ante su vista dos luces rectangulares entre los árboles y, a pesar de la semioscuridad, pudieron ver la torre cuadrada de una iglesia.

—Voy a ponerle la mano encima del hombro —dijo la voz—, mientras estemos en este pueblo. Límitese a atravesarlo y no intente darme esquinazo. De lo contrario será peor para usted.

—Ya lo sé —suspiró Marvel—. Todo eso ya lo sé.

El hombrecillo de aspecto desgraciado, cubierto con su anticuado sombrero de seda, atravesó con sus bultos la calle de la aldea y se perdió en la creciente oscuridad situada más allá de sus ventanas.

En Port Stowe

A las diez de la mañana del día siguiente, el señor Marvel, sin afeitarse, sucio y lleno de manchas, con aspecto cansado, nervioso e inquieto, e hinchando sus carrillos a frecuentes intervalos, estaba sentado, con las manos en los bolsillos, en un banco junto a una pequeña posada, en las afueras de Port Stowe. Los libros estaban a su lado, pero ahora iban atados con una cuerda. El bulto había sido abandonado en el bosque de pinos que se alzaba en las afueras de Bramblehurst, ya que el Hombre Invisible había cambiado de planes. El señor Marvel estaba sentado en aquel banco, y aunque nadie le concedía la menor atención, su agitación seguía siendo evidente y se llevaba las manos repetidamente a sus diversos bolsillos, con movimientos nerviosos.

Llevaba sentado alrededor de una hora cuando un marino de cierta edad salió de la posada con un periódico en la mano, y se sentó a su lado.

—¡Magnífico día! —dijo el marino.

Marvel miró a su alrededor con algo muy parecido al pánico.

—Mucho —respondió.

—La temperatura ideal para la época del año en que estamos —prosiguió el marinero dispuesto a no darse por enterado de ningún desaire.

—Efectivamente —dijo Marvel.



El marinero sacó un mondadientes que lo mantuvo ocupado durante algunos minutos. Mientras tanto, sus ojos examinaron libremente la figura polvorienta del señor Marvel y los libros que se hallaban a su lado. Al acercarse, había oído un sonido como el de monedas que chocan entre sí y le extrañó el contraste entre el aspecto exterior del señor Marvel y aquel ruido que insinuara opulencia. Pero su imaginación volvió en seguida al tema que dominaba sus pensamientos.

—¿Libros? —preguntó de pronto, dando ruidosamente por concluido el uso del mondadientes.

El señor Marvel se sobresaltó y los miró.

—¡Ah, sí! —dijo—. Sí, son libros.

—Se leen cosas extraordinarias en algunos libros —dijo el marinero.

—Ya lo creo —asintió Marvel.

—Y también se leen cosas extraordinarias en lo que no son libros.

—Cierto, también —repuso el señor Marvel. Dirigió la vista a su interlocutor, y luego la paseó por su alrededor.

—En los periódicos, por ejemplo, se leen cosas extraordinarias —insistió el marinero.

—Sí.

—En *este* periódico.

—¡Ah! —exclamó Marvel.

—Viene en él una historia... —prosiguió el marinero fijando en el señor Marvel una mirada firme y escrutadora—. Viene una historia sobre un Hombre Invisible, por ejemplo.

El señor Marvel torció el gesto, se rascó la mejilla y sintió que sus orejas enrojecían.

—¿Y dónde ha pasado eso? —preguntó con desmayo—. ¿En Austria o en América?

—Ni en un sitio ni en otro —dijo el marinero—. *Aquí*.

—¡Dios santo! —exclamó Marvel asustado.

—Cuando digo *aquí*—explicó el marinero haciendo que el señor Marvel experimentara un profundo alivio—, no me refiero, naturalmente, a este preciso lugar. Quiero decir en los alrededores.

—¡Un Hombre Invisible! —dijo el señor Marvel—. ¿Y qué *ha* hecho?

—De todo —respondió el marinero sin dejar de mirar a Marvel—. De todo lo habido y por haber.

—No he leído un periódico desde hace cuatro días —dijo Marvel.

—Primero apareció en Iping.

—¿*Sí*?

—Allí apareció, pero nadie sabe de dónde salió. Aquí lo tiene. «Extraños sucesos en Iping.» Dice el periódico que las pruebas son extraordinariamente sólidas. Extraordinariamente.

—¡Santo Dios!

—Hay que reconocer que es una historia extraordinaria. Hay un clérigo y un médico entre los testigos más importantes. Le vieron perfectamente..., es decir, no le vieron. Dicen que estaba alojado en la posada Coach and Horses y que nadie se había enterado de su desgracia hasta que se produjo un barullo en la posada y se arrancó los vendajes de la cabeza. Entonces se observó que era invisible. Intentaron prenderle, pero dice el periódico que, quitándose la ropa, consiguió escapar, aunque después de una lucha desesperada durante la cual causó varias heridas de importancia a nuestro digno y eficiente policía el señor J. A. Jaffers. ¿Qué le parece? Dan nombres y todo.

—¡Santo Dios! —exclamó el señor Marvel mirando con

nerviosismo a su alrededor. Intentó contar el dinero que tenía en los bolsillos ayudándose del sentido del tacto y en aquel momento se le ocurrió una idea nueva—. Me parece asombroso.

—¿Verdad que sí? Yo lo llamo extraordinario. Nunca había oído hablar de un Hombre Invisible; pero hoy en día se oyen tantas cosas extraordinarias que...

—¿Y no ha hecho nada más? —preguntó Marvel, aparentando tranquilidad.

—Ya es bastante, ¿no le parece? —dijo el marinero.

—¿No volvió, por casualidad? ¿Se escapó y nada más?

—¡Nada más! —repitió el marinero—. ¿Acaso no cree que es suficiente?

—Sí, sí, desde luego —dijo Marvel.

—A mí me parece suficiente. Y más que suficiente.

—¿No tenía ningún cómplice? ¿Dice el periódico si tenía algún cómplice? —preguntó el señor Marvel con ansiedad.

—¿No le parece que con uno solo ya basta? —dijo el marinero—. No, gracias a Dios, no lo tenía. —Movi6 la cabeza lentamente—. La idea de que ese hombre anda suelto por el pa6s me produce cierta inquietud. Es evidente que ahora est6 en libertad y se supone que *ha tomado* la direcci6n de Port Stowe. ¡Estamos mezclados *en ello!* Esta vez no se trata de ninguna noticia sensacional americana. ¡Y piense en todo lo que puede hacer! ¿Qu6 har6a usted si se le ocurriera atacarle? Puede meterse donde quiera; puede robar, puede atravesar un cord6n de polic6as con la misma facilidad con que usted y yo podr6amos dar esquinazo a un ciego. ¡Con mucha m6s facilidad! Porque los ciegos tienen un o6do excepcional, seg6n tengo entendido. Y dondequiera que haya una bebida que desee...

—S6, tiene tremendas ventajas —dijo el se6or Marvel—. Y...

—Como usted dice —dijo el marinero—. *Las tiene.*

El se6or Marvel hab6a estado mirando a su alrededor todo el tiempo, intentando o6r pisadas y sorprender alg6n movimiento imperceptible. Parec6a estar a punto de tomar una resoluci6n. Se llev6 la mano a la boca, y tosi6. Mir6 de nuevo en torno suyo, escuch6, se inclin6 hacia el marinero, y baj6 la voz.

—La verdad es que yo s6 una o dos cosas sobre este Hombre Invisible. Las s6 de fuente privada.

—¡Oh! —exclam6 el marinero—. ¿*Usted?*

—Sí; yo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y puedo preguntarle...?

—Se quedaría pasmado -murmuró el señor Marvel tapándose la boca con la mano—. Es tremendo.

—¿De verdad? dijo el marinero.

—El hecho es... —comenzó el señor Marvel con ansiedad y en tono confidencial. De pronto su expresión cambió—. ¡Oh! —exclamó. Se levantó de su asiento y su rostro expresó elocuentemente un profundo sufrimiento físico—. ¡Ay! —dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el marinero con interés.

—Dolor de muelas —respondió Marvel llevándose la mano a la oreja. En seguida cogió los libros—. Me parece que tengo que marcharme.

Dio un extraño rodeo al asiento, al separarse de su interlocutor.

—Pero iba usted a decirme algo sobre el Hombre Invisible —protestó el marinero.

El señor Marvel pareció consultar consigo mismo.

—Mentira —dijo una voz.

—Es mentira —respondió el señor Marvel.

—¡Pero lo dice el periódico! —insistió el marinero.

—Es mentira, de todos modos —dijo Marvel—. Conozco al hombre que inventó el rumor. No existe ningún Hombre Invisible.

—¿Pero qué me dice del periódico? No pretenderá hacerme creer que...

—Ni una palabra es verdad —dijo Marvel enfáticamente.

El marinero se quedó contemplándolo con el periódico en la mano, y Marvel miró a su alrededor con insistencia.

—Un momento —dijo el marinero levantándose y hablando muy despacio—. ¿De manera que...?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué permitió que le contara toda la historia? ¿Qué se proponía dejándome hacer el ridículo de ese modo?

El señor Marvel tragó saliva. El marinero había enrojecido de cólera y apretaba los puños.

—Llevo diez minutos hablando con usted, viejo estúpido, y no ha tenido la cortesía elemental de...

—¡No me venga a *mí* con ésas! —dijo el señor Marvel.

—¡Venirle con ésas! Estoy pensando que...

—Vamos —dijo una voz. El señor Marvel fue repentinamente zarandeado y echó a andar a trompicones.

—Más vale que se vaya —dijo el marinero.



—¿Quién tiene que marcharse? —preguntó el señor Marvel, que ahora se alejaba con paso extrañamente apresurado, y dando saltitos de vez en cuando como si alguien lo empujara. Al llegar a la carretera se oyó un monólogo compuesto de protestas y recriminaciones.

—¡Idiota! —exclamó el marinero con las piernas abiertas y los brazos en jarras, contemplando la figura que se alejaba—. ¡Ya le enseñaré, imbécil, a tratarme *a mí* de embustero! ¡Si lo dice el periódico!

El señor Marvel respondió algo incoherente y pronto quedó oculto tras un recodo de la carretera. El marinero permaneció donde estaba, hasta que el carro de un carnicero le obligó a echarse a un lado. Entonces se dirigió a Port Stowe.

«Esta región está llena de cretinos —dijo para sí—; ese vagabundo no quería más que confundirme. ¡Si lo dice el periódico!»

Pronto había de enterarse de que muy cerca de donde él estaba había ocurrido otro suceso extraordinario. Este fue (nada menos) que la visión de un puñado de dinero que andaba por sí solo junto al muro que hacía esquina con St. Michael Lane. Otro marinero lo había visto aquella misma mañana. Se abalanzó inmediatamente sobre el dinero y recibió un golpe que le hizo caer de cabeza al suelo. Cuando consiguió ponerse en pie, el dinero volante se había desvanecido. Nuestro marinero estaba dispuesto a creer cualquier cosa, pero aquello ya era *demasiado* fuerte. Sin embargo, más tarde empezó a recapacitar.

La historia del dinero que volaba era cierta. Y en todo el vecindario aquel día habían desaparecido cantidades de dinero a puñados, incluso de la augusta Compañía Bancaria de Londres y del Condado, de las cajas registradoras de tiendas y posadas, con las puertas completamente abiertas y expuestas al sol. El dinero volaba con sigilo junto a los muros y por los lugares menos iluminados, desapareciendo inmediatamente de la vista de los mortales. Y aunque nadie había conseguido averiguarlo, todo aquel dinero terminó invariablemente sus misteriosos vuelos en el bolsillo del agitado caballero cubierto con su anticuado sombrero de seda, que se hallaba sentado a la puerta de la posada, en las afueras de Port Stowe.

Diez días después, cuando la historia de Burdock había perdido ya actualidad, el marinero relacionó todos estos hechos entre sí y empezó a comprender lo cerca que había estado del extraordinario Hombre Invisible.

El hombre que corría

En las primeras horas de la tarde, el doctor Kemp estaba sentado en su despacho junto al mirador, en la colina desde la que se dominaba el pueblo de Burdock. Era una habitación pequeña y agradable, con tres ventanas —norte, poniente y sur—, estanterías llenas de libros y publicaciones científicas, una amplia mesa escritorio bajo la ventana que daba al norte, un microscopio, platinas, instrumentos de precisión, algunos cultivos y varios frascos de reactivos desperdigados. La lámpara de Kemp se hallaba encendida, a pesar de que aún iluminaba el cielo la luz del sol poniente. Las persianas estaban levantadas porque no era posible que algún intruso mirase al interior de la habitación. No era, por lo tanto, necesario bajarlas. El doctor Kemp era un joven alto y delgado, de cabello rubio y bigote casi blanco. El trabajo en que estaba sumido le conseguiría, o al menos eso esperaba, ser admitido como miembro de la Real Sociedad[11].

Sus ojos, elevándose en un momento dado de su trabajo, contemplaron la puesta de sol que brillaba detrás de la cuesta. Por espacio de un minuto permaneció con la pluma en la boca, admirando el color dorado que había adquirido el horizonte. Después un hombrecillo negro que corría cuesta abajo atrajo su atención. Era bajo y regordete, llevaba sombrero y corría con tanta prisa, que sus piernas apenas tocaban el suelo.

—Otro idiota —dijo el señor Kemp— como el que se tropezó conmigo en una esquina gritándome: «¡Que viene el Hombre Invisible, señor!» No consigo imaginarme qué es lo que le ocurre a esta gente. Es como si viviéramos en el siglo XIII.

Se puso en pie, se dirigió a la ventana y contempló la ladera en sombras, y la oscura figurilla que la recorría precipitadamente.

—Parece que tiene una prisa terrible —dijo el doctor Kemp—, pero no adelanta mucho. Es como si tuviera los bolsillos llenos de plomo.

Se aproximaba al final de la cuesta.

—¡Vamos, un esfuerzo! —le animó en voz baja.

Un instante después, la casa enclavada en lo más alto de la colina ocultó la figura del hombrecillo. Volvió a hacerse visible en seguida para ocultarse de nuevo tres veces más, detrás de las tres casas siguientes. Por último, el terraplén lo escondió definitivamente.

—¡Idiotas! —exclamó el doctor Kemp girando sobre sus talones y volviendo a su escritorio.

Pero los que se hallaban en la carretera y vieron de cerca al fugitivo y observaron el profundo terror que reflejaba su rostro sudoroso no compartieron el desprecio del doctor Kemp. El hombre prosiguió su carrera, produciendo sonidos metálicos, como si se tratara de una bolsa bien repleta. No miraba ni a la derecha ni a la izquierda, sino que sus ojos dilatados estaban fijos en el pueblo donde las luces comenzaban a encenderse, y la gente se hallaba agrupada en las calles. Su boca desdibujada estaba entreabierta; sus labios, cubiertos de una pegajosa saliva, y su respiración era entrecortada y ruidosa. Todos aquellos a quienes hallaba a su paso le contemplaban atónitos y se miraban unos a otros, advirtiéndose en sus miradas un destello de inquietud al preguntarse cuál sería la causa de tanta prisa.

Y, de pronto, allá en lo alto de la cuesta, un perro que jugaba en medio de la carretera dio un aullido y corrió a esconderse. Y mientras los hombres continuaban mirándose interrogadores, algo como una ráfaga de aire, un sonido parecido a una respiración jadeante, pasó junto a ellos.

Se oyeron gritos, y la gente comenzó a correr. La noticia se difundió por instinto. Todo el mundo gritaba en las calles antes de que Marvel llegara. Los habitantes del pueblo estaban encerrándose en sus casas y asegurando las puertas tras ellos al conocer la noticia. Él lo oyó e hizo un último y desesperado esfuerzo. El pánico llegó como una oleada, se le adelantó, y en un instante se apoderó de la aldea.

—¡Que viene el Hombre Invisible! ¡*El Hombre Invisible!*

En la taberna de los Jolly Cricketers

La taberna de los Jolly Cricketers se levanta al pie de la cuesta donde empiezan los raíles del tranvía. El dueño, con sus brazos gruesos y colorados sobre el mostrador, hablaba de caballos con un cochero anémico, mientras un tercer hombre con barba negra y vestido de gris comía galletas y queso, bebía Burton y hablaba en americano con un guardia franco de servicio.

—¿A qué vienen esos gritos? —dijo el cochero anémico, interrumpiendo la conversación e intentando ver lo que ocurría en la cuesta, a través de la sucia persiana amarilla que cubría la ventana. Alguien pasó corriendo por delante.

—Un incendio, quizá —dijo el tabernero.

El rumor de pasos se aproximó; la puerta se abrió violentamente, y Marvel, lloroso y despeinado, sin sombrero, con la solapa de la chaqueta rota, se precipitó en el interior de la taberna, giró convulsivamente e intentó cerrar la puerta de madera.

—¡Que viene! —gritó con voz dominada por el terror—. ¡Que viene el Hombre Invisible! ¡Detrás de mí! ¡Por el amor de Dios! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

—Cierren las puertas —dijo el guardia—. ¿Quién viene? ¿Qué ocurre?

Se dirigió a la puerta y la cerró dando un portazo. El americano cerró la otra al mismo tiempo.

—Déjenme pasar al interior —dijo Marvel tambaleándose y llorando, pero sin soltar los libros—. ¡Déjenme entrar! Enciérrenme con llave en algún sitio. Les digo que viene por mí. Porque me he escapado. ¡Dijo que me mataría y lo hará!

—*Está usted a salvo* —dijo el hombre de la barba negra—. La puerta está cerrada. ¿A qué viene todo esto?

—Déjenme pasar al interior —dijo Marvel, que comenzó a

chillar, cuando un golpetazo estremeció la puerta y fue seguido de llamadas urgentes y gritos desde el exterior.

—¿Quién hay ahí? —gritó el guardia.

El señor Marvel se arrojó frenéticamente contra los paneles de la pared, que tomó por la puerta que daba a la vivienda.

—¡Me matará! Me parece que tiene un cuchillo. ¡Por el amor de Dios...!

—Por aquí —dijo el tabernero—. Pase por aquí —repitió, manteniendo abierta para que pasara la tabla plegadiza del mostrador.

El señor Marvel se precipitó detrás del bar al repetirse los ruidos al otro lado de la puerta.

—¡No abran! —gritó—; *¡Por favor*, no abran la puerta! *¿Dónde* puedo esconderme?

—¿De modo que es este el Hombre Invisible? —dijo el hombre de la barba negra manteniendo una mano a la espalda—. Me parece que ya va siendo hora de que lo veamos.

La ventana de la posada cedió de pronto, y hasta ellos llegó de la calle un rumor de gritos de gentes que corrían en todas direcciones. El guardia había permanecido todo el tiempo de pie en el banco mirando al exterior e intentando ver quién era el que llamaba a la puerta. Bajó al suelo con las cejas arqueadas.

—Efectivamente —dijo.

El tabernero, de pie junto a la puerta de la habitación trasera en la que ahora se hallaba encerrado el señor Marvel, miró con ojos muy abiertos su destrozada ventana y se acercó después a los otros dos hombres.

De pronto, el silencio lo envolvió todo.

—Ojalá tuviera mi porra —dijo el policía, dirigiéndose indeciso a la puerta—. En cuanto abramos, entrará. No hay medio de impedirlo.

—No se apesure a abrir la puerta —dijo el cochero anémico con ansiedad.

—Descorra el cerrojo —dijo el hombre de la barba negra— y si viene... —señaló con una mano el revólver que tenía en la otra.

—Eso es imposible —dijo el guardia—. Sería un asesinato.



—Ya conozco las leyes de este país —dijo el hombre de la barba—. Voy a apuntarle a las piernas. Quite la tranca.

—No lo haré mientras no ceda ese alboroto —dijo el tabernero mirando por encima de la persiana.

—Muy bien —dijo el hombre de la barba negra. E, inclinándose con el revólver preparado, desatrancó la puerta. El tabernero, el cochero y el policía miraron a su alrededor.

—Entre —dijo el hombre barbudo en voz baja, dando un paso atrás y apuntando a la puerta con su pistola. Nadie entró, y la puerta permaneció cerrada. Cinco minutos después, cuando un segundo cochero introdujo cautelosamente la cabeza por la puerta, seguían esperando. Un rostro ansioso surgió de la habitación trasera.

—¿Están cerradas todas las puertas de la casa? —preguntó Marvel—. Está rodeándola, dando vueltas alrededor. Tiene más recursos que el mismo diablo.

—¡Santo Dios! —exclamó el corpulento tabernero—. ¡Hay una puerta trasera! ¡Hay que vigilarla! ¡Oigan...! —miró a su alrededor, consternado. La puerta de la habitación trasera se cerró de un

portazo y oyeron cómo la llave giraba en la cerradura—. Hay también una puerta en el patio y otra pequeña que no se usa. La del patio...

Sin terminar la frase, salió corriendo del bar. Un momento después apareció de nuevo trayendo en la mano un cuchillo de trinchar.

—La puerta del patio estaba abierta —dijo.

Su grueso labio inferior tembló ligeramente.

—Es posible que ya esté dentro de la casa —dijo el primer cochero.

—No está en la cocina —dijo el tabernero—. Hay dos mujeres allí y además he blandido este cuchillo por toda la habitación sin omitir un centímetro de espacio. Y ellas no creen que haya entrado. Han observado...

—¿La ha cerrado bien? —preguntó el primer cochero.

—Yo sé muy bien lo que hago —dijo el tabernero.

El hombre de la barba guardó una vez más su revólver y, en el momento en que lo hacía, la tabla plegadiza del bar se levantó. Después, con terrible violencia, el picaporte se agitó y la puerta de la habitación trasera se abrió de par en par. Oyeron gritar a Marvel como un conejo acorralado e inmediatamente treparon por encima del mostrador para acudir en su socorro. El revólver del hombre barbudo entró en acción y el espejo que había al fondo de la sala se rompió en mil pedazos que cayeron al suelo con estrépito.

Cuando el tabernero entró en la habitación vio a Marvel hecho un ovillo en una postura extraña, pataleando contra la puerta que conducía al patio y a la cocina. La puerta se abrió mientras el tabernero contemplaba la escena indeciso y Marvel fue arrastrado y empujado hasta la cocina. Se oyó un grito y un ruido de cacharros al chocar entre sí. Marvel, boca abajo y debatiéndose obstinadamente, desapareció detrás de la puerta de la cocina y, después, se oyó el ruido del cerrojo.

El guardia, que intentaba adelantarse al tabernero, entró precipitadamente, seguido de uno de los cocheros. Agarró la muñeca de la mano invisible que zarandeaba a Marvel, recibió un golpe en plena cara y cayó hacia atrás, tambaleándose. La puerta se abrió y Marvel hizo un esfuerzo desesperado para refugiarse detrás de ella. Entonces el cochero agarró algo sólido.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Las enrojecidas manos del tabernero se posaron sobre un cuerpo invisible.

—¡Aquí está! —dijo.

El señor Marvel, liberado ya, cayó al suelo e intentó arrastrarse por detrás de los que luchaban. La pelea tenía lugar junto a la puerta. La voz del Hombre Invisible se oyó por primera vez al lanzar un grito penetrante cuando el guardia le pisó un dedo del pie. Después profirió una exclamación y sus puños llovieron sobre unos y otros. El cochero gimió de pronto y se dobló en dos, al recibir un puntapié debajo del diafragma. La puerta que separaba la habitación de la cocina se cerró de golpe, cubriendo la retirada del señor Marvel. Los hombres que quedaban en la cocina descubrieron entonces que estaban intentando agarrar y luchar con el vacío.

—¿Dónde se ha ido? —preguntó el hombre de la barba—. ¿Ha salido fuera?

—Por aquí —dijo el guardia saliendo al patio y deteniéndose.

Un trozo de teja silbó junto a su oído y aterrizó entre los cacharros que había encima de la mesa de la cocina.

—Le enseñaré —gritó el hombre de la barba. Un cilindro de acero apareció por encima del hombro del guardia y se oyeron cinco disparos sucesivos en dirección al lugar de donde había salido el proyectil. Al disparar, el hombre de la barba movió la mano dibujando una curva de manera que los disparos alcanzasen todo el espacio comprendido entre las paredes del patio.

Se hizo el silencio.

—Cinco disparos —dijo el hombre de la barba negra—. Eso es lo mejor. Cuatro ases y el comodín. Traigan una linterna y buscaremos el cuerpo.

El visitante del doctor Kemp

El doctor Kemp había continuado escribiendo en su despacho hasta que los disparos lo distrajeran de su trabajo.

—¡Hola! —dijo el doctor Kemp, llevándose de nuevo la pluma a la boca y escuchando atentamente—. ¿Quién está dándole al revólver en Burdock? ¿Qué les pasará a esos idiotas ahora?

Se dirigió a la ventana que daba al sur, la abrió e, inclinándose, contempló la red de ventanas iluminadas, los faroles de gas, las luces de las tiendas, y los intersticios negros de patios y tejados, que componían la ciudad por la noche.

—Parece como si al final de la cuesta, junto a los Cricketers, hubiera un grupo de gente.

Continuó observando y sus ojos pasaron su mirada por encima de la ciudad hasta posarse allá donde las luces de los barcos brillaban y el muelle se hallaba iluminado, como una joya de luz amarilla. La luna nueva bañaba la colina y las estrellas lucían un brillo casi tropical.

Transcurridos cinco minutos, durante los cuales su pensamiento se había perdido en especulaciones remotas sobre las condiciones sociales del futuro y sobre la dimensión del tiempo, el doctor Kemp volvió en sí con un suspiro, cerró la ventana y se instaló de nuevo ante el escritorio.

Alrededor de una hora después, sonó el timbre de la puerta principal. El doctor Kemp había estado escribiendo con desgana y con intervalos de distracción desde el momento en que oyera los disparos. Levantó la vista y escuchó. Oyó cómo la criada abría la puerta y esperó a que sus pisadas subieran a su despacho, pero no llegaron.

—¿Quién sería? —se preguntó el doctor Kemp.

Intentó continuar su trabajo y, no consiguiendo fijar su atención,

se levantó y bajó al entrepaño de la escalera, llamó al timbre y preguntó a la criada, cuando ésta apareció en el vestíbulo inferior:

—¿Era el cartero?

—Debió de ser alguien que llamó y salió corriendo, señor —repuso ella.

«Esta noche estoy intranquilo», dijo para sí. Volvió a su despacho y se puso decididamente a trabajar.

Poco después estaba completamente absorto en su trabajo y los únicos sonidos que se oían en la habitación eran el tictac del reloj y el rasgar de su pluma que se movía apresuradamente en el centro del círculo de luz que la lámpara arrojaba encima de la mesa.

Eran las dos cuando el doctor Kemp terminó su trabajo aquella noche. Se puso en pie, bostezó y bajó dispuesto a acostarse. Ya se había quitado la chaqueta y el chaleco cuando notó que tenía sed. Cogió una bujía y bajó al comedor en busca de un whisky con soda.

Las investigaciones científicas del doctor Kemp le habían convertido en un hombre muy observador, por lo que, al volver a cruzar el vestíbulo, descubrió una mancha oscura sobre el linóleo, cerca de la alfombrilla que quedaba al pie de las escaleras. Continuó subiendo y, de pronto, se le ocurrió preguntarse de qué sería aquella mancha. Evidentemente su subconsciente estaba dando vueltas al asunto. Sea como fuere, giró sobre sus talones, bajó una vez más al vestíbulo, dejó a un lado el sifón y el vaso de whisky, e, inclinándose, tocó la mancha. No le sorprendió mucho descubrir que tenía la consistencia y el color de la sangre medio seca.

Cogió de nuevo la botella y el vaso y subió los escalones mirando a su alrededor e intentando explicarse el origen de la mancha. En el descansillo vio algo que le hizo detenerse atónito. El picaporte de la puerta de su cuarto estaba cubierto de sangre.

Se miró la mano y vio que estaba perfectamente limpia. Recordó entonces que, al entrar en su dormitorio por primera vez, la puerta había permanecido abierta y que, por lo tanto, no había tenido que tocarla. Entró directamente en su habitación, muy sereno, quizá con paso más decidido que de ordinario. Su mirada, escudriñándolo todo inquisitivamente, descansó sobre la cama. En la colcha había una gran mancha de sangre y la sábana había sido desgarrada. No lo había observado cuando entrara anteriormente en la estancia, porque entonces se había limitado a dirigirse al tocador. Al otro

lado, las ropas de la cama estaban desarregladas, como si alguien se hubiera sentado recientemente en ellas.

Entonces le pareció oír que alguien exclamaba en voz baja: «¡Santo Dios! ¡*Si es Kemp!*!» Pero el doctor Kemp no creía en voces.

Permaneció contemplando las sábanas arrugadas. ¿Había sido aquello, verdaderamente, una voz? Miró a su alrededor sin conseguir ver otra cosa que la cama desordenada y bañada en sangre. Pero en seguida advirtió claramente un movimiento al otro extremo de la habitación, junto al lavabo. Todos los hombres, aun los más cultos y educados, conservan ciertos residuos de superstición. El médico experimentó en aquel momento cierto sobrecogimiento por hallarse ante lo desconocido. Cerró la puerta tras sí, se acercó al tocador y dejó sobre él la botella y el vaso. De pronto, con un sobresalto, vislumbró la venda hecha con un trozo de sábana, que se hallaba inmóvil en el aire, entre él y el lavabo. La contempló estupefacto. Era una venda vacía. Enrollada y atada, pero completamente vacía. Hizo ademán de agarrarla; pero el contacto con algo sólido lo detuvo, mientras una voz decía junto a él:

—¡Kemp!

—¿Eh? —dijo Kemp con la boca abierta.

—No te asustes —dijo la voz—. Soy un Hombre Invisible.

Kemp no respondió durante unos instantes, limitándose simplemente a contemplar la venda suspendida en el aire.

—¿Un Hombre Invisible? —repitió.

—Soy un Hombre Invisible insistió la voz.

Kemp recordó entonces la historia que aquella misma mañana había ridiculizado. En aquel momento no se sentía muy asustado ni sorprendido. No se daba del todo cuenta de lo que ocurría.

—Creí que todo eso era mentira —dijo. Sus pensamientos estaban dominados por el recuerdo de sus argumentaciones de la mañana—. ¿Tiene puesta una venda? —preguntó.

—Sí —dijo el Hombre Invisible.

—¡Oh! —exclamó Kemp, sacudiendo la cabeza—. Pero estas tonterías. Debe de ser algún truco.

Se echó hacia delante, y su mano extendida hacia la venda tropezó con invisibles dedos. Retrocedió al sentir el contacto y se puso pálido.

—¡Tranquilízate, Kemp, por amor de Dios! Necesito ayuda. ¡Quieto!

Una mano lo agarró por un hombro y Kemp la golpeó.

—¡Kemp! —exclamó la voz—. ¡Kemp, tranquilízate! —repitió apretándole el brazo con más fuerza.

Un frenético deseo de liberarse se apoderó de Kemp. La mano del brazo vendado seguía sujetándole el hombro y de pronto se sintió empujado y arrojado de espaldas sobre la cama. Abrió la boca para gritar, y, antes de que pudiera hacerlo, un extremo de la sábana se le introdujo entre los dientes. El Hombre Invisible lo tenía sujeto, pero sus brazos estaban libres todavía. Lleno de cólera golpeó con ellos el espacio.

—¿No quieres razonar? —dijo el Hombre Invisible sin soltarle, a pesar de recibir un golpe en las costillas—. ¡Acabarás por enfurecerme! ¡Quieto, estúpido! —gritó la voz al oído de Kemp.

Este continuó debatiéndose durante un instante y, finalmente, se rindió.

—Si gritas te romperé la cara —dijo el Hombre Invisible retirando la sábana con que le tapaba la boca—. Soy un Hombre Invisible. No se trata de ninguna tontería ni de ningún arte mágico. Soy realmente un Hombre Invisible. Y necesito tu ayuda. No deseo hacerte daño, pero, si te portas como un patán aterrorizado, no tendré más remedio que hacerlo. ¿No te acuerdas de mí, Kemp? Soy Griffin, compañero tuyo de la Universidad.

—Déjame levantarme. No me moveré. Necesito reflexionar un momento con tranquilidad.

Kemp se sentó, llevándose la mano al cuello.

—Soy Griffin, de la Universidad. Me he hecho invisible. Soy un hombre como cualquier otro, un hombre a quien tú has conocido, que se ha hecho invisible.

—¿Griffin? —dijo Kemp.

—Griffin —respondió la voz—. Un estudiante más joven que tú, casi albino, con un metro ochenta de estatura y hombros muy anchos, cutis blanco y rosado, y ojos encarnados, que ganó el premio de química.

—Estoy confundido —dijo Kemp—. El cerebro me da vueltas. ¿Qué tiene esto que ver con Griffin?

—Que yo soy Griffin.

—Es horrible —dijo—. ¿Pero con qué artes diabólicas te has hecho invisible?

—Con ninguna. Es un proceso perfectamente lógico e inteligible...

—¡Es horrible! —dijo Kemp—. ¿Cómo...?

—Es ciertamente horrible. Pero estoy herido, dolorido y cansado... ¡Por Dios, Kemp, tranquilízate, tú eres un hombre! Dame algo de comer y beber y permíteme que descanse aquí.

Kemp siguió mirando la venda mientras se movía de una parte a otra de la habitación. Vio, después, que una silla de rejilla se arrastraba por el suelo hasta quedar inmóvil junto a la cama. Crujió y el asiento se hundió aproximadamente medio centímetro. Se restregó los ojos y, maquinalmente, se llevó de nuevo la mano al cuello.

—Es como si fueras un fantasma —dijo riendo tontamente.

—¡Gracias a Dios que hablas como un hombre sensato!

—¡O idiota! —dijo Kemp.

—Dame un poco de whisky. Estoy medio muerto.

—Pues no lo parece. ¿Dónde estás? ¿Tropezaré contigo si me levanto? *Muy bien*. Whisky... Toma. ¿Cómo puedo dártelo si no te veo?

La silla crujió y Kemp vio cómo el vaso se le escapaba de la mano. Lo soltó haciendo un esfuerzo, ya que su razón le impulsaba a no abrir la mano. El vaso se detuvo a unos setenta centímetros sobre el asiento de la silla. Kemp lo miró con infinita perplejidad.

—Esto es... Esto *tiene* que ser hipnotismo. Debes haberme sugestionado y me haces creer que eres invisible.

—¡Tonterías! —dijo la voz.

—¡Pero si es absurdo!

—Escúchame...

—Demostré de un modo concluyente esta mañana —comenzó a decir Kemp— que la invisibilidad...

—¡Olvídate ahora de tus demostraciones! Estoy muerto de hambre y por las noches hace mucho frío para andar desnudo.

—¿Comida? —dijo Kemp.

El vaso de whisky se inclinó.

—Sí —dijo el Hombre Invisible después de beber—. ¿Tienes una bata?

Kemp lanzó una exclamación en voz baja. Se dirigió a su armario y sacó de su interior una bata de color rojo.

—¿Te sirve ésta? —preguntó.

Unas manos se la arrebataron. La prenda permaneció un momento inmóvil en el aire. Después se abotonó por sí sola y se sentó en la silla.

—Un poco de ropa interior, calcetines y zapatillas me vendrían muy bien —dijo el Hombre Invisible secamente—. Y comida.

—Lo que quieras. ¡Pero esto es lo más absurdo que he visto en mi vida!

Abrió los cajones de su armario para sacar lo que se le había pedido y después bajó las escaleras para averiguar lo que había en la despensa. Volvió trayendo un poco de carne fría y pan, acercó una mesita auxiliar, y lo colocó todo delante de su invitado.

—No necesito cuchillo —dijo su visitante.

Una de las chuletas quedó en el aire y fue desapareciendo a mordiscos.

—Siempre me gusta comer vestido —dijo el Hombre Invisible con la boca llena y comiendo con avidez—. Es una manía.

—Supongo que no será una herida grave la de la muñeca —dijo Kemp.

—Claro que no —repuso el Hombre Invisible.

—*Esto* es lo más extraordinario, y...

—Exactamente. Y es una coincidencia que entrara precisamente en *tu* casa para vendarme. Ha sido mi primer golpe de suerte. Pensaba dormir aquí esta noche y tendrás que soportar mi presencia. Es un fastidio eso de que se vea la sangre, ¿verdad? He dejado manchas por todas partes. Por lo visto se hace visible al coagularse. Lo único que se ha transformado han sido mis tejidos vivos, y eso sólo mientras viva. Llevo tres horas en tu casa.

—¿Pero cómo lo has conseguido? —preguntó Kemp exasperado—. ¡Maldita sea! Todo esto es irrazonable desde el principio hasta el fin.

—Es muy razonable —dijo el Hombre Invisible—. Perfectamente razonable.

Alargó el brazo y alcanzó la botella de whisky. Kemp se quedó mirando la insaciable bata. Un rayo de luz que penetraba por un roto en el hombro derecho dibujaba un triángulo brillante bajo las

costillas del costado izquierdo.

—¿A qué se debieron los disparos? ¿Cómo empezó todo?

—Un hombrecillo, una especie de confederado mío, ¡maldito sea!, intentó robarme el dinero. Es decir, me lo *ha* robado.

—¿Es invisible *también*?

—No.

—¿Entonces?

—¿No tienes algo más que comer mientras te cuento todo eso? Tengo hambre y estoy herido. ¿Cómo quieres que te explique nada?

Kemp se puso de pie.

—¿Fuiste *tú* quien disparó? —preguntó.

—No —repuso su visitante—. Un idiota a quien nunca había visto antes disparó al aire. Se asustaron. Se asustaron de mí. ¡Maldición! Kemp, necesito algo más de comer.

—Veré qué hay por ahí abajo —dijo Kemp—. Pero me temo que no sea mucho.

Después de haber comido (y lo hizo con avidez), el Hombre Invisible pidió un puro. Mordió furiosamente uno de los extremos mientras Kemp buscaba una navaja y lanzó una maldición cuando se despegó la capa exterior.

Resultaba extraño verle fumar. Su boca, la garganta, la faringe, los orificios de la nariz se hacían visibles, como un sistema de humeantes tuberías.

Poder fumar es una bendición —dijo, aspirando el humo vigorosamente—. He tenido suerte encontrándote, Kemp. Tienes que ayudarme. ¡Qué coincidencia haber tropezado contigo! Estoy metido en un lío. Creo que he sido un loco. No puedes imaginarte lo que he sufrido. Pero te aseguro que haremos grandes cosas. Te diré que...

Se sirvió otro vaso de whisky con soda. Kemp se puso en pie, miró a su alrededor, y de la habitación contigua trajo un vaso para él.

—Todo esto es una locura. En fin, beberé contigo.

—No has cambiado mucho, Kemp, en estos doce años. Es lo que suele ocurrir a los hombres rubios. Se comportan fría y metódicamente después de la primera impresión. Como te he dicho, tenemos que trabajar juntos.

—Pero ¿cómo lo conseguiste? —dijo Kemp—. ¿Y cómo has

llegado hasta aquí?

—Por el amor de Dios, déjame fumar en paz, que luego ya te contaré.

Pero Kemp no llegó a escuchar la historia aquella noche. Al Hombre Invisible comenzó a dolerle la muñeca. Estaba febril y agotado, y sus pensamientos giraban alrededor de su persecución por la colina y la pelea que se desarrolló en la taberna. Comenzó a relatar su historia, pero con grandes divagaciones. Habló repetidamente de Marvel mientras fumaba con avidez, y su voz se hizo iracunda. Kemp se esforzó por sacar algo en limpio de todo aquello.

—Me tenía miedo, eso era evidente repitió una y otra vez el Hombre Invisible—. Quería escaparse... Siempre estaba vagando de un lado para otro. ¡Qué estúpido fui! Era un traidor. Me puso furioso; tanto, que lo hubiera matado...

—¿De dónde sacaste el dinero? —preguntó Kemp bruscamente.

El Hombre Invisible guardó silencio durante unos instantes.

—No puedo contártelo esta noche.

De pronto gimió, y se inclinó hacia delante, apoyando su invisible cabeza en sus manos igualmente invisibles.

—Kemp —dijo—, llevo tres días sin dormir apenas, durante los cuales sólo he conseguido descansar ocasionalmente durante espacios de media hora o una hora. Necesito dormir.

—Utiliza esta habitación... Mi habitación.

—¿Cómo puedo dormir? Si me duermo se escapará. Pero, al fin y al cabo, ¿qué importa?

—¿Es grave la herida? —preguntó Kemp.

—Nada, un rasguño. ¡Oh Dios! Necesito dormir.

—¿Y por qué no lo haces?

El Hombre Invisible debió mirar a Kemp durante unos segundos.

—Porque no siento particular inclinación a dejarme atrapar por nadie —dijo lentamente.

Kemp se sobresaltó.

—¡Qué estúpido soy! —exclamó el Hombre Invisible golpeando la mesa con el puño—. Ahora te he dado la idea.

El Hombre Invisible duerme

Aunque el Hombre Invisible estaba agotado y herido, se negó a creer en la palabra de Kemp, que le aseguró que su libertad sería respetada. Examinó las dos ventanas del dormitorio, levantó las persianas y abrió las hojas de madera para confirmar la afirmación hecha por Kemp de que, en un momento dado, le sería posible escapar por aquel medio. Afuera la noche estaba silenciosa y en calma y la luna nueva se escondía en lo alto de la cuesta. Después examinó las llaves de las puertas del dormitorio y de las dos habitaciones contiguas, para asegurarse de que también por allí podría escapar. Finalmente quedó satisfecho. Permaneció inmóvil sobre la alfombra, y Kemp oyó el ruido de un bostezo.

—Lamento no poder contarte esta noche todo lo que he hecho —dijo el Hombre Invisible—, pero estoy rendido. Todo esto te parecerá, sin duda, grotesco y horrible, pero créeme, Kemp; a pesar de tus argumentos de esta mañana, la invisibilidad es algo perfectamente posible. He hecho un descubrimiento y pensaba reservármelo. Pero no puedo. Necesito tener un colega. Y tú... ¡Podemos hacer tantas cosas...! Mañana hablaremos. Ahora, Kemp, créeme, o duermo o me muero.

Kemp permaneció en el centro de la habitación contemplando la descabezada bata.

—Supongo que quieres que me vaya -dijo—. Todo esto es increíble. Si ocurrieran muchas cosas como ésta, dando un mentís a todas mis ideas preconcebidas, me volvería loco. ¡Pero es realidad...! Bueno, ¿quieres algo más?



Este es increíble. Si ocurriera muchas cosas como esta.

—Sólo que me desees buenas noches —dijo Griffin.

—Buenas noches —dijo Kemp, estrechando una mano invisible.

Se dirigió en línea recta a la puerta y, de pronto, la bata se acercó a él con rapidez.

—Queda bien entendido —dijo— que no intentarás poner ningún estorbo en mi camino o capturarme; de lo contrario...

Kemp cambió de expresión.

—Creo haberte dado mi palabra —dijo.

Cerró la puerta tras sí sin hacer ruido e, inmediatamente, oyó que la llave giraba en la cerradura. Después, mientras permanecía con una expresión de pasiva estupefacción retratada en el rostro, las rápidas pisadas se acercaron a la puerta de la habitación contigua, que también quedó cerrada con llave. Kemp se golpeó la frente con la palma de la mano. «¿Estoy soñando? ¿Se ha vuelto loco el mundo? ¿O me he vuelto loco yo?» Se echó a reír y tocó con la mano la puerta cerrada. «¡Arrojado de mi dormitorio por un flagrante absurdo!», exclamó.

Se dirigió al primero de los escalones, se volvió y contempló la puerta una vez más. «Es un hecho real», dijo. Se llevó los dedos al cuello ligeramente dolorido. «¡Un hecho innegable! Pero...»

Movió la cabeza, giró sobre sus talones y bajó al piso inferior. Encendió la lámpara del comedor, cogió un puro y comenzó a recorrer la habitación lanzando exclamaciones. De vez en cuando discutía consigo mismo.

«¡Invisible!

»¿Existe algo que parezca un animal invisible...? En el mar, sí. Miles... Millones. Todas las larvas. Todos los nauplius y tornarias[12], todos los seres microscópicos, la medusa. En el mar hay más cosas invisibles que visibles. Nunca se me había ocurrido pensarlo. Y en las aguas estancadas también. Todos los seres que viven en ellas, chispas de gelatina transparentes e incoloras... Pero en el aire ¡no!

»No puede ser.

»Y al fin y al cabo, ¿por qué no?

»Aunque un hombre fuera de cristal, sería visible.»

Sus meditaciones se hicieron profundas. Tres puros enteros quedaron convertidos en ceniza blanca desparramada por la alfombra, antes de que hablara de nuevo. Cuando lo hizo, fue

únicamente para lanzar una exclamación. Salió de la habitación, entró en su pequeño cuarto de consulta y encendió el gas. Era un lugar muy reducido (porque el doctor Kemp no practicaba su profesión) y en él se hallaban los periódicos del día. El de la mañana estaba abierto descuidadamente y arrojado a un lado. Lo cogió, lo abrió, y leyó el relato de los «extraños sucesos en Iping», que el marinero de Port Stowe había contado a Marvel. Kemp lo leyó rápidamente.

—¡Embozado! —exclamó—. ¡Disfrazado! ¡Escondiéndose! «Nadie parecía haber advertido su desgracia.» ¿Qué demonios se trae entre manos?

Dejó caer el periódico y sus ojos rebuscaron entre los demás.

—¡Ah! —dijo, cogiendo la *Saint James' Gazette*, que estaba doblada sin tocar—. Ahora me enteraré de la verdad —abrió el diario y se dispuso a leer un artículo compuesto de un par de columnas titulado: «Un pueblo entero de Sussex se vuelve loco.»

—¡Cielo santo! —dijo Kemp, leyendo ávidamente un increíble relato de los acontecimientos que tuvieron lugar en Iping la tarde anterior y que ya han sido descritos. En primera plana se hallaba reproducido el artículo aparecido en el periódico de la mañana. Kemp lo leyó de nuevo.

«Recorrió las calles golpeando a diestro y siniestro. Joffers, sin sentido. El señor Huxter, cruelmente apaleado, incapaz de describir lo que vio. Penosa humillación al vicario. Mujer enferma de terror. Ventanas destrozadas. Esta extraordinaria historia es, probablemente, una invención. Demasiado buena para no publicarla... *cum grano* [13].»

Dejó a un lado el periódico y miró a su alrededor, sin ver.

—¡Probablemente una invención!

Lo cogió de nuevo y leyó el artículo una vez más.

—Pero ¿cuándo aparece el vagabundo? ¿Por qué diablos está persiguiendo a un vagabundo?

Se dejó caer pesadamente sobre un sillón de cirujano.

—¡No solamente es invisible dijo—, sino que está loco! ¡Con locura homicida...!

Cuando llegó el amanecer, mezclando su palidez con la luz del gas y el humo de los cigarros que llenaban el comedor, Kemp seguía recorriendo la habitación de un lado a otro, intentando comprender

lo incomprensible.

Estaba demasiado excitado para poder dormir. Sus criados lo descubrieron al bajar, todavía soñolientos, y pensaron que un exceso de trabajo lo había enfermado. Les dio extrañas pero explícitas instrucciones de preparar desayuno para dos en el estudio y de permanecer después en el piso inferior, sin aparecer para nada donde él se hallaba. Después continuó recorriendo el comedor en todas direcciones hasta la llegada de los periódicos de la mañana. Estos tenían mucho que decir y poco que contar, aparte de la confirmación de los hechos de la noche anterior y un relato bastante mal redactado de un nuevo suceso ocurrido en Port Burdock. Este reveló a Kemp lo sucedido en los Jolly Cricketers y el nombre de Marvel. «Me ha obligado a permanecer con él durante veinticuatro horas», había declarado el vagabundo. Se añadían ciertos pequeños detalles a la historia de Iping, especialmente el de que había sido cortado el cable del telégrafo. Pero nada aclaraba el lazo que unía al Hombre Invisible con el vagabundo, porque el señor Marvel no había dado ninguna información sobre los tres libros y el dinero que quedara a su cargo. El tono incrédulo de la Prensa había desaparecido y una muchedumbre de periodistas y curiosos comenzaba a explotar el tema.

Kemp leyó hasta la última línea del relato y envió a la criada a comprar todos los periódicos de la mañana que encontrarse. Los devoró igualmente.

—¡Es invisible! —dijo—. ¡Y por lo visto se está convirtiendo en un maniático! ¡La de cosas que puede hacer! ¡Y está arriba, tan libre como el aire! ¿Qué debo hacer? Por ejemplo, ¿sería poco honrado...? No.

Se dirigió a un pequeño escritorio en desorden que había en un rincón y comenzó a escribir una nota. Cuando iba por la mitad la rompió y escribió otra, que, una vez concluida, releyó. Después cogió un sobre y lo dirigió al «Coronel Adye, Port Burdock».

El Hombre Invisible despertó cuando Kemp estaba ocupado de este modo. Despertó de malhumor y el médico, con todos los sentidos alerta para sorprender el menor sonido, oyó el ruido de sus pisadas al recorrer el dormitorio. Después cayó una silla y el vaso del lavabo se hizo pedazos. Kemp subió precipitadamente las escaleras y llamó con los nudillos en la puerta.

Algunos principios importantes

—¿Qué ocurre? —preguntó Kemp cuando el Hombre Invisible lo hubo admitido en su dormitorio.

—Nada —fue la respuesta.

—Pero ¡maldita sea! ¿Y ese ruido?

—Un ataque de ira —dijo el Hombre Invisible—. Me olvidé de mi brazo. Me duele.

—Me parece que te irritas con bastante facilidad.

—Así es.

Kemp atravesó la habitación y recogió algunos fragmentos de cristales rotos.

—Se ha publicado tu historia dijo Kemp permaneciendo en pie con los cristales en la mano—. Se ha hecho público lo ocurrido en Iping y ayer en la colina. El mundo se ha enterado de que tiene un ciudadano invisible. Pero nadie sabe que estás aquí.

El Hombre Invisible lanzó un juramento.

—El secreto se ha descubierto. Supongo que era un secreto. No sé cuáles son tus planes, pero, desde luego, estoy dispuesto a ayudarte.

El Hombre Invisible se sentó al borde de la cama.

—El desayuno está preparado arriba —dijo Kemp, hablando con toda la tranquilidad que le fue posible adoptar, y se sintió satisfecho al ver que su extraño invitado se levantaba inmediatamente. Kemp iba delante de él mientras subían la angosta escalera que conducía al mirador.



—Antes de poder hacer nada —dijo Kemp—, necesito comprender algunos detalles sobre tu invisibilidad.

Se sentó, después de lanzar una mirada nerviosa por la ventana, con la actitud de quien está dispuesto a celebrar una larga conversación. Sus dudas acerca de la cordura y realidad del asunto se desvanecieron al mirar hacia donde Griffin se hallaba sentado a la mesa del desayuno. Tenía ante sí una bata sin cabeza y sin manos, que se limpiaba los labios invisibles con una servilleta que se mantenía en el aire por milagro.

—Es muy sencillo y muy lógico —dijo Griffin dejando a un lado la servilleta a la vez que apoyaba la invisible cabeza sobre una invisible mano.

—Lo será sin duda para ti, pero... —Kemp rió.

—Sí, al principio me parecía maravilloso. Pero ahora... ¡Santo Dios...! Aun así todavía haremos grandes cosas. La idea se me ocurrió por primera vez en Chesilstowe.

—¿En Chesilstowe?

—Fui allí cuando salí de Londres. ¿Sabías que dejé la medicina y me dediqué a la física? ¿No? Pues eso fue lo que hice. La luz me fascinaba.

—¡Ah!

—¡La densidad óptica! Todo el tema es una red de enigmas, una red a través de la cual las soluciones brillan un momento de un modo fugaz. Y como no tenía más que veintidós años y estaba lleno de entusiasmo, me dije: «Dedicaré mi vida a esto. Vale la pena.» Ya sabes lo necios que somos cuando tenemos veintidós años.

—¿Necios entonces o necios ahora?

—¡Como si el saber procurara al hombre alguna satisfacción! Pero me puse a trabajar como un negro. Y apenas llevaba seis meses trabajando y pensando en el asunto, cuando la luz llegó a mí a través de la malla de la red, repentina y cegadora. Descubrí un principio general de pigmentos y refracción, una fórmula, una expresión geométrica relacionada con cuatro dimensiones. Los tontos, los hombres vulgares, incluso algunos matemáticos, no saben lo que cualquier simple expresión puede significar para el estudiante de física molecular. En los libros (los libros que ha escondido ese vagabundo) hay maravillas, ¡milagros! Pero aquello no era un método, era una idea que podía conducir a un método por el cual sería posible, sin cambiar ninguna otra propiedad de la materia (excepto, en algunas ocasiones, el color), reducir el índice de refracción de una sustancia sólida, o líquida, hasta lograr alcanzar el del aire en lo que a fines prácticos se refiere.

—¡Qué extraño! —dijo Kemp—. Pero aún no veo cómo... Comprendo que de ese modo se puede echar a perder una piedra valiosa, pero la invisibilidad humana es algo muy distinto.

—Exactamente —dijo Griffin—. Pero ten en cuenta que la visibilidad depende de la acción de la luz sobre los cuerpos visibles. Permíteme que te exponga los hechos elementales como si no los conocieras. De este modo me comprenderás mejor. Ya sabes que un cuerpo, o bien absorbe la luz, la refleja o la refracta, o bien hace todas estas cosas al mismo tiempo. Si no refleja o refracta o absorbe la luz, no puede ser visible por sí mismo. Por ejemplo, vemos una caja roja opaca porque el color absorbe parte de la luz y refleja el resto, toda la parte roja que la luz tiene, hacia nosotros. Si no

absorbiera ninguna parte de la luz, sino que la reflejara toda, sería una caja blanca y brillante. De plata. Una caja diamantina no absorbería gran parte de la luz ni tampoco la reflejaría de la superficie en general; pero aquí y allá, donde las superficies fueran favorables, la luz sería reflejada y refractada y de este modo obtendríamos una apariencia brillante de reflexiones y refracciones. Una especie de esqueleto de la luz. Una caja de cristal no sería tan brillante ni tan claramente visible como una de diamantes, porque habría menos reflexión y refracción. ¿Me comprendes? Desde algunos puntos se vería claramente a través de ella. Algunas clases de cristal serían más visibles que otras. Una caja de cristal de roca será más brillante que una caja de cristal ordinario para ventana. Con mala luz, sería difícil ver una caja de cristal común muy delgado, porque apenas absorbería luz y reflejaría y refractaría muy poca. Y si ponemos una hoja de cristal común en agua, y más aún si la ponemos en un líquido más denso que el agua, desaparecerá casi completamente, porque al pasar del agua al cristal la luz apenas se refracta o refleja. Será casi tan invisible como un chorro de metano o de hidrógeno lo es en el aire. Y exactamente por la misma razón.

—Sí —dijo Kemp—. Todo eso ya lo sé. Hoy en día lo sabe cualquier estudiante.

—Voy a hablarte de otro factor que también sabe cualquier estudiante. Si se destroza una lámina de cristal, y se reduce a polvo, se hace mucho más visible mientras está en el aire. Finalmente se convierte en un polvo blanco y opaco. El fenómeno se verifica porque el polvo multiplica las superficies del cristal en las que tiene lugar la reflexión y refracción. En la hoja de cristal sólo hay dos superficies. En el polvo, la luz se refleja o refracta en cada partícula que atraviesa. Pero si el cristal blanco hecho polvo se introduce en el agua, desaparece inmediatamente. El cristal en polvo y el agua tienen casi el mismo índice de refracción, es decir, la luz sufre muy poca refracción o reflexión al pasar del uno a la otra. El cristal se hace invisible introduciéndolo en un líquido que tenga el mismo índice de refracción. Un objeto transparente se hace invisible si se coloca en un elemento de casi el mismo índice de refracción. Y si reflexionas un segundo, comprenderías que el polvo de cristal podría hacerse desaparecer en el aire si fuera posible hacer su índice de refracción igual al del aire. Porque entonces no habría ni

refracción ni reflexión cuando la luz pasara del cristal al aire.

—Sí, sí —dijo Kemp—. ¡Pero el hombre no es cristal en polvo!

—No —contestó Griffin—. Es más transparente.

—¡Tonterías!

—¡Y eso lo dice un médico! ¡Cómo se pierde la memoria! ¿Has olvidado ya la física que estudiaste hace diez años? Piensa en todas las cosas que son transparentes y parece que no lo son. Por ejemplo, el papel, está compuesto de fibras transparentes y es blanco y opaco por la misma razón que el cristal en polvo es blanco y opaco. Cubre con aceite un papel blanco, llena de aceite cada intersticio entre sus partículas de modo que no haya reflexión o refracción sino en las superficies, y verás cómo se hace tan transparente como el cristal. Y no sólo el papel, sino la fibra de algodón, la fibra de hilo, la fibra de lana, la fibra de madera, y los *huesos*, Kemp, la *carne*, Kemp, el *cabello*, Kemp, las *uñas* y los *nervios*, Kemp. En resumen, todo cuanto compone el cuerpo del hombre, excepto el color rojo de su sangre y el pigmento oscuro de su cabello, está hecho de tejidos transparentes e incoloros. Sólo por ello somos visibles para los demás. En general, las fibras de un ser humano no son más opacas que el agua.

—¡Claro, claro! —dijo Kemp—. Anoche mismo estuve recordando las larvas del mar y los cuerpos gelatinosos.

—*¡Ahora* me has comprendido! Yo sabía todo esto y lo tenía perfectamente en cuenta cuando salí de Londres hace seis años. Pero me lo guardaba para mí. Tenía que llevar a cabo mi trabajo con terribles desventajas. Oliver, mi profesor, era un ladrón científico, un periodista instintivo, un ladrón de ideas. ¡Siempre estaba espiando! Y ya conoces el vil sistema del mundo científico. No quise publicar nada y permitir que él compartiera mi renombre. Seguí trabajando, acercándome más y más al momento de convertir mi fórmula experimental en una realidad. No hablé de ello con alma viviente, porque quería asombrar al mundo con la revelación de mi obra y hacerme famoso de golpe. Me dediqué a estudiar la cuestión de los pigmentos para llenar ciertas lagunas, y de pronto, no a propósito, sino por accidente, hice un descubrimiento fisiológico.

—¿Sí?

—La materia colorante de la sangre puede transformarse en

blanca e incolora, y seguir ejerciendo las funciones que ejerce actualmente.

Kemp lanzó una exclamación de incrédulo asombro. El Hombre Invisible se levantó y se puso a recorrer la habitación de un lado para otro.

—Comprendo tu incredulidad. Recuerdo perfectamente aquella noche. Era muy tarde (durante el día tenía que ocuparme de los estudiantes, lerdos y distraídos), y yo trabajaba allí muchas veces hasta el amanecer. De pronto, la idea, espléndida y completa, me vino a la imaginación. Estaba solo, el laboratorio se hallaba sumido en silencio y las luces brillaban a mi alrededor... ¡Podía conseguirse que un animal, un tejido, fuera transparente! ¡Invisible! Todo, menos los pigmentos. «¡Yo puedo ser invisible!», dije comprendiendo de pronto lo que significaba ser un albino y saber tal cosa. Era abrumador. Abandoné las filtraciones en que me hallaba ocupado, me dirigí a la ventana y contemplé las estrellas. «¡Yo puedo ser invisible!», repetí. Lograr tal cosa sería algo casi mágico. Entonces vislumbré, sin sombra alguna de duda, una magnífica visión de lo que la invisibilidad significaría para un hombre. El misterio, el poder, la libertad. No vi ninguna desventaja. Piénsalo bien. Yo, un profesor mal vestido, pobre e ignorado, que me dedicaba a enseñar a estudiantes necios en una escuela de provincias, podía convertirme... en esto. Quisiera saber, Kemp, si *tú*... Te aseguro que cualquiera se hubiera dedicado a esta investigación. Trabajé durante tres años, y cada montaña de dificultades que lograba remontar me mostraba desde su cumbre otra más alta y desconocida. Los detalles eran infinitos y todo me exasperaba. Había un profesor, un profesor de provincias que siempre me estaba interrogando. «¿Cuándo va a publicar su trabajo?» Era su eterna pregunta. ¡Los estudiantes! ¡La escasez de medios! Durante tres años trabajé de aquel modo... Y después de tres años de secreto y de preocupaciones, comprendí que era imposible la terminación de mi obra. Imposible.

—¿Por qué? —preguntó Kemp.

—Por falta de dinero —dijo el Hombre Invisible, que se dirigió de nuevo a la ventana. Bruscamente giró sobre sus talones—. Entonces robé a mi padre lo que tenía. El dinero no era suyo y se suicidó.

En la casa de Great Portland Street

Kemp permaneció durante unos instantes en silencio contemplando la espalda de la figura sin cabeza que se hallaba junto a la ventana. Después se sobresaltó al asaltarle un pensamiento, se puso en pie, cogió al Hombre Invisible por el brazo y le apartó de su punto de observación.

—Estás cansado - dijo—, y mientras yo estoy sentado, tú andas de un lado para otro. Toma mi silla.

Él se colocó entre Griffin y la ventana más cercana. Griffin guardó silencio un momento y después continuó.

—Yo había dejado el colegio de Chesilstowe —dijo— cuando aquello ocurrió. Fue en el mes de diciembre pasado. Había tomado una habitación en Londres, una habitación grande y sin muebles en una casa de huéspedes situada en uno de los suburbios cerca de Great Portland Street. Pronto la tuve llena de aparatos que compré con aquel dinero y mi obra avanzaba con éxito, acercándose a su fin. Yo era como un hombre que sale de la espesura y se encuentra de pronto enfrentado con una tragedia. Fui a enterrar a mi padre. Todos mis pensamientos se centraban en mi investigación y no moví un dedo para rescatar su honor. Recuerdo el funeral, el ataúd barato, la ceremonia breve, la cuesta barrida por el viento y la escarcha, y el amigo suyo que leyó las oraciones fúnebres, un viejo pobremente vestido y encorvado, que tenía un terrible resfriado. Recuerdo mi vuelta a la casa vacía a través de lo que antes fuera una aldea y ahora había sido convertida por arquitectos y albañiles en la caricatura de una ciudad. Las calles iban en todas direcciones para terminar siempre en los campos profanados, y estaban llenas de montones de piedra de cantera y malezas exuberantes y húmedas. Me recuerdo a mí mismo, como una figura oscura y delgada, recorriendo la acera resbaladiza y brillante, y evoco la

extraña sensación que experimenté al pensar que no tenía relación alguna con la respetabilidad escuálida y el sórdido mercantilismo de aquel lugar. No sentía en absoluto lástima por mi padre y lo consideré como la víctima de su tonto sentimentalismo. La hipocresía de los tiempos hacía necesaria mi presencia en el funeral, pero en realidad aquello no era asunto mío. Mientras recorría la calle principal, reviví mi pasado: tropecé con la mujer que había querido diez años antes y nuestros ojos se encontraron... Un impulso interior me obligó a volverme y hablarle. Resultó ser una persona muy vulgar. Aquella visita al pueblo fue como un sueño. Me di cuenta entonces de que estaba solo y que había salido del mundo para sumirme en la desolación. Reconocí mi falta de sentimiento, pero lo achaqué a la general estupidez de la vida. Al volver a entrar en mi habitación me pareció que de nuevo tomaba posesión de la realidad. Allí estaban los objetos que yo conocía y amaba. Allí estaban mis aparatos, allí me esperaban mis experimentos. Por fin había resuelto casi todas las dificultades y sólo me restaba planear los detalles. Algún día te contaré, Kemp, todo el complicado proceso. No es necesario que ahora nos metamos en ello. En su mayor parte, excepto ciertos datos de los que preferí tomar nota mental, todo está escrito en clave en los libros que ha escondido el vagabundo. Tenemos que perseguirle. Tenemos que recuperar esos libros. El experimento principal consistía en colocar el objeto transparente cuyo índice de refracción había que rebajar entre dos centros radiantes de una vibración etérea, de la cual te hablaré más tarde con detalles.



No; no se trataba de las vibraciones de Röntgen[14]. No sé si estas mías han sido descritas alguna vez; pero son evidentes. Necesitaba sobre todo dos pequeñas dínamos, y éstas actuaban con un económico motor de gas... Hice mi primer experimento con un trozo de tela de lana blanca. Resultó asombroso para mí verlo suave y blanco con el reflejo de la luz y contemplar cómo se desvanecía igual que una columna de humo. Apenas si podía creer que lo había conseguido. Llevé la mano al vacío y sentí el contacto de la tela, tan sólida como siempre. Lo cogí y lo tiré al suelo, y, más tarde, tuve alguna dificultad para encontrarlo de nuevo. Después hice un experimento curioso. Oí un maullido a mi espalda y, al volverme, vi una gata blanca muy delgada y muy sucia sentada sobre el alféizar de la ventana. Se me ocurrió una idea. «Todo está dispuesto», dije acercándome a la ventana, que abrí para llamar a la gata en voz baja. Acudió ronroneando, porque el pobre animal estaba muy hambriento, y le di un poco de leche. Guardaba la comida en un armario que había en un rincón de la habitación. Después comenzó a olfatearlo todo, con la evidente intención de instalarse allí. La tela invisible la asustó un poco, y deberías haber visto cómo enarcó el lomo. La coloqué cómodamente en la almohada de mi cama y le di mantequilla para que le sirviera de purgante.

—¿Y experimentaste con ella?

—Sí. ¡Pero narcotizar a un gato no es cosa fácil, Kemp! Y el experimento fracasó.

—¿Fracasó?

—En dos detalles. Estos eran las garras y los pigmentos que tienen los gatos detrás de los ojos. ¿Sabes a lo que me refiero?



—El *tapetum*[15].

—Sí, el *tapetum*. Se resistió a desaparecer. Cuando le hube dado la materia decolorante y hube puesto en práctica otros detalles, le di opio y la coloqué, juntamente con la almohada en que dormía, en el aparato. Y cuando todo lo demás se hubo desvanecido y desaparecido, las motas de sus ojos continuaron visibles.

—¡Qué curioso!

—No consigo explicármelo. Estaba vendada y atada, por supuesto, de modo que la tenía indefensa; pero se despertó medio atontada y maulló lastimeramente. Entonces, alguien llamó a la puerta. Era una vieja que vivía en el piso inferior, que sospechaba que yo me dedicaba a la vivisección. Una borracha cuyo único interés en el mundo se concentraba en su gata. Busqué un poco de cloroformo, se lo apliqué al animal y entreabrí la puerta. «Me pareció oír maullar a un gato —dijo—. A mi gata.» «Aquí no está», contesté cortésmente. Ella siguió desconfiando e intentó mirar el

interior de la habitación por encima de mi hombro. Seguramente que todo aquello le resultó muy extraño. Las paredes desnudas, las ventanas desprovistas de cortinas, el motor de gas en funcionamiento, la ebullición de los puntos irradiantes y el olor a cloroformo en la atmósfera. Por último debió de quedar satisfecha y se marchó de nuevo.

—¿Cuánto tiempo te llevó el experimento?

—Tres o cuatro horas con la gata. Los huesos, los nervios y la grasa fueron los últimos en desaparecer, así como los extremos del pelo. Y, como te digo, el pigmento que hay en la parte posterior del ojo, un pigmento fuerte e iridiscente, se resistió a desaparecer. Mucho antes de terminar con el experimento, se hizo completamente de noche. Nada era visible excepto las sombras de los ojos y las garras. Detuve el motor de gas, busqué al tacto el cuerpo del animal, que seguía sin sentido, y lo acaricié. Lo desaté y, como estaba agotado, lo dejé durmiendo en la almohada invisible y me acosté. Pero me costó mucho conciliar el sueño. Permanecí despierto pensando en cosas vagas y sin objeto, recordando el experimento detalle por detalle, o soñando febrilmente con que todo se desvanecía a mi alrededor, hasta que se desvaneció el suelo sobre el que me hallaba y de este modo me debatí en una horrible pesadilla. A eso de las dos, la gata empezó a maullar rondando por la habitación. Intenté hacerla callar, hablándole, y después decidí echarla de allí. Recuerdo el sobresalto que experimenté al encender la luz y ver únicamente sus ojos verdes y brillantes, colgando en el espacio. Le hubiera dado leche, pero ya no tenía. No podía estarse quieta y permaneció maullando junto a la puerta. Intenté cogerla para hacerla salir por la ventana, pero no lo logré. Seguía maullando en diferentes partes de la habitación. Por último, abrí la ventana haciendo mucho ruido. Supongo que se marcharía por allí. No volví a verla ni a saber nada más de ella. Entonces, Dios sabe por qué, empecé a pensar de nuevo en el funeral de mi padre y en la colina tenebrosa y barrida por el viento. De este modo me sorprendió el día. Comprendí que no podría dormir y, cerrando la puerta de mi habitación, salí a deambular por las calles, bañadas por el sol de la mañana.

—Así pues, ¿hay un gato invisible por el mundo? —preguntó Kemp.

—Sí. Si no lo han matado —dijo el Hombre Invisible—. ¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió Kemp—. Perdón. No quería interrumpirte.

—Probablemente lo hayan matado —dijo el Hombre Invisible—. Sé que cuatro días después andaba vivo en lo alto de una verja de Great Titchfield Street, porque vi a un grupo de gente en aquel lugar intentando comprender de dónde salían los maullidos.

Guardó silencio durante un minuto y prosiguió en seguida:

—Recuerdo claramente la mañana anterior a la transformación. Debí subir por Great Portland Street, porque me parece que vi los cuarteles de Albany Street y los soldados de a caballo que salían de ellos. Por fin me encontré sentado al sol, sintiéndome muy inquieto y enfermo, en lo alto de Primrose Hill. Era un soleado día de enero, uno de los días de sol y hielo que hemos tenido este año antes de las nevadas. Intenté estudiar la situación con mi fatigado cerebro y trazarme un plan de acción. Ahora que tenía al alcance de la mano la culminación de mi trabajo, quedé sorprendido al descubrir lo vacío que mi objetivo me resultaba. Me sentía completamente agotado, y el intenso esfuerzo de casi cuatro años de trabajo continuo me había dejado incapacitado para experimentar ningún sentimiento. Estaba apático y me esforcé en vano por recobrar el entusiasmo con que había llevado a cabo mis primeras investigaciones, la pasión por los descubrimientos, que me había permitido hasta herir de muerte a mi padre en sus últimos años. Nada me parecía importante. Comprendía perfectamente que aquel estado de ánimo era transitorio y debido al exceso de trabajo y a la falta de sueño, y que por medio de drogas o de descanso me sería posible recuperar mis energías. Mi idea fija era llevar el asunto hasta el final. Y pronto, porque mi dinero amenazaba con terminarse. Miré a mi alrededor y contemplé a los niños que jugaban vigilados por sus niñeras, intentando imaginarme las fantásticas ventajas que tendría un hombre invisible en el mundo. Poco después volví a casa, tomé algún alimento y una fuerte dosis de estricnina y me arrojé vestido sobre la cama deshecha. La estricnina es un gran tónico, Kemp, para inyectar energías al hombre.

—Es diabólica —dijo Kemp—. Es la fuerza encerrada en una

botella.

—Me desperté lleno de vigor y algo irritado.

—Sí, conozco esos efectos.

—Alguien estaba llamando a la puerta. Era el patrono, profiriendo amenazas y preguntas. Se trataba de un viejo judío polaco vestido siempre con una larga chaqueta gris y zapatillas grasientas. Me dijo que estaba seguro de que durante la noche yo había estado atormentando a un gato. La lengua de la vieja no había permanecido quieta. El judío insistió en querer saber la verdad. Me dijo que las leyes del país contra la vivisección son muy severas y que podrían alcanzarle a él. Negué la existencia del gato. Entonces me dijo que las vibraciones del motor de gas repercutían en toda la casa. Aquello era cierto, efectivamente.



Pasó junto a mí y entró en el cuarto. Entonces comenzó a escudriñar por todas partes con sus gafas de plata, y sentí un repentino temor

de que lograra adivinar parte de mi secreto. Intenté colocarme entre él y el aparato de concentración que había inventado, pero lo único que conseguí con ello fue aumentar su curiosidad. ¿Qué es lo que estaba haciendo yo? ¿Por qué estaba siempre solo y no hablaba con nadie? ¿Era algo legal? ¿Era peligroso? Yo pagaba la misma renta que todo el mundo. Su casa había sido siempre una casa respetable... en un vecindario desacreditado. De pronto sentí que me invadía la cólera y le ordené que se marchara. Empezó a protestar y a hablar de su derecho a entrar en la habitación. Inmediatamente le agarré por el cuello (sentí que algo se desgarraba) y le arrojé al pasillo. Di un portazo, cerré la puerta, y me senté temblando. El viejo armó un escándalo en el exterior, pero no le hice caso, y, poco después, se marchó. Esta escena precipitó los acontecimientos. Yo ignoraba lo que haría y aun lo que podía hacerme. Trasladarme a otra habitación significaría un gran retraso (tenía escasamente veinte libras por todo capital, y casi todo en el banco). No podía permitirme ese lujo. ¡Desaparecer! No podía ser. Después harían un registro en mi habitación. Ante la posibilidad de que mi trabajo fuera descubierto o interrumpido en su momento cumbre, sentí que la cólera me invadía y comencé a actuar. Salí corriendo a la calle con mis tres libros de notas y mi libreta de cheques (que ahora están en poder del vagabundo), y, dirigiéndome a la estación de correos más cercana, lo envié a una dirección donde se reciben cartas y paquetes, en Great Portland Street. Intenté salir sin hacer ruido, y, al volver, descubrí al patrono subiendo silenciosamente las escaleras. Supongo que oiría la puerta al cerrarse. Te hubieras reído si le hubieras visto echarse a un lado en el descansillo al escuchar mis pisadas a su espalda. Me miró furioso y yo hice temblar la casa al cerrar la puerta de un portazo. Le oí acercarse a la puerta arrastrando los pies, vacilar y bajar de nuevo. Inmediatamente comencé los preparativos. Todo quedó terminado aquella noche. Mientras me hallaba sentado bajo la influencia adormecedora de las drogas decolorantes de la sangre, oí repetidas llamadas a mi puerta. Cesaron bruscamente, oí pisadas que se alejaban y volvían y, una vez más, golpearon con los nudillos. Vi entonces que intentaban introducir algo por debajo de la puerta... un papel azul. Irritado, me levanté y abrí la puerta de par en par. «¿Qué?», dije. Era el patrono con una orden de desahucio o algo

similar. Me la enseñó. Supongo que le chocaría algo que vio en mis manos y elevó la mirada hasta mi cara. Durante unos segundos me miró con la boca abierta. Después, lanzó un grito inarticulado, dejó caer la bujía y el documento, y salió corriendo atropelladamente por el oscuro pasillo hacia las escaleras.



Cerré la puerta, di la vuelta a la llave y me dirigí al espejo. Entonces comprendí su terror... Mi rostro estaba blanco, blanco como el mármol. Pero fue horrible. No había contado con el sufrimiento físico. La noche fue de torturante angustia, mareos y desmayos. Apreté los dientes cuando mi piel comenzó a arder, cuando todo mi cuerpo comenzó a arder, y permanecí como muerto.



Comprendí entonces por qué el gato había aullado de aquel modo hasta que lo cloroformicé. Afortunadamente yo vivía solo e inatendido en mi habitación. Hubo momentos en que gemí, sollocé y hablé en voz alta. Pero permanecí firme... Perdí el sentido y desperté agotado en medio de la oscuridad. El dolor había cesado. Pensé que me estaba matando, pero me era indiferente. Nunca podré olvidar aquel amanecer y el extraño horror de descubrir que mis manos se habían transformado en algo parecido al cristal y de observar cómo se iban haciendo más y más transparentes según iba avanzando el día, hasta que, al fin, pude ver a través de ellas el terrible desorden de mi habitación, a pesar de cerrar mis párpados, también transparentes. Mis miembros se hicieron cristalinos, los huesos y las arterias se desvanecieron y los pequeños nervios blancos fueron los últimos en desaparecer. Rechiné los dientes y lo soporté todo hasta el final... Por fin sólo quedaron de mí las sombras blancas y pálidas de las uñas y la mancha marrón de algún ácido en mis dedos. Intenté ponerme en pie. Al principio me sentí tan inútil como una criatura enfajada. Tenía que valirme de miembros que no veía. Estaba muy débil y tenía mucha hambre. Anduve unos pasos y me quedé mirando a la nada que se reflejaba en el espejo... la nada, excepto allí donde aún se veía la sombra, más borrosa que la niebla, de un pigmento, tras la retina de mis ojos. Tuve que agarrarme a la mesa y apoyar la frente en el cristal. Sólo con un terrible esfuerzo de voluntad conseguí arrastrarme hasta el aparato y proseguir* el experimento. Dormí por la mañana, poniéndome una sábana en los ojos para no ver la luz, y alrededor del mediodía me despertó de nuevo una llamada a la puerta. Había recuperado mis energías. Me senté, escuché y llegó hasta mí el eco de una conversación en voz baja. Me puse en pie de un salto y, tan silenciosamente como me fue posible, comencé a desempalmar las conexiones de mi aparato y a distribuir sus piezas por toda la habitación, para destruir de aquel modo las posibilidades de que averiguaran su funcionamiento. Poco después se reanudaron las llamadas a la puerta y empezaron a llamarme por mi nombre. Primero, el patrono, y, luego, otras dos personas. Para ganar tiempo, les contesté. Encontré el trozo de tela y la almohada invisibles, y abriendo la ventana, los deposité sobre la tapa del depósito. En el momento en que abría la ventana oí un fuerte golpe

sobre la puerta. Alguien se había lanzado sobre ella con la idea de descerrarla. Pero los fuertes pasadores que yo había atornillado hacía pocos días consiguieron impedirles la entrada. Aquello me asustó y me encolerizó. Comencé a temblar y a hacer las cosas precipitadamente. Amontoné en el centro de la habitación trozos sueltos de papel de envolver, etc., y abrí la llave del gas. Empezaron a retumbar grandes golpes sobre la puerta. No encontraba las cerillas. Lleno de ira golpeé la pared con las manos. Cerré de nuevo la llave del gas. Salí por la ventana hasta situarme sobre la tapa del depósito; volví a bajar cuidadosamente la persiana y me senté, invisible y seguro, en espera de los acontecimientos. Consiguieron romper un panel de la puerta e inmediatamente abrieron los pasadores de los pestillos y permanecieron de pie en el umbral. Eran el patrono y sus dos hijastros, dos jóvenes robustos de veintitrés y veinticuatro años, respectivamente. A su espalda revoloteaba la vieja del piso de abajo. Puedes imaginarte su asombro al encontrarse con que la habitación estaba vacía. Uno de los jóvenes se abalanzó inmediatamente a la ventana, la abrió y miró al exterior. Vi sus ojos y su cara barbuda y de labios gruesos, a diez centímetros de la mía. Sentí la tentación de golpearle, pero conseguí dominarme. Miró a través de mi cuerpo, y lo mismo hicieron los demás al reunirse con él. El viejo miró debajo de la cama, y a continuación todos se dirigieron al armario. Entonces se pusieron a hablar muy excitados, en hebreo y en inglés de los barrios bajos. Decidieron que yo no les había contestado, que había sido un engaño de su imaginación. Un extraordinario regocijo sustituyó a mi cólera mientras permanecía al otro lado de la ventana, contemplando a aquellas cuatro personas (porque la vieja entró también mirando desconfiadamente a su alrededor) que intentaban comprender el enigma de mi comportamiento. El patrono, según lo que pude entender de su *patois*[16] estaba de acuerdo con la mujer en que yo era un viviseccionista. Los hijos declararon, en pésimo inglés, que yo era un electricista, basándose en la evidencia de mis resistencias y de mis dínamos. Estaban inquietos, temiendo que yo apareciera de un momento a otro, aunque más tarde averigüé que habían cerrado con cerrojo la puerta de entrada. La vieja miró debajo de la cama y en el armario. Uno de mis vecinos, un vendedor ambulante que compartía con un

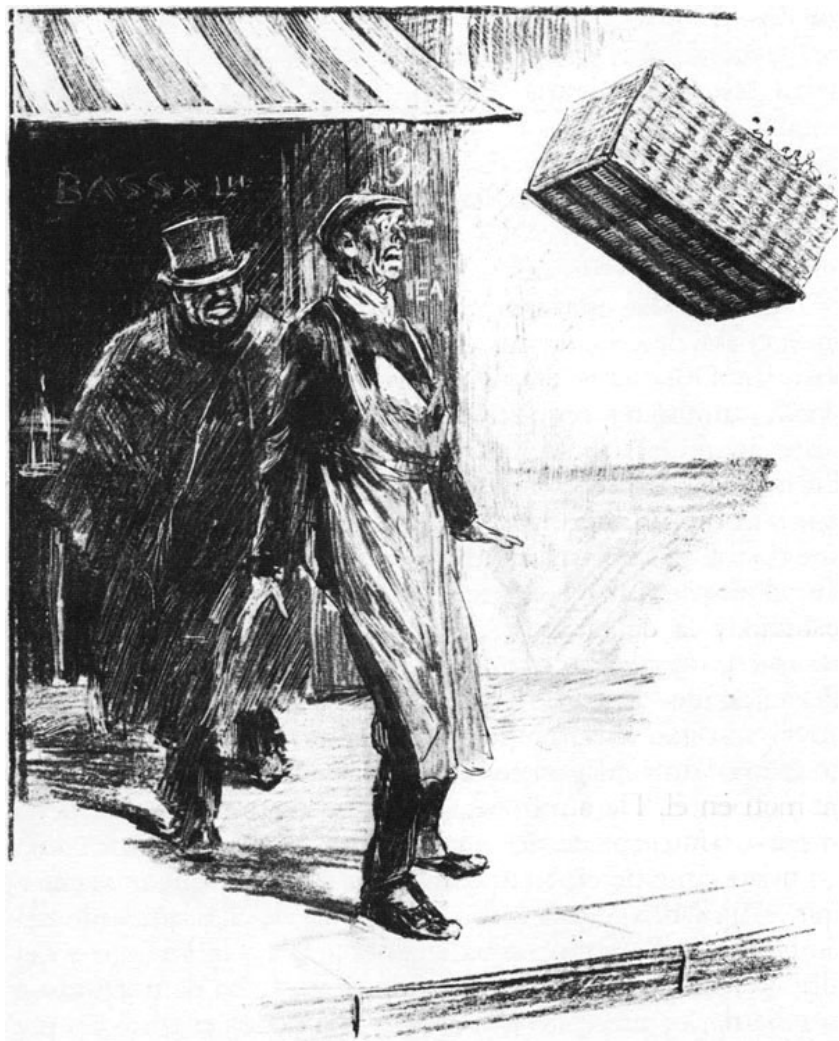
carnicero la habitación contigua a la mía, apareció entonces en el pasillo. Lo llamaron y lo pusieron al corriente de todo cuanto había ocurrido. En aquel momento pensé que las resistencias y los aparatos que yo poseía me delatarían si caían en manos de alguna persona culta, por lo que esperé una oportunidad, y salté desde la ventana a la habitación. Separé una de las pequeñas dínamos de las demás y la rompí en pedazos. Después, mientras intentaban explicarse el fenómeno, me deslicé fuera de la habitación, y bajé silenciosamente las escaleras. Entré en una de las salitas y esperé a que bajaran. Continuaban especulando y argumentando, algo decepcionados al no encontrar «horrores» y un poco inquietos por no saber exactamente cuál era su situación legal respecto a mí. Entonces, subí de nuevo sigilosamente con una caja de cerillas, prendí fuego al montón de papeles, coloqué las sillas y la cama encima de las llamas y dejé que el gas hiciera el resto, por medio de un tubo de goma, y me despedí definitivamente de la habitación.

—¿Prendiste fuego a la casa? —exclamó Kemp.

—¿Que si prendí fuego a la casa? Era el único medio de cubrir mis huellas, y no me cabe duda de que estaba asegurada... Descorrí el cerrojo de la puerta principal y salí a la calle. Me había hecho invisible y entonces empezaba a comprender las extraordinarias ventajas que mi invisibilidad me proporcionaba. Mi cabeza estaba ya rebosante de planes para poner en práctica todas las cosas fantásticas y extraordinarias que ahora podía llevar a cabo con absoluta impunidad.

En Oxford Street

»Al bajar las escaleras por primera vez, tropecé con una inesperada dificultad, por el hecho de que no podía verme los pies. Dos veces estuve a punto de caer, y me moví con desacostumbrada torpeza. Sin embargo, manteniendo la vista apartada del suelo, conseguía andar aceptablemente. Como digo, mi estado de ánimo era de júbilo exaltado. Me sentía como un hombre con una vista perfecta, con silenciosas vestiduras, en una ciudad de ciegos. Experimenté locos impulsos de bromear, de asustar a la gente, de darles palmadas en la espalda, de torcerles los sombreros y, en resumen, de aprovecharme de mis extraordinarias ventajas. Pero acababa de salir a Great Portland Street (la casa donde yo vivía estaba junto a la gran tienda de telas que hay allí), cuando oí un ruido, y recibí un golpe violento en la espalda. Al volverme, vi a un hombre que llevaba una cesta llena de sifones, contemplándolos atónito. Aunque el golpe me había lastimado, me pareció tan cómico su asombro que me eché a reír. «El diablo está dentro de la cesta», le dije quitándosela de la mano. La soltó inmediatamente y yo la levanté en el aire. Pero un cochero entrometido, que estaba de pie junto a la taberna, se precipitó a cogerla y sus dedos extendidos me golpearon violentamente en una oreja. Furioso dejé caer la cesta encima de su cabeza, y entonces, al oír gritos y pisadas que corrían hacia mí, al ver que la gente salía de las tiendas y que los vehículos se detenían, me di cuenta de lo que había hecho, y, maldiciendo mi locura, me apoyé en un escaparate dispuesto a escabullirme en medio de la confusión.



Si no lo evitaba en seguida, me vería mezclado en un tumulto e inevitablemente descubierto. Empujé al chico de la carnicería que, afortunadamente, no se volvió para mirar al vacío que lo echó a un lado, y me escondí detrás de un coche de caballos. No sé cómo se explicarían lo ocurrido. Crucé corriendo la calle y llegué a la otra acera, que por fortuna estaba bastante solitaria. Sin importarme la dirección que tomaba, por el temor a ser descubierto, que el incidente me había hecho sentir, me mezclé con los peatones que recorrían Oxford Street. Intenté pasar inadvertido, pero había

demasiada gente, y en seguida empezaron a tropezar con mis talones. Bajé a la calzada, pero la aspereza del pavimento me lastimó las plantas de los pies, y muy pronto la vara de un coche de caballos me golpeó en un hombro, recordándome que ya había sufrido otras varias contusiones. Me aparté, tambaleándome, evité con movimiento rápido un cochecito de niño y me encontré detrás del cabriolé. Una feliz idea me salvó, y, mientras el caballo seguía al paso, la puse en práctica, temblando y atónito ante el cariz que había tomado mi aventura. Y no sólo temblando, sino tiritando de frío. Era un soleado día de enero. Yo estaba completamente desnudo y la delgada capa de barro que cubría la calzada estaba a punto de helarse. Aunque ahora me parece increíble, no se me había ocurrido que, transparente o no, seguía siendo sensible a la temperatura y a sus consecuencias. Se me ocurrió una magnífica idea. Di un rodeo al vehículo y me metí en él. De aquel modo, tiritando, asustado, con los primeros síntomas de un catarro, dolorido por los golpes que había recibido en la espalda, recorrí Oxford Street y dejé atrás Tottenham Court Road. Mi estado de ánimo era completamente opuesto a aquel con el que había salido a la calle diez minutos antes. *Esta* invisibilidad era algo muy distinto de lo que yo esperaba. El pensamiento que en ese momento me obsesionaba era el modo de salir de aquel aprieto. Pasamos junto a la librería de Mudie, y allí, una mujer muy alta, llevando en la mano cinco o seis libros con etiqueta amarilla, detuvo el coche. Salté al suelo y evité por cuestión de milímetros tropezar con ella, salvándome por milagro de ser atropellado por un tranvía.



Me dirigí hacia Bloomsbury Square con la intención de dejar atrás el Museo y llegar a un distrito más tranquilo. Tenía un frío espantoso, y lo extraño de mi situación me hizo perder de tal modo el dominio de mis nervios que sollocé mientras corría. En una de las esquinas de la plaza, un perrillo blanco salió de las oficinas de la Sociedad de Farmacéuticos e inmediatamente echó a correr en mi dirección pegando la nariz al suelo. No me había detenido anteriormente a pensar en ello, pero el hecho es que la nariz es para el perro lo que los ojos para el hombre. Los perros huelen al hombre, del mismo modo que los hombres perciben su apariencia

visible. Aquel animal empezó a ladrar y a dar saltos demostrando claramente que advertía mi presencia. Crucé Great Russell Street mirando hacia atrás por encima del hombro, y ya había recorrido unas manzanas de Montague Street cuando me di cuenta del nuevo peligro en que me encontraba. Oí entonces un sonido de trompetas y, al mirar al lugar de donde procedía, distinguí a un grupo de gente que salía de Russell Square vestida con jerseys escarlata y que llevaba delante la bandera del Ejército de Salvación [17]. Comprendí que nunca conseguiría atravesar aquella barrera humana que cantaba por la calzada, ni los grupos que los contemplaban en las aceras, y, no deseando retroceder apartándome de nuevo de mi punto de destino, obedecí a un impulso momentáneo y subí a los escalones blancos de un edificio que se alzaba junto al Museo. Permanecí allí esperando a que pasara el desfile. Afortunadamente, el perro se detuvo al oír el ruido de la banda de música, titubeó, y después, dando media vuelta, echó a correr de nuevo hacia Bloomsbury Square. La banda, mientras tanto, seguía avanzando, entonando con inconsciente ironía un himno titulado algo así como «¿Cuándo le veremos la cara?» El tiempo se me hizo interminable mientras la gente pasaba por delante de mí. Los tambores resonaban y de momento no observé que dos chiquillos se detenían junto a mí. «¡Mira!», dijo uno de ellos. «¿Qué?», preguntó el otro. «¿No las ves? Son huellas de un pie *descalco*, como si alguien hubiera pisado el barro.»



Vi que los dos chicos se habían detenido, y miraban con la boca abierta las huellas que yo había ido dejando por los escalones recién pintados. La gente los empujaba al pasar; pero su condenada imaginación les impedía moverse de allí. «¿Cuándo le veremos la cara?», seguían cantando con el acompañamiento de la banda musical. «Aseguraría que un hombre descalzo ha subido estas escaleras», dijo uno de los chicos. «Y no ha vuelto a bajar. Uno de los pies le sangraba.» El Ejército de Salvación ya había pasado. «¡Mira, Ted!», dijo el más joven de los detectives con aire de sorpresa, señalando a mis pies. Bajé la vista y vi que su contorno era trazado por una ligera capa de barro. Por un momento quedé paralizado. «¡Qué raro!», dijo el mayor. «¡Muy raro! Es como la sombra de un pie, ¿verdad?» Titubeé un momento y avanzó con la mano extendida. Un hombre se detuvo para ver qué era lo que quería agarrar y una joven lo imitó. Antes de que transcurrieran

unos segundos me habrían tocado. Entonces comprendí cuál era la solución. Di un paso que obligó al chiquillo a echarse atrás con una exclamación, y con un rápido movimiento salté al pórtico de la casa vecina. Pero el más pequeño de los chiquillos fue lo bastante listo como para comprender algo de lo que ocurría, y antes de que yo bajara los escalones y hubiera llegado a la acera, se había recuperado de su asombro momentáneo y empezó a decir a gritos que los pies habían saltado por encima de la pared. Todos se volvieron, descubriendo mis nuevas huellas en el escalón inferior y en la acera. «¿Qué ocurre?», preguntó alguien. «¡Pies! ¡Mire! ¡Pies que corren solos!» Todo el mundo, excepto mis tres perseguidores, marchaba detrás del Ejército de Salvación, obstaculizándonos el paso tanto a mí como a ellos. Se miraron unos a otros sorprendidos e interrogantes. Sin conseguir evitar el tropezar con un muchacho, logré salir a un claro y, un momento después, eché a correr por el circuito de Russell Square, mientras seis o siete personas estupefactas seguían mis huellas. No tenía tiempo que perder en explicaciones si quería evitar que la multitud me persiguiera. Por dos veces intenté despistarlos doblando esquinas, por tres veces crucé la calle y volví pisando sobre mis huellas anteriores; y a la vez que mis pies iban calentándose y secándose, las húmedas huellas comenzaron a desvanecerse. Por fin tuve un momento de respiro, me quité el barro de los pies con las manos y me salvé de este modo.



Lo último que recuerdo de aquel incidente es un pequeño grupo de unas doce personas estudiando con infinita perplejidad una huella que seguía secándose lentamente y que se debía a que yo había pisado un charco en Tavistock Square. Una huella tan aislada e incomprensible para ellos como el solitario descubrimiento de Robinson Crusoe. Aquella carrera me hizo entrar en calor hasta cierto punto y continué con más ánimo mi camino por las calles menos frecuentadas de aquella zona. Me dolía mucho la espalda y también la garganta, donde me había golpeado el cochero. La piel de mi cuello estaba arañada por sus uñas, tenía los pies muy doloridos y una pequeña herida en uno de ellos me hacía cojear. Vi, a tiempo, a un ciego que se aproximaba, y huí inmediatamente porque temía la sutileza de su instinto. Tropecé accidentalmente una o dos veces con los peatones y los dejé atónitos al murmurar imprecaciones junto a ellos. Después, algo me cayó en la cara, y sobre el pavimento de la plaza descendieron lentamente innumerables y diminutos copos de nieve. Había cogido un resfriado y a pesar de todos los esfuerzos no podía evitar estornudar de vez en cuando. Y cada perro que se aproximaba con el hocico en alto me infundía terror. Poco después vi que se acercaban hombres y niños corriendo y gritando. Había un incendio en la vecindad. Corrían en dirección a mi casa, y al mirar por la bocacalle vislumbré una columna de humo que se elevaba por encima de los tejados y de los cables telefónicos. No me cabía duda de que el incendio era en mi casa. Mi ropa, mis aparatos y todas mis posesiones, excepto el talonario de cheques y los tres cuadernos de apuntes que esperaban ser recogidos en Great Portland Street, estaban allí. Había quemado mis naves literalmente y no podía volverme atrás. Toda la casa estaba en llamas.

El Hombre Invisible hizo una pausa. Kemp miró nerviosamente por la ventana.

—Sí —dijo—. Continúa.

En el emporio

—De aquel modo, en el mes de enero, con una tormenta de nieve a punto de caer (y si cuajaba encima de mí me delataría inevitablemente), cansado, helado, dolorido, sintiéndome profundamente desdichado y no muy convencido aún del hecho de mi invisibilidad, empecé esta nueva vida en la que estoy empeñado. No tenía refugio, ni recursos, ni ser humano en quien confiar en el mundo entero. Revelar mi secreto significaría delatarme, convertirme en un espectáculo y en un fenómeno extraño. Pero, a pesar de todo, sentí impulsos de acercarme a la primera persona que se tropezara en mi camino y ponerme en sus manos. Pero comprendía demasiado claramente el terror y la brutal crueldad que mis explicaciones causarían. No podía hacer proyectos en la calle. Ante todo tenía que resguardarme de la nieve, cubrirme y calentarme. Entonces podría trazar planes. Pero incluso para mí, un Hombre Invisible, todas las casas de Londres estaban cerradas con llaves y cerrojos y me resultaban inexpugnables. Sólo una cosa veía claramente: el frío y el dolor de una nevada en aquella noche solitaria. Y entonces se me ocurrió una idea feliz. Eché a andar por una de las calles que van de Gower Street a Tottenham Court Road, y me encontré en la puerta de Omnium, los grandes almacenes donde se vende de todo. Supongo que los conocerás; venden carne, comestibles, ropa blanca, muebles, ropas, óleos... Una colección de tiendas en una sola. Creí que encontraría la puerta abierta, pero estaba cerrada.



Mientras permanecí junto a ella un carruaje se detuvo a mi lado, y un hombre uniformado, con la palabra *Omnium* en la gorra, abrió la puerta. Conseguí entrar, y recorriendo la tienda (me encontraba en una sección donde vendían cintas, guantes, medias, etcétera) llegué a otra sección más espaciosa dedicada a la venta de cestas y muebles de mimbre. Pero no me sentía a salvo porque los clientes iban de un lado para otro, y recorrí inquieto los diferentes departamentos hasta que, al fin, llegué a una inmensa sección del piso superior que contenía ventanas y centenares de armazones de camas. Trepé por encima de algunas de ellas que se hallaban desarmadas, y, por último, logré descansar encima de una pila de colchones enrollados. Ya habían encendido las luces y en la tienda reinaba una agradable temperatura. Decidí permanecer escondido donde estaba, vigilando a los dos o tres clientes y empleados que andaban por allí hasta que llegara la hora de cerrar. Supuse que entonces podría o robar alimento, ropas y disfraz, o buscar lo que pudiera hacerme falta y quizás dormir en alguna cama. El plan parecía aceptable. Mi idea era procurarme ropas adecuadas para convertirme en una figura embozada, pero presentable, conseguir dinero para recuperar mis libros, tomar una habitación en alguna parte y trazar planes para la completa realización de las ventajas que me concedía mi invisibilidad (según entonces seguía creyendo) sobre el resto de los hombres. La hora de cerrar llegó muy pronto. No habría pasado una hora desde que me subí a la pila de colchones, cuando observé que bajaban las persianas y que los clientes se dirigían a la puerta. Entonces varios empleados empezaron a recoger con extraordinaria presteza las mercancías que se hallaban en desorden. Al vaciarse el local, abandoné mi escondite y recorrí con precaución las secciones menos abandonadas de la tienda. Quedé verdaderamente sorprendido al observar la rapidez con que hombres y mujeres guardaban los objetos que durante el día habían estado expuestos para su venta. Las cajas, las piezas de telas y de encajes, las cestas de dulces, etc., fueron desapareciendo una por una, y todo cuanto no podía guardarse en cajones o en receptáculos especiales era cubierto por un género fuerte, como de saco. Por último, colocaron todas las sillas sobre los mostradores, despejaron los suelos. Cuando uno de los empleados terminaba su cometido, él o ella se dirigía rápidamente hacia la puerta, con una

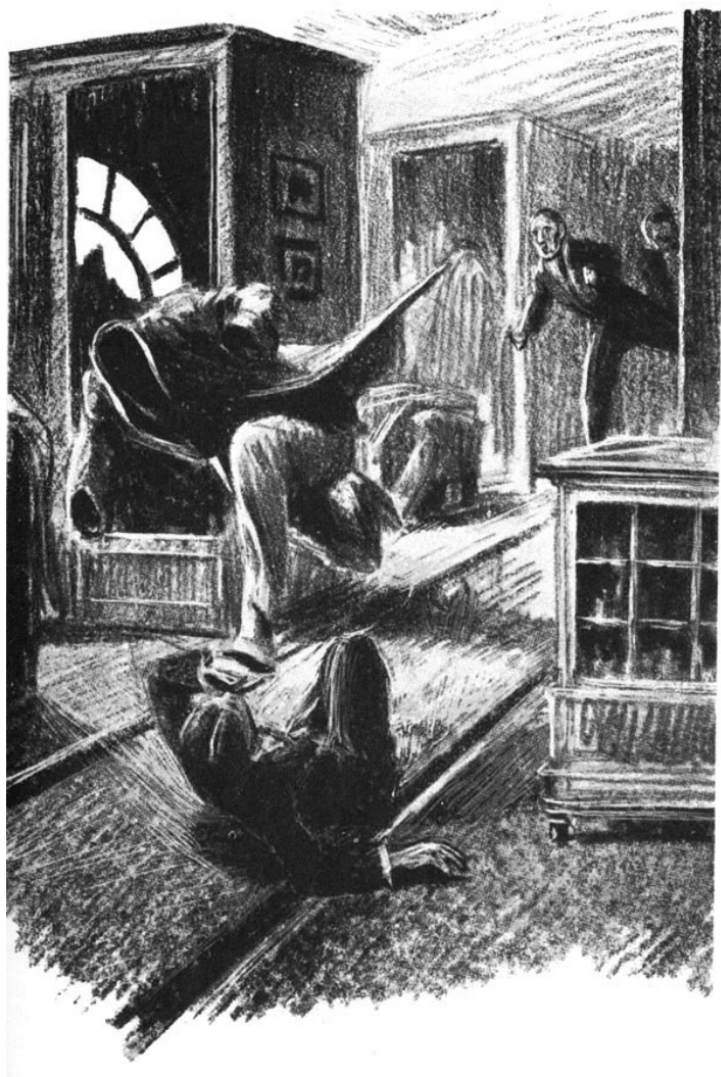
expresión tan animada como pocas veces he visto en un dependiente. Después acudieron varios chiquillos esparciendo serrín y llevando en las manos recogedores y cepillos. Tuve que permanecer alerta para no hacer evidente mi presencia, y, aun así, uno de mis tobillos quedó cubierto de serrín. Durante algún tiempo estuve oyendo el rumor de los cepillos mientras vagaba por los abandonados y oscuros departamentos, y por fin, más de una hora después de haberse cerrado la tienda, llegó hasta mí el eco de las puertas al cerrarse. El silencio envolvió el local y me encontré solo en medio de innumerables departamentos, galerías y escaparates. Recuerdo haberme acercado a una de las entradas que daba a Tottenham Court Road y haber escuchado las pisadas de los peatones por la acera. Mi primera visita fue el lugar donde había visto medias y guantes. Estaba muy oscuro y me costó encontrar cerillas; pero al fin di con ellas en uno de los cajones del escritorio de la cajera. Después me procuré una vela. Tuve que deshacer paquetes y registrar una gran cantidad de cajas y cajones, pero también conseguí encontrar lo que buscaba. Leí en una etiqueta «Pantalones y camisetas de lana». A continuación me puse un par de calcetines, que me aliviaron algo los pies, y después me dirigí a la sección de ropas y me puse unos pantalones, una chaqueta, un abrigo y un sombrero, una especie de sombrero de clérigo con el ala inclinada hacia abajo. Comencé a sentirme otra vez como un ser humano, y mi siguiente pensamiento fue buscar comida. En el piso superior había una cafetería y hallé carne fría. Encontré, también, café; encendí el gas, lo calenté y con eso calmé mi apetito. Más tarde, recorriendo el almacén en busca de mantas (al fin tuve que conformarme con un montón de colchas), tropecé con la sección de confitería, donde había gran cantidad de chocolate y frutas escarchadas, demasiadas, que tomé acompañadas de vino blanco. Cerca de allí había una sección de juguetes. Entonces tuve una idea brillante. Encontré unas narices de cartón para disfraz, y esto me hizo pensar en unas gafas negras. Pero en Omnium no había departamento de óptica. La nariz me había presentado algunas dificultades. Había ideado pintármela; pero el descubrimiento de la sección de juguetes me hizo pensar en pelucas, caretas, etc. Finalmente, me dormí bajo un montón de colchas, sintiéndome muy caliente y cómodo. Mis últimos pensamientos antes de dormir

fueron los más agradables que había tenido desde mi transformación. Me hallaba en un estado de bienestar físico, y esto influyó en mi ánimo. Pensé que me iba a ser fácil deslizarme a la calle por la mañana, sin ser observado, con la ropa que había adquirido, tapándome la cara con una bufanda. Pensaba salir a comprar gafas con el dinero que había robado y completar de este modo mi disfraz. Me sumí en sueños desordenados, en los que se mezclaron todos los sucesos extraordinarios que me habían ocurrido durante los últimos días. Vi al feo y pequeño patrono judío vociferando en sus habitaciones, vi a sus dos hijos haciendo suposiciones, y vi también la expresión de la vieja al escudriñar por mis rincones buscando el gato. Experimenté de nuevo la extraña sensación de ver desvanecerse la tela blanca, y creí hallarme, una vez más, en la colina bañada por el viento y oír musitar al vicario junto a la fosa abierta donde acababan de enterrar a mi padre: «La tierra volverá a la tierra, las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo»[18]. «Tú también», dijo una voz, y de pronto me vi empujado hacia la tumba. Forcejeé, grité, apelé a los concurrentes, pero ellos continuaron en silencio, escuchando las palabras del vicario. Tampoco éste se interrumpió y siguió pronunciando las frases del ritual, entre toses y estornudos. Comprendí que yo era invisible e inaudible, y que unas fuerzas sobrenaturales se habían apoderado de mí. Luché en vano, caí al borde de la fosa, el ataúd resonó bajo el peso de mi cuerpo y sentí que la tierra me caía encima con fuerza. Nadie se preocupaba de mí. Nadie advertía mi existencia. Seguí luchando denodadamente y, al fin, desperté. La pálida luz del amanecer londinense asomaba ya por las ranuras de las persianas. Me senté, y durante unos instantes permanecí preguntándome el significado de aquel amplio departamento con sus mostradores, sus pilas de piezas de tela, sus montones de sábanas y almohadones, y sus columnas de hierro. Entonces, al recordar al fin con claridad, llegó hasta mí el rumor de una conversación. Desde el otro extremo del local, envueltos en una luz más brillante por haber levantado las persianas de aquella zona, vi que dos hombres se aproximaban. Me puse en pie buscando un lugar por donde escapar, y el sonido de mis movimientos les advirtió de mi presencia. Supongo que vieron únicamente una figura que se alejaba silenciosa y rápidamente. «¿Qué es eso?»,

preguntó uno de ellos. «¡Alto!», gritó el otro. Doblé una esquina y me tropecé con un muchacho de unos quince años. No olvides que yo era una figura sin cabeza. Dio un alarido, y yo lo empujé a un lado, doblé otra esquina y, siguiendo una feliz inspiración, me arrojé detrás de un mostrador. Segundos después vi una serie de pies que pasaban junto a mí y oí voces que gritaban: «¡Vigilen las puertas!», que se preguntaban unos a otros lo que ocurría y que se daban consejos para atrapar me. Mientras permanecía en el suelo me sentía completamente aterrado. Pero aunque te parezca extraño, no se me ocurrió quitarme la ropa, que era lo que debía haber hecho. Supongo que estaba completamente decidido a escaparme vestido, y esta idea dominaba a todas las demás. Después, desde el otro extremo del departamento, oí que gritaban: «¡Aquí está!» Me puse en pie de un salto, cogí una silla de las que estaban encima del mostrador, y la arrojé a la cabeza del idiota que había gritado. Eché a correr, tropecé con otro empleado en una esquina, le eché a un lado con violencia, y comencé a subir los escalones. El recobró el equilibrio, lanzó una interjección y subió corriendo, pisándome los talones. Descubrí en lo alto una pila de vasijas de colores... ¿Sabes a lo que me refiero?

—Vasijas artísticas, supongo - dijo Kemp.

—¡Eso es! Bueno, pues al llegar a lo alto de las escaleras, cogí una de ellas y se la rompí en la cabeza cuando se me acercó. Toda la pila cayó entonces al suelo con estrépito y oí gritos y pisadas por todas partes. Me dirigí a la sección de refrescos. Allí había un hombre vestido de blanco como un cocinero, que se unió a mis perseguidores. Eché a correr con desesperación, una vez más, y me encontré entre lámparas y objetos de hierro tallado. Me escondí detrás del mostrador, y esperé al cocinero. Cuando llegó a la cabeza del grupo, le golpeé con fuerza con una lámpara. Cayó al suelo, y, arrodillándome detrás del mostrador, comencé a quitarme la ropa tan de prisa como me fue posible. Me resultó fácil despojarme del abrigo, la chaqueta, los pantalones y los zapatos, pero una camiseta de lana se adhiere al cuerpo como una nueva piel. Los hombres se acercaban, mi cocinero estaba inmóvil en el suelo al otro lado del mostrador sin sentido o tan asustado que le era imposible hablar. Yo tenía que intentar de nuevo salir, como un conejo acorralado.



«Por aquí, guardia», oí que alguien gritaba. Me encontré de nuevo en el departamento de venta de camas y vi que, al final, había varios armarios. Me dirigí hacia ellos precipitadamente, me escondí y, después de infinitos esfuerzos, me liberé de la camiseta. Me hallaba de nuevo libre, jadeante y asustado, cuando el policía y tres de los empleados entraron en el departamento. Se dirigieron en línea recta adonde estaban la camiseta y los calzoncillos de lana y cogieron los pantalones. «Está deshaciéndose de lo que ha robado —dijo uno de los empleados—, *Tiene* que estar por aquí.» Pero, a pesar de todo, no consiguieron encontrarme. Permanecí durante algún tiempo contemplándolos mientras me buscaban y maldiciendo mi mala suerte al tener que deshacerme de la ropa. Después entré en el departamento de refrescos, me serví un vaso de leche[19] que encontré, y me senté junto al fuego para reflexionar sobre mi situación. Poco después entraron dos empleados y empezaron a hablar del asunto del modo más tonto. Oí una magnífica exposición de mis crímenes y varias teorías acerca de mi posible escondite. Sin escuchar más, comencé de nuevo a hacer planes. La principal dificultad consistía, ahora que se había dado la voz de alarma, en sacar las cosas del almacén. Bajé al primer piso para ver si había alguna posibilidad de hacer un paquete y escribir una dirección en la etiqueta, pero no conseguí entender el sistema de comprobación. A eso de las once, viendo que la nieve se derretía al caer y que hacía mejor día y menos frío que el anterior, decidí que no conseguía sacar ventaja del Omnium y salí de nuevo a la calle, exasperado por mi falta de éxito, y sin trazar ningún plan de acción definitivo.

En Drury Dane

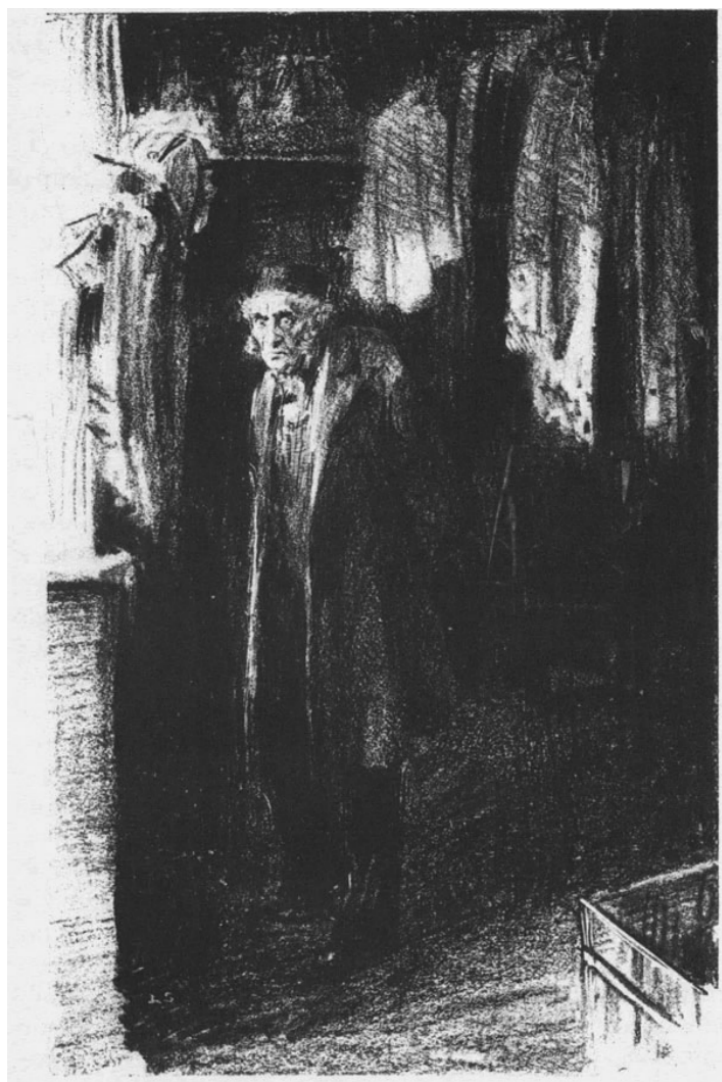
—Empezarás a darte cuenta —dijo el Hombre Invisible— de lo molesto de mi situación. No tenía refugio, ni ropa, y vestirme era perder todas mis ventajas y convertirme en un ser extraño y terrible. Tenía que guardar ayuno forzoso, porque el comer, el llenarme con sustancia no asimilada, sería hacerme grotescamente visible de nuevo.

—Eso no se me había ocurrido —dijo Kemp. .

—Ni a mí. Y la nieve me había advertido de otros peligros. No podía salir a la calle cuando nevara, porque, al posarse los copos sobre mí, me delatarían. También la lluvia me convertiría en una sombra acuosa, en la superficie brillante de un hombre, en una burbuja. Y en la niebla, sería una burbuja más confusa, un contorno, un destello grisáceo de la humanidad. Además, al salir a la calle, en Londres, comenzó a amontonárseme polvo y hollín sobre la piel. No sabía cuánto tiempo tardaría en hacerme visible por esa causa; pero comprendí claramente que no sería mucho. Al menos, en Londres. Me dirigí hacia los barrios bajos en dirección a Great Portland Street y me encontré al extremo de la calle donde había vivido. No fui en dirección a mi casa porque había un grupo de gente frente a las ruinas, aún humeantes, del edificio que yo había incendiado. Mi inmediato problema era adquirir algo de ropa. Entonces vi en una de esas tiendas donde se venden juguetes, dulces, artículos de escritorio, objetos de Navidad y tantas otras cosas, un despliegue de máscaras y narices postizas, y me percaté de que había resuelto el problema y sabía el camino que tomar. Volví atrás, ahora con un objetivo fijo, y di varios rodeos para evitar las calles concurridas, en dirección a la parte norte del Strand[20], porque recordaba que algunos vendedores de trajes para el teatro habían puesto tiendas en aquel distrito. Hacía mucho frío y un

viento cortante barría las calles que daban al norte. Yo andaba de prisa para evitar ser atropellado. Cada cruce era un peligro, cada peatón algo que había que vigilar cuidadosamente. Cuando estaba a punto de adelantar a un hombre que andaba por Bedford Street, se volvió bruscamente y tropezó conmigo enviándome a la calzada, donde casi estuve a punto de ser atropellado por un simón que pasaba en aquel momento. El veredicto del cochero fue que el peatón había sufrido algún ataque. Este tropiezo me dejó tan acobardado, que me dirigí al mercado de Covent Garden[21] y permanecí sentado durante algún tiempo en un rincón tranquilo, junto a un puesto de violetas, tembloroso y sin respiración. Descubrí que había cogido un nuevo resfriado y tuve que salir al exterior casi inmediatamente, por miedo a que mis estornudos llamaran la atención. Por fin encontré lo que buscaba, una tiendecita sucia y oscura en una callejuela lateral cerca de Drury Lane, con un escaparate lleno de trajes de lentejuelas, joyas falsas, pelucas, zapatillas, dominós y fotografías de teatro. Era una tienda baja, anticuada y tenebrosa, y el edificio que se alzaba sobre ella tenía cuatro pisos igualmente oscuros. Miré por la ventana y, no distinguiendo a nadie dentro, entré. Al abrir la puerta, una campana comenzó a sonar de un modo estridente. La dejé abierta y me dirigí a un rincón, detrás de un gran espejo. Pasó un minuto sin que nadie apareciera. Después oí fuertes pisadas que atravesaban una habitación y vi a un hombre que entraba en la tienda. Mis planes estaban ahora perfectamente definidos. Me proponía entrar en la casa, subir secretamente al piso de arriba, esperar la oportunidad y, cuando todo estuviera silencioso, revolver las mercancías hasta dar con una peluca, una máscara, un par de gafas y un traje, y salir después al mundo convertido en una figura quizá grotesca, pero al menos aceptable. Y al mismo tiempo, por supuesto, pensaba robar el dinero que encontrara. El hombre que entró en la tienda era de baja estatura, ligeramente encorvado, cejudo, de brazos larguísimos y piernas muy cortas y arqueadas. Por lo visto había interrumpido su comida. Escudriñó la tienda a la expectativa. Su expresión de tranquilidad dio paso a otra de sorpresa y después de ira, al ver que la tienda estaba vacía. «¡Malditos chiquillos!», dijo. Salió a la puerta y recorrió la calle con la vista en todas direcciones. Un minuto después volvió a entrar, dio un furioso puntapié a la puerta y entró

murmurando en la vivienda. Me adelanté para seguirle, y al percibir el ruido de mi movimiento, se detuvo en seco. Yo le imité, sobresaltado por su extraordinaria sensibilidad auditiva. Entonces me dio con la puerta en las narices. Durante unos instantes titubeé, y de pronto oí sus pasos que volvían y vi que la puerta se abría de nuevo. Escudriñó la tienda con el aire de quien no está satisfecho del todo, y después, murmurando para sí, miró detrás del mostrador y de varios maniqués. Hecho esto permaneció en el centro del local, indeciso. Había dejado la puerta abierta y logré deslizarme a la habitación interior. Se trataba de un cuarto muy pequeño, pobremente amueblado, y en un rincón del cual había unas cuantas caretas grandes. Sobre la mesa esperaba su tardío desayuno. Me resultó terriblemente exasperante, Kemp, verme obligado a oler su café y permanecer inmóvil, contemplándole cuando volvió y se dispuso a seguir comiendo. Además, sus modales vulgares me irritaron.



Tres puertas daban a aquella habitación. Por una de ellas se subía al piso de arriba y por otra se bajaba al sótano, pero todas estaban cerradas. No me sería posible salir de la estancia mientras él estuviera en ella. Apenas podía moverme porque todos sus sentidos estaban alerta, y una corriente de aire frío me daba en la espalda. Por dos veces ahogué con grandes dificultades un estornudo. Mis sensaciones eran muy variadas y nuevas, pero mucho antes de que terminara su desayuno me encontraba terriblemente cansado y furioso. Por fin dio término a su comida, colocó sus míseros cacharros en la bandeja negra de metal sobre la cual estaba la tetera, y, reuniendo las migas en el mantel lleno de manchas de mostaza, se lo llevó todo consigo. Su carga le impidió cerrar la puerta tras sí, como sin duda hubiera hecho de tener las manos libres. Nunca vi a un hombre que tuviera tan desarrollada como él la manía de cerrar las puertas. Le seguí hasta una cocina que a la vez era lavadero, ambos muy sucios, en el sótano. Tuve el gusto de observarle cuando se puso a fregar, y después, al comprender que no sacaría ninguna ventaja permaneciendo allí, y puesto que el suelo de baldosas me resultaba muy frío, volví al piso de arriba y me senté en su silla, junto al fuego. Como se estaba apagando, añadí, inconscientemente, un poco de carbón. El ruido le hizo subir al momento y miró colérico por todas partes. Inspeccionó la habitación y estuvo a punto de tocarme. Ni siquiera después de ese examen meticuloso parecía quedar satisfecho. Se detuvo en el umbral y lo escudriñó todo de nuevo, antes de bajar. Esperé en aquella salita durante una eternidad, y, por último, subió y abrió la puerta que daba a las escaleras ascendentes. Lo seguí, pisándole los talones. En la escalera se detuvo bruscamente, de modo que por muy poco no tropecé con él. Miró hacia abajo a través de mi cara, sin dejar de escuchar. «Hubiera jurado...», dijo. Con su mano larga y peluda se tiró del labio inferior y sus ojos recorrieron las escaleras de un extremo a otro. Entonces gruñó y siguió subiendo. Puso la mano en el picaporte de una puerta y allí se detuvo una vez más, con la misma expresión de cólera retratada en el semblante. Advertía perfectamente el débil sonido de mis movimientos junto a él. Aquel hombre debía de tener un sentido del oído diabólicamente desarrollado. De pronto, la ira lo dominó: «Si hay alguien en la casa...», gritó con un juramento, sin terminar su amenaza. Se llevó

la mano al bolsillo, no encontró lo que buscaba, y, pasando junto a mí, bajó las escaleras haciendo mucho ruido y dispuesto a pelear. Pero yo no le seguí, sino que permanecí en lo alto de las escaleras hasta su regreso. Poco después vi que subía de nuevo, murmurando aún. Abrió la puerta de la habitación y, sin darme tiempo a entrar, la cerró de un portazo. Decidí explorar la casa, y pasé algún tiempo haciéndolo tan silenciosamente como me fue posible. Era muy vieja y destartalada, tan húmeda que el papel con que estaban recubiertas las paredes se caía a tiras, y estaba infestada de ratas. Casi todos los picaportes de las puertas chirriaban, y no me atreví a tocarlos. Algunas de las habitaciones que inspeccioné estaban sin muebles, y otras llenas de objetos de teatro comprados de segunda mano, a juzgar por su apariencia. En la habitación contigua a la suya encontré una gran cantidad de ropa. Me puse a rebuscar entre ella, y, dominado por la ansiedad, olvidé de nuevo la agudeza evidente de su oído. Oí pasos cautelosos, y, levantando la vista a tiempo, vi que examinaba el montón desordenado de ropas y trastos viejos, llevando en la mano un anticuado revólver. Permanecí completamente inmóvil mientras él miraba por todos los rincones con la boca abierta, lleno de desconfianza. «Debe de haber sido ella —dijo lentamente—. ¡Maldita sea!» Cerró la puerta sin ruido y, en seguida, oí que la llave giraba en la cerradura. Entonces, sus pisadas se retiraron. Comprendí que estaba encerrado, y durante un minuto no supe qué hacer. Anduve de la puerta a la ventana y permanecí perplejo. Una ola de cólera me invadió. Pero decidí inspeccionar la ropa antes que nada. En uno de mis primeros intentos dejé caer al suelo un montón de trajes de uno de los estantes superiores. El ruido le hizo volver, más siniestro que nunca. Esta vez llegó a tocarme, retrocedió de un salto, estupefacto, y permaneció asombrado en el centro de la habitación. Al poco rato se calmó. «Ratas», dijo en voz baja tirándose del labio. Era evidente que estaba un poco asustado. Salí furtivamente de la habitación, sin poder evitar un crujido de una madera. Entonces aquel bruto infernal se puso a recorrer toda la casa, revólver en mano, cerrando puerta tras puerta con llave, guardándose el llavero después en el bolsillo. Cuando comprendí lo que se proponía, sentí que me dominaba la ira. A duras penas logré calmarme para esperar el momento oportuno. Por entonces sabía ya que estaba solo en la

casa. Así pues, sin esperar más, lo golpeé en la cabeza.

—¿Lo golpeaste? —exclamó Kemp.

—Sí, lo golpeé mientras bajaba las escaleras. Le arrojé un taburete que había en el descansillo y bajó rodando como un saco de botas viejas.

—¡Pero...! Las leyes más elementales de humanidad...

—Están muy bien para la gente normal. Pero el hecho es, Kemp, que tenía que salir disfrazado de aquella casa sin que me vieran y no se me ocurrió otro medio más eficaz de conseguirlo. Después, lo amordacé con un chaleco Luis XIV, y lo envolví en una sábana.

—¡Lo envolviste en una sábana!

—Hice con ella una especie de bolsa. Fue una buena idea para mantener a aquel idiota asustado e inmóvil. Y, además, era muy difícil que se librara de ella... Eso, sin contar la cuerda con que lo até.



Mi querido Kemp, es inútil que me mires indignado como si hubiera cometido un asesinato. Aquel hombre tenía un revólver. Si me hubiera descubierto, hubiera podido delatarme...

—Pero... - dijo Kemp—. En Inglaterra... Hoy en día... Además, aquel hombre estaba en su casa y tú, al fin y al cabo, estabas...

robando.

—¡Robando! ¡Maldita sea! ¡Acabarás por llamarme ladrón! Francamente, Kemp, no creí que fueras tan anticuado. No te das cuenta de la situación en que me encontraba.

—¡Y él también! dijo Kemp.

El Hombre Invisible se puso en pie bruscamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

La expresión del rostro de Kemp se endureció. Estuvo a punto de hablar, pero logró dominarse.

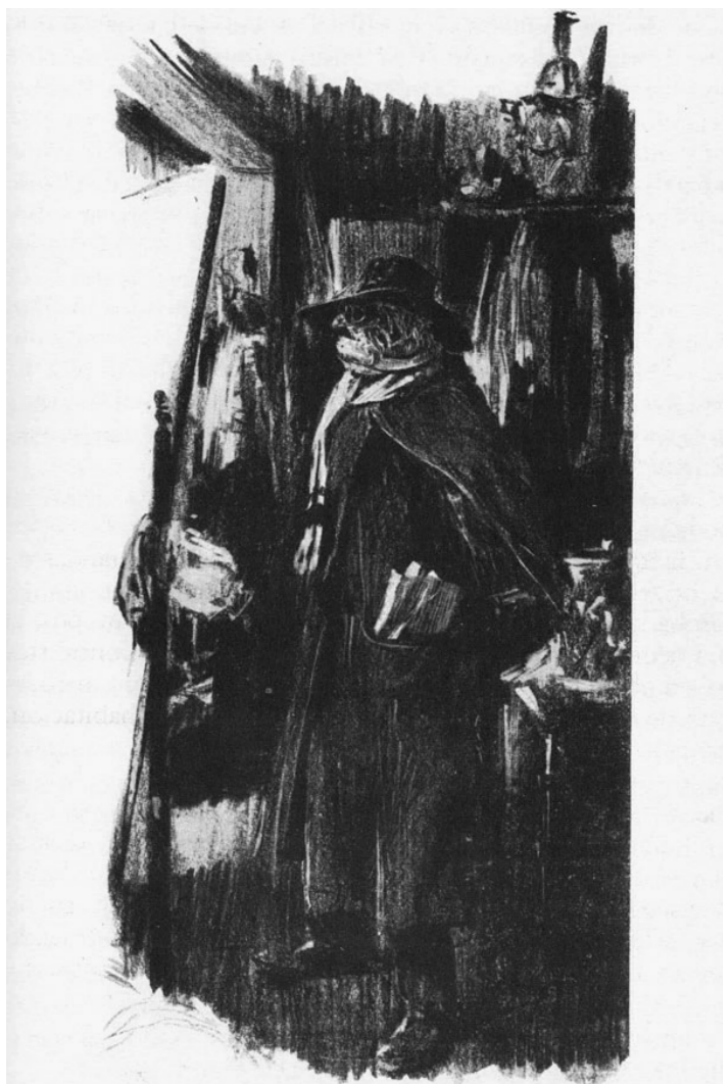
—Bueno, supongo que después de todo no tuviste más remedio que hacerlo dijo cambiando de actitud—. Estabas en un apuro, pero...

—Claro que estaba en un apuro. ¡En un apuro infernal! Y, además, conseguí ponerme furioso con su búsqueda persistente, tonteando con su revólver y con su manía de cerrar las puertas con llave. Era sencillamente exasperante. No me lo reprochas, ¿verdad?

—Nunca hago reproches a nadie respondió Kemp—. Eso está ya anticuado. ¿Qué hiciste después?

—Tenía hambre. En el piso de arriba encontré algo de pan y un pedazo de queso rancio. Bebí un poco de coñac con agua y pasé por encima del improvisado paquete (estaba completamente inmóvil) en dirección a la habitación en la que viera aquella ropa. Por la ventana, enmarcada por dos mugrientas cortinas de encajes, se veía la calle. Me acerqué y miré al exterior por las ranuras. Hacía un hermoso día, que contrastaba con las sombras de la tenebrosa casa en que me encontraba. En día deslumbradoramente brillante. El tráfico de la calle era grande: carros de frutas, un simón, un coche lleno de cajas y el carro de un pescadero. Me volví a inspeccionar el mobiliario sombrío mientras motas de color danzaban ante mi vista. Mi exaltación comenzaba de nuevo a dar paso a una profunda aprensión ante la situación en que me encontraba. La habitación olía levemente a benzol, que supongo utilizaría para limpiar la ropa. Comencé a hacer un registro sistemático. Deduje que el jorobado debía vivir desde hacía algún tiempo solo en la casa. Era un hombre extraño... Reuní en el ropero todo cuanto pudiera servirme, y después hice una selección. Encontré una cartera que me pareció útil, y polvos blancos, pinturas y esparadrapo. Primeramente pensé pintarme la cara y cuantas partes de mi cuerpo

quedaban a la vista, a fin de hacerme visible. Mas para ello necesitaba trementina, otros utensilios, y bastante espacio de tiempo antes de que me fuera posible desaparecer de nuevo. Finalmente, elegí una nariz poco llamativa, que, aunque ligeramente grotesca, no lo era más que las narices de muchos seres humanos, gafas oscuras, unos bigotes canosos y una peluca. No encontré ropa interior, pero eso podría comprarlo más tarde y, de momento, me enfundé en un disfraz de dominó de calicó, y unas cuantas bufandas de cachemira [22] blanca. No encontré calcetines, pero las botas del jorobado me estaban bastante amplias y bastaban por el momento. En uno de los cajones del escritorio encontré tres soberanos y unos treinta chelines de plata y, en un armario cerrado con llave que descubrí en la primera habitación, había ocho soberanos de oro. De nuevo estaba equipado para salir al mundo. Pero entonces vacilé. ¿Era verdaderamente aceptable mi aspecto? Me miré en un espejo de tocador inspeccionándome de pies a cabeza desde diversos ángulos para descubrir algún fallo, pero no conseguí hallar ninguno. Resultaba una figura grotesca y teatral, pero no era, ciertamente, de una imposibilidad física. Reuniendo todo mi valor, bajé el espejito a la tienda, eché las cortinas



y acabé de mirarme con la ayuda del espejo de cuerpo entero que había en un rincón. Pasé varios minutos sin acabar de decidirme y, al fin, abrí la puerta de entrada y salí a la calle, dejando al hombrecillo que saliera de la sábana cuando quisiera. Cinco minutos después, diez o doce manzanas me separaban de la tienda. Nadie pareció fijarse en mí de manera especial. La última de mis dificultades parecía haber sido resuelta.

El Hombre Invisible guardó silencio nuevamente.

—¿Y no volviste a ocuparte del jorobado? -dijo Kemp.

—No —respondió el Hombre Invisible—. No he sabido lo que fue de él. Supongo que se desató o que desgarró la sábana para salir. Probablemente haría esto último, porque até los nudos con fuerza.

Guardó silencio, se acercó a la ventana y miró al exterior.

—¿Qué pasó cuando saliste al Strand?

—¡Oh! Sufrí una nueva decepción. Creí que mis apuros habían terminado y pensé que podía hacer impunemente cuanto se me antojara. Todo menos revelar mi secreto. Eso creí. Lo que hiciera y lo que fueran sus consecuencias no me importaba en absoluto. En caso de apuro, no tenía más que arrojar a un lado mi ropa y desaparecer. Nadie podría capturarme. Podía coger dinero de donde lo encontrara. Decidí darme un opíparo banquete y, después, acercarme a un buen hotel y acumular nuevos bienes. Me sentía extraordinariamente alegre y confiado. No me resulta agradable reconocer que fui un idiota. Entré en un restaurante, y estaba ya eligiendo el menú, cuando recordé que no podía comer sin exponer a la luz mi cara invisible. Terminé de dar las órdenes al camarero, le dije que necesitaba alejarme durante diez minutos y salí a la calle exasperado. No sé si alguna vez habrás sufrido alguna decepción semejante.



—No —dijo Kemp—. Pero me imagino lo que debe ser.

—Me hubiera gustado golpear a todo el mundo. Por fin, sin poder controlar mi deseo de una comida abundante, entré en otro local y solicité una habitación privada. «Estoy terriblemente desfigurado», dije. Me miraron con curiosidad, pero, como aquello no era de su incumbencia, al fin conseguí comer. No fue una comida muy bien servida, pero sí abundante, y cuando hube terminado permanecí sentado fumando un puro y trazando un plan de acción. Vi que en la calle comenzaba a caer otra nevada. Cuanto más pensaba en ello, Kemp, más claramente comprendía lo absurdo que es ser un Hombre Invisible y vivir en un clima frío y sucio, en una ciudad civilizada y llena de gente. Antes de poner en práctica el experimento, había soñado con mil ventajas. Pero aquella tarde comprendí que todas mis posibilidades resultarían decepcionantes. Repasé mentalmente todo cuanto el hombre considera deseable. No cabía duda de que la invisibilidad permitía obtenerlo; pero hacía que resultara imposible disfrutar de ello una vez obtenido. ¿Ambición...? ¿De qué sirve estar orgulloso de un edificio o de un

lugar, si no se puede aparecer en él? ¿De qué sirve el amor de una mujer cuando su nombre debe ser necesariamente Dalila? [23] No me gusta la política, ni las canalladas de la fama, ni la filantropía, ni los deportes. ¿Qué podía hacer? ¿Para esto me había convertido en un misterio embozado, en la vendada caricatura de un hombre?

Hizo una pausa, y por su postura Kemp dedujo que estaba mirando hacia la ventana.

—Pero ¿cómo llegaste a Iping? —preguntó el médico, ansioso de que su invitado siguiera hablando.

—Fui allí para trabajar. Me quedaba una esperanza. No era una idea perfectamente definida. Sigo teniéndola ahora, pero ya como algo complejo. Un medio de volver, de recuperar lo que he perdido cuando lo desee, cuando haya hecho todo cuanto pienso hacer valiéndome de mi invisibilidad. Y de esto, principalmente, es de lo que quiero hablarte ahora...

—¿Fuiste directamente a Iping?

—Sí. No tuve más que recoger mis tres cuadernos de notas y mi talonario de cheques, mi equipaje y mi ropa recién adquirida, encargar una cantidad de instrumentos que me eran necesarios para poner en práctica mi idea (te enseñaré las fórmulas en cuanto recupere los libros) y me puse en camino. Recuerdo la tempestad de nieve y lo molesto que resultaba tener que estar pendiente de que la nieve no humedeciera mi nariz de cartón piedra...

—Y, al fin —dijo Kemp—, anteayer, cuando te descubrieron, a juzgar por lo que dice el periódico...

—Sí. ¿Maté a ese idiota de policía?

—No —repuso Kemp—. Creo que se repondrá.

—Entonces tuvo suerte. Perdí el control de mis nervios. ¡Idiotas! ¿Y el otro patán de los ultramarinos?

—Se cree que no morirá nadie —dijo Kemp.

—No estoy yo muy seguro de eso en lo que se refiere al vagabundo —exclamó el Hombre Invisible con risa desagradable—. ¡Válgame Dios, Kemp, no sabes lo que es la cólera! ¡Haber trabajado durante años, haber trazado toda clase de proyectos, para que después un imbécil ignorante y ofuscado se interponga en tu camino...! Cada una de las criaturas sin cerebro que han sido creadas es una cruz para mí... Si esto sigue así, me volveré loco y acabaré por matarlos a todos. Han conseguido que todo me resulte

mil veces más difícil.

—Sin duda que es exasperante —dijo Kemp, secamente.

El plan que fracasó

—Pero ahora —dijo Kemp echando una mirada al exterior de la ventana—, ¿qué vamos a hacer?

Al hablar se acercó más a su invitado para evitar la posibilidad de que advirtiera a los tres hombres que avanzaban por la carretera, con intolerable lentitud, según le pareció.

—¿Qué pensabas hacer cuando te dirigiste a Port Burdock? ¿Tenías algún plan?

—Pensaba salir del país. Pero he cambiado de opinión después de haberme encontrado contigo. Pensaba que sería prudente, ahora que la temperatura es cálida y la invisibilidad posible, dirigirme hacia el Sur, sobre todo por ser mi secreto ya conocido y porque todo el mundo estará a la búsqueda de un hombre enmascarado y embozado. Desde aquí sale una línea de barcos para Francia. Mi idea era embarcar y correr los riesgos del viaje. Desde allí iría por tren a España o bien a Argelia. No creo que resultara difícil. Allí, un hombre puede ser invisible sin temor al frío. Y hacer cosas. Estaba utilizando a aquel vagabundo como caja de caudales y portaequipajes, hasta decidir cómo hacer llegar mis libros y mis otras pertenencias hasta el lugar donde me instalara.

—Eso está claro.

—¡Y entonces, el muy canalla decide robarme! Ha escondido mis libros, Kemp. ¡Ha escondido mis libros! ¡Si consigo echarle el guante...!

—Creo que lo primero y principal es conseguir quitarle los libros.

—Pero ¿dónde está? ¿Lo sabes?

—Está en la estación de policía del pueblo, encerrado, a petición suya, en la celda más segura.

—¡Perro! —exclamó el Hombre Invisible.

—Eso retrasará algo tus planes.

—Tenemos que recuperar esos libros. Esos libros son de vital importancia.

—Por supuesto —dijo Kemp con cierto nerviosismo, preguntándose si lo que oía era rumor de pisadas—. Tenemos que recuperar esos libros. Pero eso no será muy difícil si ignora lo que significan para ti.

—No —respondió el Hombre Invisible pensativo.

Kemp intentó encontrar un tema para continuar la conversación, pero el Hombre Invisible siguió hablando sin necesidad de insistirle.

—El hecho de haber entrado en tu casa, Kemp, altera todos mis planes, porque tú eres un hombre que puedes comprenderme. A pesar de todo cuando ha sucedido, a pesar de esta publicidad, de la pérdida de mis libros y de todo lo que he sufrido, quedan aún grandes posibilidades, enormes posibilidades... ¿Has dicho a alguien que estoy aquí? —preguntó bruscamente.

Kemp titubeó.

—Eso quedaba sobreentendido —repuso.

—¿Se lo has dicho a alguien? —insistió Griffin.

—Ni a un alma.

—¡Ah! Ahora... —el Hombre Invisible se puso en pie, con los brazos en jarras, y comenzó a recorrer la habitación—. Cometí una equivocación, Kemp, una enorme equivocación al llevar a cabo este experimento solo. He desperdiciado energía, tiempo, oportunidades. ¡Solo! ¡Es extraordinario lo poco que puede un hombre solo! Robar algo, herir a alguien, y eso es todo. Lo que yo necesito, Kemp, es una persona que me ayude y un lugar seguro donde esconderme; un lugar donde poder dormir, comer y descansar en paz, sin despertar sospechas. Necesito un aliado. Con un aliado, alimento y descanso, son posibles mil cosas. Hasta ahora, mis planes han sido vagos. Tenemos que considerar lo que significa la invisibilidad y lo que no significa. No es muy útil para espiar, porque se hace ruido. Es de poca ayuda para robar en las casas ajenas, y una vez que me han capturado, pueden aprisionarme fácilmente. Pero, por otro lado, soy difícil de agarrar. La invisibilidad, en resumen, sólo sirve en dos casos. Es útil para escapar, es útil para aproximarse. Por lo tanto, es particularmente útil para matar. Puedo acercarme a un hombre,

tenga el arma que tenga, elegir el lugar, golpear como desee, eludir la persecución y escapar como desee.

Kemp se llevó una mano al bigote. ¿Había oído algún movimiento en el piso de abajo?

—Y lo que tenemos que hacer es matar, Kemp —dijo el Hombre Invisible.

—Y lo que tenemos que hacer es matar —repitió Kemp—. Aunque escucho tus planes, Griffin, te advierto que no estoy de acuerdo. ¿*Por qué* matar?

—No hablo de matar sin ton ni son, sino con método. Se trata de lo siguiente: Todos saben que existe un Hombre Invisible, como nosotros sabemos que existe un Hombre Invisible. Y ese Hombre Invisible, Kemp, debe establecer ahora el Reinado del Terror. Sí; no cabe duda de que es espantoso, pero hablo en serio. El Reinado del Terror. Debe tomar cualquier pueblo, como tu Burdock, y aterrorizarlo y dominarlo. Debe dar órdenes. Puede hacerlo de mil modos, pero bastará introducir un papel escrito por debajo de las puertas. Y debe matar a todos cuantos desobedezcan sus órdenes y a todos aquellos que los defiendan.

—¡Hum! —dijo Kemp, sin escuchar a Griffin, sino preocupado por el ruido que hacía la puerta de entrada al abrirse y cerrarse—. Me parece, Griffin —dijo para disimular su distracción—, que tu cómplice se encontraría en una situación muy difícil.

—Nadie sabría quién es mi cómplice —explicó el Hombre Invisible. De pronto exclamó—: ¡*Calla!* ¿Qué es ese ruido en el piso de abajo?

—Nada —dijo Kemp, que de pronto empezó a hablar en voz alta y muy de prisa—. No estoy de acuerdo contigo, Griffin. Compréndeme. Te repito que no estoy de acuerdo. ¿Por qué soñar con dominar a la raza humana? ¿Cómo esperas obtener la felicidad? No seas tan egoísta. Publica el resultado de tu experimento. Confía en el mundo; confía, al menos, en tu patria. Piensa lo que podrías hacer con la ayuda de un millón de personas...

El Hombre Invisible le interrumpió.

—Oigo pisadas en esta dirección —dijo en voz baja.

—¡Tonterías! —contestó Kemp.

—Déjame ver —insistió el Hombre Invisible, avanzando con el brazo extendido hacia la puerta.

Y entonces los acontecimientos se sucedieron muy de prisa. Kemp vaciló durante un segundo y se movió para impedirle el paso. El Hombre Invisible, sorprendido, permaneció inmóvil.

—¡Traidor! —gritó la voz.

De pronto, la bata se abrió; y, sentándose, el Hombre Invisible empezó a desnudarse. Kemp dio tres pasos rápidos hacia la puerta e inmediatamente el Hombre Invisible, cuyas piernas se habían esfumado, se puso en pie lanzando una exclamación. Kemp abrió la puerta de par en par.

En aquel momento se oyeron pisadas apresuradas y voces que provenían del piso inferior.

Con un rápido movimiento, Kemp empujó al Hombre Invisible, dio un salto y cerró la puerta de un portazo. La llave estaba en el exterior, preparada para la ocasión. Un momento después Griffin se hubiera encontrado prisionero, encerrado en el estudio, a no ser por un pequeño detalle. La llave había sido introducida con precipitación aquella mañana, y cuando Kemp cerró la puerta con fuerza, cayó al suelo.

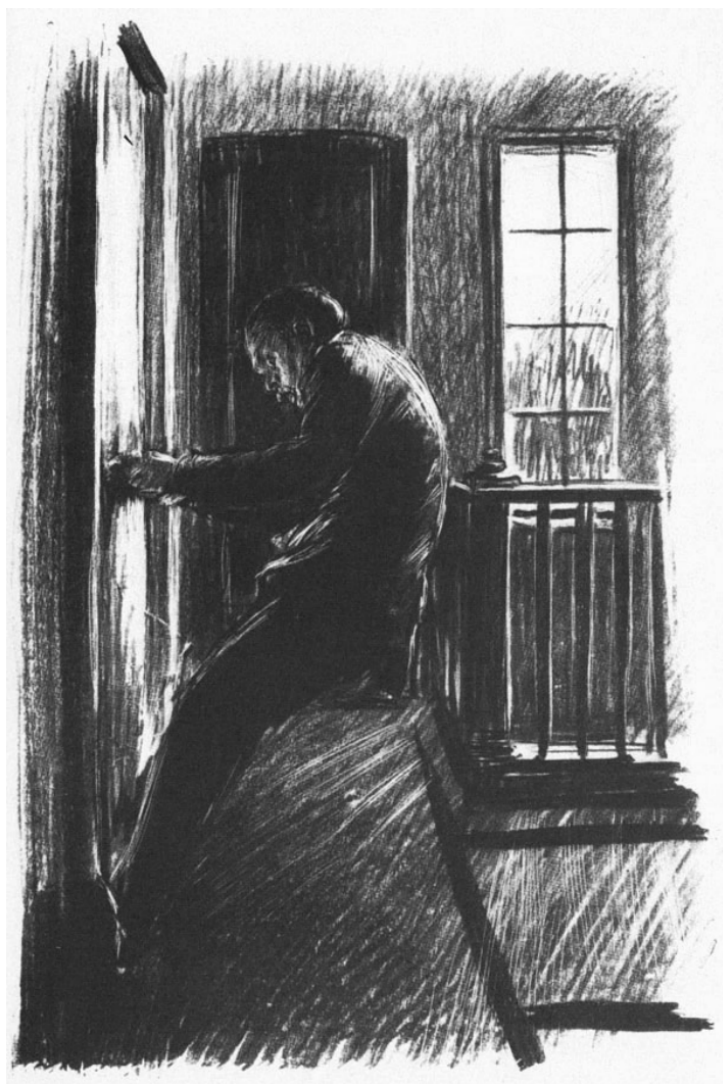
El médico palideció. Intentó agarrar el picaporte con las dos manos y, durante unos instantes, permaneció tirando. Después, la puerta cedió unos centímetros, pero Kemp consiguió cerrarla de nuevo. La segunda vez se abrió lo suficiente para dejar paso a un pie, y la bata se introdujo en la abertura. Unos dedos invisibles lo cogieron por la garganta, y abandonó el picaporte para defenderse. Sintió que lo empujaban, que le echaban la zancadilla y que era arrojado pesadamente a un rincón. La bata vacía cayó sobre él.

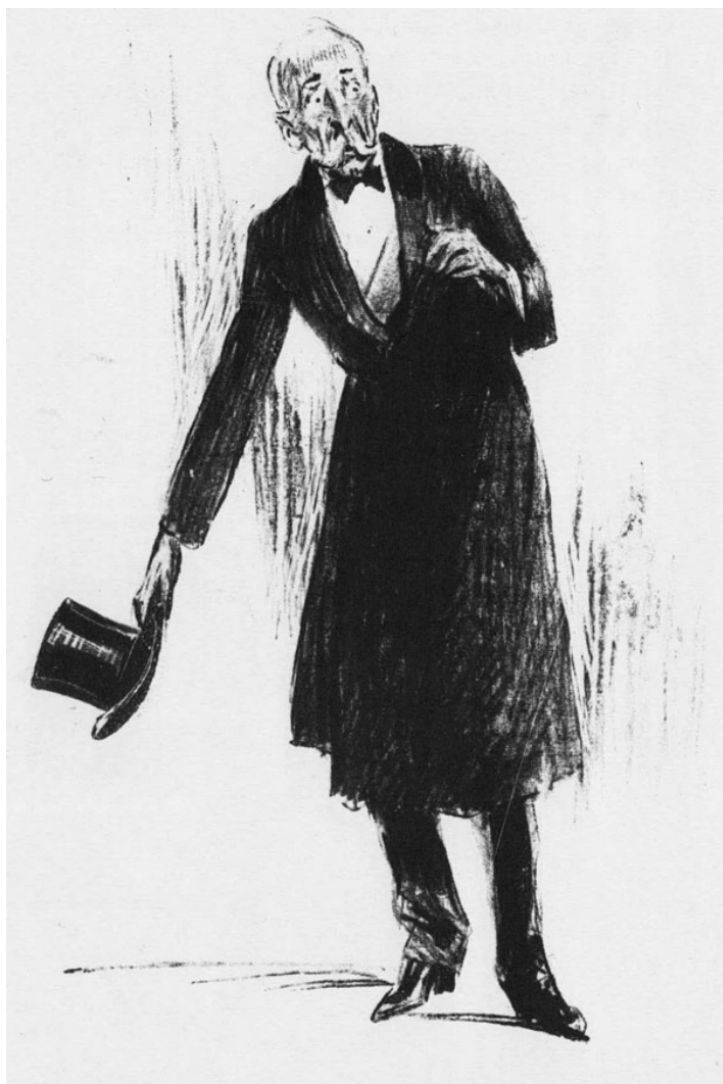
Por la mitad de la escalera subía ya el coronel Adye, el jefe de Policía de Burdock, a quien había sido dirigida la carta de Kemp. Permaneció contemplando estupefacto la repentina aparición del médico, seguido por una prenda vacía que luchaba en el aire. Vio correr a Kemp, que se esforzó por recuperar el equilibrio. Le vio tambalearse, correr hacia delante y caer al suelo de nuevo, derribado como si fuera un buey.

Y, de pronto, recibió un golpe violento. ¡Un golpe que le llegó de la nada! Un gran peso cayó sobre él y fue arrojado de cabeza por la escalera, sintiendo que lo agarraban por la garganta y que una rodilla le hacía presión en la ingle. Un pie invisible le pisó la espalda; una serie de pisadas fantasmales bajaron rápidamente por

la escalera; oyó que los dos oficiales de policía que se hallaban en el vestíbulo gritaban y corrían, y la puerta principal de la casa se cerró con violencia.

Se volvió y permaneció sentado mirando en torno suyo.





Vio a Kemp que bajaba tambaleándose la escalera, lleno de polvo y despeinado, con una mejilla aporreada, un labio sangrando y sosteniendo en el brazo una bata y algunas otras prendas.

—¡Dios mío! —exclamó Kemp—. ¡El juego ha sido descubierto! ¡Se ha escapado!

A la caza del Hombre Invisible

Durante unos instantes, Kemp no halló palabras para hacer comprender a Adye cuanto acababa de ocurrir. Estaban de pie, en el rellano de la escalera. Kemp hablaba atropelladamente, manteniendo en la mano las grotescas ropas de Griffin. Pero, al fin, el jefe de policía comenzó a comprender la situación.

—Está loco —dijo Kemp—. No es un ser humano. Es la imagen del egoísmo. No piensa más que en su propia seguridad, en lo que le conviene. Esta mañana he escuchado un relato que giraba en torno de su ego... Ha herido a varios hombres y matará a muchos más, a no ser que consigamos evitarlo. Creará el pánico. Nada puede detenerlo. Ha salido de aquí furioso.

—Tenemos que capturarlo —dijo Adye—. Es imprescindible.

—Pero ¿cómo? preguntó Kemp, que, de pronto, se sintió lleno de iniciativas—. Hay que empezar en seguida; hay que poner en movimiento a todos los hombres disponibles; hay que evitar que huya del distrito. Si consigue escapar, recorrerá el país a voluntad, asesinando y causando daños constantes. Sueña con un Reinado del Terror. ¡Un Reinado del Terror! Hay que vigilar los trenes, las carreteras y los barcos. La guarnición tendrá que ayudarnos; deberá usted pedir más hombres por cable. Lo único que le hará permanecer aquí es la esperanza de recobrar unos cuadernos de notas a los que concede gran valor. ¡Ya se lo explicaré más adelante! Tiene usted un hombre en la comisaría llamado Marvel...

—Lo sé —dijo Adye—. Lo sé. Sí..., esos libros.

—Tendrá usted que impedir que coma y que duerma. Esta región deberá estar día y noche en guardia contra él. Todos los alimentos deberán guardarse con llave, a fin de que se vea obligado a delatarse al buscar su comida. Todas las casas deberán ser cerradas a piedra y lodo. ¡Ojalá el cielo nos envíe noches frías y

lluvia! Todo el pueblo deberá comenzar la caza y no desfallecer. Le repito, Adye, que ese hombre es un peligro, una plaga. Es terrible pensar en lo que puede suceder si no se lo captura y encierra.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Adye—. Debo irme en seguida para empezar a organizarlo todo. Pero ¿por qué no viene usted? ¡Sí, venga también! Venga y celebraremos una especie de Consejo de Guerra. Pediremos la ayuda de Hopps y del personal de ferrocarriles. ¡Caramba! Es urgente. Vamos, por el camino me dirá qué otra cosa podemos hacer. Tendrá que anotarlo en un papel.

Un instante después, Adye abrió la marcha hacia el piso de abajo. Encontraron la puerta abierta y a los policías en la calle, mirando fijamente al vacío.

—Ha conseguido escapar, señor —dijo uno de ellos.

—Debemos ir inmediatamente a la Comisaría Central —dijo Adye—. Que uno de ustedes vaya a buscar un coche para que nos recoja inmediatamente. Y ahora, Kemp, ¿qué otra cosa hay que hacer?

—Perros —dijo Kemp—. Consiga unos cuantos perros. Aunque no lo vean, lo olfatearán. Consiga perros.

—Muy bien —contestó Adye—. Casi todo el mundo lo ignora, pero los funcionarios de policía de Halstead conocen a un hombre que tiene perros de presa. ¿Qué más?

—Tengan en cuenta —dijo Kemp— que lo que come es visible. Es visible hasta que asimila el alimento y, por lo tanto, después de comer tiene que esconderse.



No deben cesar en la búsqueda. Hay que registrar cada arbusto y cada rincón y guardar todas las armas o lo que pueda servir para el caso. No puede llevarlas durante mucho tiempo. De modo que todo cuanto pueda servirle para pegar y luchar debe ser escondido y guardado.

—Bien —dijo Adye—. ¡Me parece que conseguiremos atraparlo!

—Y en los caminos... —continuó Kemp. No terminó la frase y titubeó.

—¿Qué?

—Cristal pulverizado —dijo Kemp—. Ya sé que es cruel. ¡Pero considere lo que puede hacer!

Adye aspiró ruidosamente.

—No es juego limpio. Lo sé. Pero tendré preparado el cristal en polvo. Si va demasiado lejos...

—Le repito que ese hombre es un ser inhumano —dijo Kemp—. Estoy tan seguro de que establecerá el Reinado del Terror en cuanto se haya repuesto de las emociones de su escapatoria, como lo estoy de estar hablando con usted en ese momento. Nuestra única

oportunidad consiste en tomarle la delantera. Se ha apartado de la humanidad. Su sangre caerá sobre su cabeza [24].

El asesinato del señor Wicksteed

Parece que el Hombre Invisible salió de casa de Kemp sumido en una cólera ciega. Un niño que jugaba por allí cerca fue agarrado con furia y arrojado a un lado con tal fuerza que sufrió rotura en un tobillo. Durante las horas siguientes no volvió a ser visto. Nadie sabe adónde fue, o lo que hizo. Pero podemos imaginárnoslo corriendo cuesta arriba en aquella cálida mañana de junio, hasta llegar al campo abierto que quedaba sobre Port Burdock, rabioso y desesperado por su mala suerte, y refugiándose, al fin, cansado y jadeante, entre los matorrales de Hintondean para meditar de nuevo acerca de sus frustrados proyectos de dominar a sus semejantes. Ese parece haber sido su refugio, porque fue allí donde volvió a dar señales de vida de un modo harto trágico, hacia las dos de la tarde.

Se ignora cuál era su estado de ánimo en aquel espacio de tiempo, y qué planes trazó. No cabe duda de que debía de hallarse exasperado en grado sumo por la traición de Kemp, y aunque podemos comprender los motivos que condujeron a tal traición, también podemos imaginarnos, e incluso explicar hasta cierto punto, la ira que la sorpresa debió de ocasionarle. Probablemente volvió a experimentar las sensaciones de desilusión causadas por sus experiencias de Oxford Street, porque evidentemente había contado con la cooperación de Kemp para sus brutales sueños de un mundo aterrorizado. Sea como fuere se desvaneció a eso del mediodía y ningún ser humano puede atestiguar lo que hizo hasta las dos y media. Probablemente esto resultó afortunado para la humanidad, pero para él la inacción tuvo fatales consecuencias.

En aquel espacio de tiempo, un creciente número de hombres esparcidos por la comarca se ocuparon en preparativos para su captura. Por la mañana había sido simplemente una leyenda, un terror; por la tarde, gracias a la seca proclama de Kemp, se había

convertido en un antagonista tangible que había de ser herido, capturado y vencido, y todos los habitantes de la región se mostraron dispuestos a ello, con inconcebible rapidez. A las dos aún podría haber salido del distrito subiendo a un tren, pero, después de las dos, huir de ese modo se convirtió en algo imposible, porque cada uno de los pasajeros del tren en la red de ferrocarriles que atraviesa el paralelogramo limitado por Southampton, Manchester, Brighton y Horsham, viajaba encerrado con llave en su departamento y el transporte de mercancías fue casi totalmente suspendido. En un gran círculo de unas veinte millas alrededor de Port Burdock, hombres armados con rifles y garrotes comenzaron a salir en grupos de tres y cuatro, acompañados de grandes perros, para batir las carreteras y los campos.

Policías de a caballo vigilaban toda la zona, deteniéndose en cada vivienda y aconsejando a sus habitantes que cerraran las puertas con llave y permanecieran en el interior, a no ser que estuvieran armados. Todas las escuelas primarias se habían cerrado a las tres, y los niños, asustados y reunidos en grupos, se dirigieron rápidamente a sus casas. La proclama de Kemp, firmada por Adye, estaba reproducida en casi todo el distrito a eso de las cuatro o las cinco de la tarde. Concisa, pero claramente, exponía las condiciones de la lucha, la necesidad de que el Hombre Invisible no pudiera obtener alimento ni descanso, la necesidad de estar incesantemente alerta y de poner atención a cualquier movimiento sospechoso que delatara su presencia. Y tan rápida y decidida fue la acción de las autoridades, tan universal la fe en la existencia de aquel ser extraño, que, antes de que se hiciera de noche, una zona de varios cientos de millas cuadradas se hallaba en riguroso estado de sitio. Y también antes del anochecer un estremecimiento de horror recorrió a toda la campiña vigilante y asustada. Pasando en cuchicheos de boca en boca, con rapidez y seguridad, a todo lo largo y ancho del distrito alcanzó la historia del asesinato del señor Wicksteed.

Si nuestra suposición de que el Hombre Invisible se refugió en los matorrales de Hintondean es exacta, debemos deducir que en las primeras horas de la tarde salió de nuevo, después de haber trazado algún proyecto que hacía necesario el uso de un arma. No podemos saber cuál era aquel proyecto, pero la evidencia de que tenía la barra de hierro en la mano antes de tropezarse con Wicksteed es, al

menos para mí, abrumadora.

Nos es imposible conocer los detalles del encuentro. Ocurrió al borde de una cantera, a unos doscientos metros de la casa de lord Burdock. Todo nos hace suponer una lucha desesperada... El terreno pisoteado, las numerosas heridas que el señor Wicksteed recibió, su bastón hecho pedazos. Pero a lo que fue debido este ataque, de no ser a un frenesí sanguinario, es imposible de comprender. La teoría de la locura es casi inevitable. El señor Wicksteed era un hombre de unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, mayordomo de la casa de lord Burdock, de apariencia y costumbres inofensivas y la última persona en el mundo que hubiera podido provocar a tan terrible antagonista. Parece ser que el Hombre Invisible utilizó contra él una barra de hierro arrancada de un trozo de verja rota. Detuvo a aquel hombre pacífico, que volvía tranquilamente a su casa para comer, lo atacó, venció su débil resistencia, le rompió un brazo, lo derribó y redujo su cabeza a una pulpa sanguinolenta.



Naturalmente debió de haber arrancado la barra de la verja antes de tropezarse con su víctima. Debía de llevarla preparada en la mano. Sólo dos detalles, además de lo que ya ha sido relatado, echan alguna luz sobre el suceso. Uno de ellos es la circunstancia de que la cantera no estaba en el camino de la casa del señor Wicksteed, sino que había que desviarse unos doscientos metros. El otro es la declaración de una niña que afirmó que, cuando aquella tarde se dirigía a la escuela, había visto al hombre asesinado, «*trotando*» de un modo extraño, a campo traviesa, hacia la cantera. Su imitación de lo que vio sugiere claramente a un hombre persiguiendo algo que corre por el suelo y golpeándolo una y otra vez con su bastón. Aquella niña fue la última persona que lo vio con vida. El señor Wicksteed desapareció de su vista y fue al encuentro de la muerte. La lucha que siguió no pudo verse, por tener lugar detrás de un grupo de hayas y en una ligera depresión del terreno.

Esto, al menos en opinión del autor, elimina toda teoría de que

el asesinato fuera de modo alguno inmotivado. Podemos suponer que Griffin había cogido la barra de hierro, efectivamente, como arma de agresión, pero sin la premeditada intención de utilizarla para asesinar. Es posible que Wicksteed se cruzara en su camino y viera la barra moviéndose en el aire de un modo inexplicable. Sin pensar para nada en el Hombre Invisible —porque Port Burdock está a diez millas de distancia— debió de perseguirla. Es perfectamente concebible que ni siquiera hubiera oído hablar del Hombre Invisible. Podemos imaginarnos, pues, al Hombre Invisible, alejándose sin ruido para evitar que su presencia en el vecindario fuera descubierta, y a Wicksteed, excitado y curioso, persiguiendo aquel objeto extrañamente móvil, y atacándolo por último.

No cabe duda de que el Hombre Invisible, en circunstancias normales, hubiera podido alejarse fácilmente de su perseguidor de edad madura, pero la posición en que el cuerpo de Wicksteed fue hallado nos hace suponer que tuvo la mala suerte de perseguir a su asesino hasta colocarlo en un espacio simado entre un montón de ortigas y la cantera. Los que conocen ya la extraordinaria irascibilidad del Hombre Invisible podrán imaginarse fácilmente lo que sucedió a continuación.

Pero esto es pura hipótesis. Los únicos hechos innegables - porque las narraciones de los niños no suelen inspirar mucha confianza— son el descubrimiento del cuerpo de Wicksteed sin vida y de la barra de hierro manchada de sangre, abandonada entre las ortigas. El que Griffin hubiera abandonado la barra nos hace pensar que en la excitación emocional de aquel suceso olvidó el fin para el que la cogiera, si es que tenía un fin. Ciertamente que se trataba de un hombre intensamente egoísta y cruel, pero el espectáculo de su víctima, su primera víctima, yaciendo ensangrentada a sus pies, debió de hacer que alguna fuente de remordimiento, desde hacía mucho tiempo reprimido, surgiera en su interior, fuera cual fuese el plan de acción que se había trazado.

Parece ser que, después del asesinato del señor Wicksteed, atravesó la región hacia las colinas. Se habla de una voz oída al atardecer por una pareja de hombres que se hallaban en el campo cerca de Fern Bottom. Era una voz que gemía, reía, sollozaba y, de vez en cuando, gritaba. Fue creciendo en volumen por el centro de un campo de tréboles y, al fin, se extinguió en dirección a las

colinas.

En este espacio de tiempo, el Hombre Invisible debió de enterarse del rápido uso que Kemp había hecho de sus confidencias. Debió de encontrar las casas cerradas con llave y aseguradas; debió de vagar por estaciones de ferrocarril y rondar por tabernas y posadas, y sin duda leyó las proclamaciones y comprendió el alcance de la campaña que se había organizado contra él. Según fue avanzando la tarde, los campos comenzaron a poblarse de grupos de tres o cuatro hombres y el ladrido de los perros se oyó por todas partes. Aquellos cazadores de hombres tenían instrucciones especiales en caso de un encuentro para apoyarse mutuamente. Pero el Hombre Invisible consiguió evadirse de ellos. Nos es fácil comprender su exasperación, aumentada por el hecho de que él mismo había facilitado la información que con tanta saña era ahora empleada en contra suya. Aquel día, al menos, perdió ánimos; durante cerca de veinticuatro horas, exceptuando los instantes de su ataque a Wicksteed, fue un hombre perseguido. Durante la noche debió de comer y dormir, porque por la mañana se había repuesto y se mostraba de nuevo activo, poderoso, iracundo y maligno, dispuesto para su última gran batalla contra el mundo.

El sitio de la casa de Kemp

Kemp leyó una extraña misiva escrita con lápiz sobre un grasiento pliego de papel.

«Te has mostrado extraordinariamente enérgico y astuto —decía la carta—, aunque no consigo imaginar qué piensas salir ganando con ello. Te has vuelto en contra mía. Durante todo un día me has perseguido, has intentado robarme mi descanso nocturno. Pero, a pesar de todo, he comido, he dormido, y el juego no ha hecho más que empezar. El juego está empezando. No hay más remedio que dar comienzo al Terror. Esto anuncia el primer día de Terror. Port Burdock ya no obedecerá a la reina, díselo así al coronel y a todos los demás; me obedecerá a mí..., ¡el Terror! Este es el día primero del año I de la nueva era, la Era del Hombre Invisible. Yo soy el Hombre Invisible I. El principio será muy sencillo. El primer día habrá una ejecución para que sirva de escarmiento..., la de un hombre llamado Kemp. La muerte le llegará hoy. Podrá encerrarse con llave, esconderse, rodearse de guardias, ponerse una armadura si lo desea... La Muerte, la Muerte Invisible se cierne sobre él. Que tome precauciones; pero no conseguirá con ello más que impresionar al pueblo con mi poder. La Muerte surgirá del buzón de correspondencia al mediodía. La carta caerá en su interior en el momento en que se acerque el cartero. El juego comienza. La Muerte llega. No le ayudéis, pueblo mío, si no queréis que la Muerte caiga también sobre vosotros. En el día de hoy Kemp tiene que morir.»

Kemp leyó esta carta por dos veces.

—No es ninguna amenaza vana —dijo—. Es su voz. Habla completamente en serio.

Dio la vuelta a la página doblada y comprobó que el matasellos era de Hintondean y que, junto a él, se leía el prosaico detalle de: «*páguense dos peniques*».

Se puso en pie lentamente sin terminar el almuerzo - la carta había llegado con el correo de la una— y entró en su estudio. Llamó a su ama de llaves y le ordenó que inmediatamente diera una vuelta a toda la casa, examinara los cierres de las ventanas y bajara todas las persianas. El mismo bajó las de su estudio. De un cajón de su dormitorio extrajo un pequeño revólver. Lo examinó cuidadosamente y lo introdujo en un bolsillo de su chaqueta. Escribió varias notas, una de ellas para el coronel Adye, y se las entregó a su criada con claras instrucciones respecto al modo de salir de la casa.

—No hay ningún peligro —dijo, añadiendo con reservas mentales:

«Para usted».

Durante algún tiempo después, permaneció meditabundo y, al fin, se aproximó de nuevo al almuerzo, que se estaba enfriando.

Comió deteniéndose muchas veces para pensar y, de pronto, golpeó la mesa con fuerza.

—Lo cogeremos y yo seré el anzuelo. Irá demasiado lejos.

Subió a su estudio, cerrando cuidadosamente las puertas detrás de sí.

—Es un juego —dijo—. Un extraño juego. Pero creo que llevo todas las de ganar, señor Griffin, a pesar de tu invisibilidad y de tu osadía. Griffin *contra mundum*[25]... ¡con una venganza! —permaneció de pie junto a la ventana, contemplando la calurosa campiña—. Tiene que procurarse alimento todos los días. No le envidio. ¿Será cierto que ha dormido esta noche? Lo habrá hecho a la intemperie, para evitar tropiezos. Desearía que hiciera frío y un tiempo húmedo, en lugar de cálido. Es posible que en este mismo momento me esté vigilandó.

Se acercó a la ventana. Algo sonó débilmente en la pared debajo del montante y le obligó a echarse para atrás sobresaltado.

—Me estoy poniendo nervioso —dijo Kemp. Tardó cinco minutos en acercarse de nuevo a la ventana—. Debió de ser un gorrión —concluyó.

Poco después oyó la campanilla de la puerta de entrada y bajó

de prisa la escalera. Descorrió el cerrojo, examinó la cadena, la soltó y abrió cautelosamente, sin exponerse. Una voz familiar le llamó desde el exterior. Era Adye.

—Su criada ha sido atacada, Kemp —dijo desde el otro lado de la puerta.

—¡Qué! —exclamó Kemp.

—Le arrancaron la nota que llevaba para mí. El Hombre Invisible debe de andar muy cerca. Déjeme entrar.

Kemp soltó la cadena, y Adye entró en la casa abriendo la puerta lo menos posible. Permaneció de pie en el vestíbulo y miró con infinito alivio cómo Kemp aseguraba la puerta una vez más.

—La nota le fue arrancada de la mano, asustándola terriblemente. Está en la comisaría de policía con un ataque de histeria. El Hombre Invisible debe de andar por los alrededores. ¿Qué quería comunicarme?

Kemp lanzó una imprecación.



—¡Qué idiota he sido! —exclamó—. Debí habérmelo figurado. Estamos a menos de una hora de camino de Hintondean. Pero...

—¿Qué ocurre? —preguntó Adye.

—¡Mire! —dijo Kemp conduciendo al coronel a su estudio y entregándole, una vez allí, la carta del Hombre Invisible. Adye la leyó y emitió un silbido de asombro.

—¿Y usted...?

—Me proponía tenderle una trampa —dijo Kemp —, y le mandé a usted mi propuesta por conducto de una criada. Para que él se enterara.

Adye lanzó una exclamación.

—Huirá —dijo.

—No lo creo.

De pronto, llegó hasta ellos un ruido de cristales rotos desde el piso de arriba. Adye vio el brillante reflejo del pequeño revólver que sobresalía del bolsillo de Kemp.

—Es una ventana —dijo Kemp, disponiéndose a subir.

Mientras estaban aún en la escalera oyeron un nuevo destrozo.

Al llegar al estudio descubrieron que dos de las tres ventanas habían sido destrozadas, que la mitad de la habitación estaba cubierta de cristales rotos, y que una gran piedra había aterrizado sobre la mesa. Los dos hombres se detuvieron en el umbral y contemplaron el destrozo. Kemp lanzó una nueva maldición y, al hacerlo, la tercera ventana cedió con un ruido seco, como el de un pistoletazo, permaneció estriada unos segundos y el vidrio cayó al interior de la habitación convertido en triángulos diminutos y dentados.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Adye.

—No es más que el comienzo —dijo Kemp.

—¿Puede llegar trepando hasta aquí?

—Ni un gato podría hacerlo.

—¿No tiene contraventanas de madera?

—Aquí no. Las hay en las demás ventanas de abajo... ¡Hola!

El ruido de un nuevo destrozo y el crujido de maderas golpeadas resonó desde el piso inferior.

—¡Maldita sea! —dijo Kemp—. Eso debe de ser... sí, es uno de los dormitorios. Va a destrozarse toda la casa. Pero no se da cuenta de que las contraventanas están cerradas y que los cristales caen al exterior.

Adye apretó los puños.

—Se cortará los pies.

Una nueva ventana fue atacada. Los dos hombres se miraron perplejos.

—¡Ya sé lo que voy a hacer! —dijo Adye—. Déme un palo o algo que me sirva para el caso, y me iré al puesto de policía para traer los perros. Creo que ellos acabarán con él.

Una nueva ventana sufrió la suerte de sus compañeras.

—¿Tiene usted un revólver? —preguntó Adye.

La mano de Kemp se hundió en su bolsillo; pero titubeó.

—Lo tengo. Pero lo necesito para mí.

—Se lo devolveré dijo Adye—. Usted estará a salvo aquí dentro.

Kemp le entregó el arma.

—Ahora, a la puerta —dijo Adye.

Mientras permanecían indecisos en el vestíbulo, oyeron cómo una de las ventanas de un dormitorio del primer piso cedía hecha pedazos. Kemp se acercó a la puerta y comenzó a descorrer los cerrojos tan silenciosamente como le fue posible. Su rostro estaba un poco más pálido que lo normal.

—Tiene que salir inmediatamente —ordenó Kemp.

Segundos después, Adye estaba en el exterior y los cerrojos se corrían de nuevo. Vaciló un momento, sintiéndose más seguro con la espalda apoyada en la puerta. En seguida, irguiéndose con decisión, bajó los escalones, cruzó el césped y se aproximó a la puerta del jardín. Algo se movió junto a él.

—Espere un instante —dijo una voz.

Adye se detuvo en seco y su mano agarró con más fuerza la culata del revólver.

—¿Y bien? — preguntó, pálido y con todos los nervios en tensión.

—Le agradeceré que vuelva de nuevo a la casa —ordenó la voz, tan tensa como la de Adye.

—Lo siento —dijo Adye roncamente, mientras se humedecía los labios con la lengua. Calculó que la voz llegaba a él desde el lado izquierdo y por su imaginación cruzó la idea de probar suerte con el revólver.

—¿Dónde va usted? —preguntó la voz.

Se oyó un rápido movimiento y un rayo de sol se reflejó en el bolsillo abierto de Adye.



El coronel desistió de su idea y reflexionó.

—Donde haya de ir - dijo lentamente— es cosa mía.

No había acabado de pronunciar estas palabras cuando un brazo le rodeó el cuello, sintió que una rodilla lo empujaba por la espalda y cayó hacia atrás. Se puso en pie torpemente y disparó al aire. Un momento después recibió un golpe en la boca y sintió que le arrebataban el revólver de la mano. Hizo un vano intento de agarrar una pierna escurridiza, se esforzó por levantarse, y cayó hacia atrás de nuevo.

—¡Maldita sea! —exclamó.

La voz se echó a reír.

—Le mataría si eso no significara desperdiciar una bala —dijo.

Adye contempló el revólver, que, suspendido en el espacio y a poco más de metro y medio de distancia, le apuntaba.

—¿Y bien? —preguntó, incorporándose.

—Levántese —dijo la voz.

Adye se puso en pie.

—¡Atención! —ordenó la voz, que prosiguió con firmeza—. No intente hacerme ninguna jugarreta. Recuerde que, aunque usted no pueda verme la cara, yo veo perfectamente la suya. Tiene que volver a la casa.

—Kemp no me dejará entrar —repuso Adye.

—Pues será una lástima —dijo el Hombre Invisible—. Porque no tengo nada contra usted.

Adye se humedeció de nuevo los labios. Por encima del cañón

del revólver contempló el mar, que lucía un azul brillante iluminado por el sol del mediodía; contempló la campiña verde y el pueblo lejano y de pronto comprendió que la vida es dulce. Sus ojos se posaron de nuevo sobre el pequeño objeto metálico que se hallaba suspendido entre el cielo y la tierra a unos dos metros de distancia de él.

—¿Qué puedo hacer? —dijo de mala gana.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó el Hombre Invisible—. Usted iba en busca de refuerzos. Por lo tanto, tiene que volver a la casa.

—Lo intentaré. Si Kemp me deja entrar, ¿me promete no abalanzarse sobre la puerta?

—Le repito que no tengo nada contra usted —dijo la voz.

Kemp había subido precipitadamente al piso de arriba después de la marcha de Adye y, ahora, arrodillado entre los cristales rotos y atisbando cautelosamente por un extremo de la repisa de la ventana, vio a Adye parlamentando con el invisible. «¿Por qué no dispara?», se dijo. Entonces el revólver se movió y el reflejo del sol le hirió en los ojos. Se los protegió con la mano, intentando ver de dónde salía el reflejo cegador.

«Adye le ha entregado el revólver», exclamó.

—Prométame que no se abalanzará sobre la puerta —decía Adye mientras tanto—. No se aproveche de su ventaja y déle una oportunidad de defenderse.

—Usted vuelva a la casa. Le digo con franqueza que no le prometo nada.



De pronto Adye tomó una decisión. Se dirigió hacia la casa andando lentamente con las manos en la espalda. Kemp lo contempló intrigado. El revólver desapareció, emitió de nuevo un reflejo y volvió a desvanecerse. Por fin, después de una observación minuciosa por parte de Kemp, reveló su presencia como un pequeño objeto que seguía a Adye por sí solo. Entonces los acontecimientos se sucedieron con rapidez. Adye dio un salto hacia atrás, giró sobre sus talones y se abalanzó sobre el objeto. No consiguió agarrarlo, levantó las manos y cayó al suelo boca abajo, mientras una nube azul se elevaba en el aire. Kemp no oyó el sonido del disparo. Adye se retorció, se incorporó apoyándose en un brazo y cayó al suelo inmóvil.

Durante algunos instantes, Kemp contempló la postrada figura de Adye. El atardecer era muy cálido y silencioso y nada parecía moverse en el mundo, excepto una pareja de mariposas amarillas que se perseguían por entre unos arbustos, entre la casa y la puerta del jardín. Adye había caído sobre el césped, cerca de la puerta. Todas las villas que se alzaban a ambos lados de la carretera tenían las persianas echadas, pero en un invernadero se veía una figura blanca, evidentemente un anciano dormido. Kemp escudriñó los alrededores de la casa para descubrir el revólver, pero el arma

había desaparecido. Sus ojos volvieron a posarse en Adye... El juego había comenzado ciertamente.

En seguida oyó la campanilla de la puerta principal y unos golpes dados en ella con los nudillos, haciendo un ruido que fue creciendo hasta convertirse en un verdadero estrépito. Pero siguiendo instrucciones suyas, los criados se habían encerrado en sus habitaciones. A continuación, se hizo el silencio. Kemp permaneció escuchando, y después empezó a mirar cautelosamente al exterior, por las tres ventanas, una tras otra. Desde lo alto de la escalera escuchó con inquietud. Se armó con el atizador de la chimenea de su dormitorio y bajó a examinar de nuevo los cierres de las ventanas del piso inferior. Todo estaba tranquilo. Adye continuaba inmóvil junto al camino de piedra, en el mismo sitio donde cayera. Por la carretera, entre las villas, se acercaba su criada acompañada de dos policías.

Todo se hallaba sumido en un silencio de muerte. Las tres personas se acercaban con lentitud. Se preguntó lo que su enemigo estaría haciendo.

De pronto se sobresaltó. Desde abajo llegó hasta él el eco de un nuevo destrozo. Permaneció unos instantes indeciso y, al fin, decidió bajar una vez más. Por toda la casa resonaron pesados golpes y el astillarse de la madera. Hasta él llegó claramente el ruido de los cierres de hierro de las contraventanas al ser golpeados. Dio la vuelta a la llave y abrió la puerta de la cocina. Al hacerlo, las maderas resquebrajadas y hechas pedazos penetraron en la habitación. Lo contempló horrorizado. El marco de la ventana estaba aún intacto, pero en él sólo quedaban pequeños dientes de cristal. Las contraventanas habían sido atacadas a hachazos y en aquel momento el hacha descendía con fuerza arrolladora sobre el marco y las barras de hierro que lo defendían. De pronto saltó a un lado y desapareció.

Kemp vio el revólver, que se hallaba en el suelo, y observó cómo el arma se elevaba en el aire. Entonces se echó para atrás. Cerró la puerta de golpe y dio la vuelta a la llave. El revólver se disparó demasiado tarde y una astilla que saltó de la puerta al cerrarse cayó sobre su cabeza. Mientras permanecía de pie al otro lado, oyó las carcajadas y los gritos de Griffin. Después, los hachazos resonaron una vez más, con su acompañamiento de cristales rotos y maderas

astilladas.

Kemp permaneció en el pasillo reflexionando. El Hombre Invisible no tardaría mucho en entrar en la cocina. La puerta no constituiría para él ningún obstáculo y entonces...

La campanilla de la puerta de entrada sonó de nuevo. Serían los policías. Echó a correr hacia el vestíbulo, levantó la cadena y descorrió los cerrojos. Hizo hablar a la criada antes de retirar la cadena y, cuando al fin abrió, las tres personas entraron atropelladamente en la casa y Kemp cerró la puerta de golpe.

—¡El Hombre Invisible! —exclamó—. Tiene un revólver al que le quedan dos balas. Ha matado a Adye, o, por lo menos, lo ha herido. ¿No lo han visto en el césped? Está allí.

—¿A quién? —preguntó uno de los guardias.

—A Adye —dijo Kemp.

—Hemos venido por detrás —dijo la criada.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó el guardia que había hablado anteriormente.

—Está en la cocina... o, al menos, estará muy pronto. Ha encontrado un hacha...

En aquel momento la casa resonó bajo los terribles golpes que el Hombre Invisible daba en la puerta de la cocina. La criada miró en aquella dirección y echó a andar hacia el comedor. Kemp intentó explicarse con palabras entrecortadas, y oyeron cómo la puerta de la cocina cedía.

—Por aquí —dijo Kemp, poniéndose en acción y empujando a los policías hacia el comedor—. ¡El atizador! —dijo abalanzándose sobre la chimenea.

Entregó el que él tenía en la mano a uno de los guardias y el del comedor al otro.

De pronto se echó para atrás.

—¡Oh! —exclamó un policía. Dio un paso hacia adelante y enganchó el hacha con su improvisada arma. El revólver disparó su penúltima bala y desgarró un valioso Sidney Cooper. El segundo policía dejó caer su atizador sobre el arma, como quien ataca a una avispa, y lo lanzó rebotando al suelo.

A las primeras señales de lucha, la criada gritó, siguió gritando junto a la chimenea y después corrió a abrir la persiana, posiblemente con la idea de escapar por la destrozada ventana.

El hacha retrocedió hacia el pasillo y descendió hasta una altura de medio metro sobre el suelo. Se oía perfectamente la respiración del Hombre Invisible.

—Apártense ustedes dos —dijo—. Busco a Kemp.

—Nosotros lo buscamos a usted —dijo el primer policía, dando un rápido paso hacia adelante y blandiendo su atizador en dirección al lugar de donde salía la voz.

El Hombre Invisible debió de echarse hacia atrás y tropezó con el paragüero.

Entonces, mientras el policía se tambaleaba por inercia con el golpe que había fallado, el Hombre Invisible contraatacó con el hacha, el casco se arrugó como si fuera de papel y el hombre cayó rodando al suelo, junto a la escalera.

Pero el segundo policía, golpeando detrás del hacha con su atizador, tropezó con algo blando. Se oyó una aguda exclamación de dolor y el hacha cayó al suelo. El policía golpeó de nuevo al vacío y no encontró nada. Colocó el pie encima del hacha y golpeó de nuevo. Después permaneció inmóvil, agarrando con fuerza el atizador y escuchando para apreciar el menor movimiento.

Oyó que se abría la ventana del comedor y escuchó pisadas en el interior. Su compañero se dio la vuelta y se incorporó. Un reguero de sangre le corría entre el ojo y el oído.

—¿Dónde está? —preguntó el que estaba en el suelo

—No lo sé. Lo he herido. Debe de estar en el vestíbulo, a no ser que pasase por encima de ti. ¡Doctor Kemp! ¡Señor!

—¡Doctor Kemp! —gritó el policía de nuevo con voz estentórea.

Su compañero luchó por recobrar el equilibrio y al fin consiguió ponerse en pie. De pronto, oyóse el débil rumor de unos pasos en los escalones que descendían a la cocina.

—¡Aquí! —exclamó el primer policía, golpeando con su atizador. Sólo consiguió destrozar un pequeño brazo de una lámpara de gas.

Se disponía a perseguir al Hombre Invisible escalera abajo, pero lo pensó mejor y entró en el comedor.

—Doctor Kemp... —comenzó a decir. Pero se detuvo bruscamente—. El doctor Kemp es un héroe —ironizó mientras su compañero miraba por encima de su hombro.

La ventana del comedor estaba abierta y en la habitación no se veía rastro del doctor Kemp ni de la criada.

El comentario que el segundo policía hizo sobre Kemp fue tan terso como pintoresco.

El cazador cazado

El señor Heelas, el vecino más próximo de Kemp entre los propietarios de las villas, estaba dormido en su invernadero cuando comenzó el sitio de la casa de Kemp. El señor Heelas pertenecía a la gran mayoría que se negaba a creer «todas esas patrañas» acerca de un Hombre Invisible. Su mujer, sin embargo, como más tarde había de recordarle con frecuencia, creía en su existencia. El señor Heelas insistió en pasear por el jardín como si nada sucediera y por la tarde se durmió como tenía por costumbre desde hacía años. Durmió sin oír el destrozo que sufrían las ventanas y al fin despertó de pronto con la curiosa sensación de que algo iba mal. Miró a través del campo a la casa de Kemp, se restregó los ojos y miró de nuevo. Puso los pies en el suelo y se dispuso a escuchar. Entonces dijo para sí que aquel espectáculo inaudito continuaba siendo visible. La casa tenía aspecto de llevar mucho tiempo abandonada y de haber sufrido un violento ataque. Todas las ventanas habían sido destruidas, y todas, menos las del estudio, estaban defendidas por contraventanas interiores.

—Hubiera jurado que todo estaba normal —y consultó su reloj— hace veinte minutos.

Oyó entonces un gran estruendo y el rumor de cristales rotos llegó hasta él. En aquel momento, mientras permanecía sentado con la boca abierta, contempló algo aún más extraordinario. Las contraventanas del comedor se abrieron con violencia y la criada, vestida de calle y con el sombrero puesto, apareció luchando frenéticamente por forzar hacia arriba una de las hojas de la ventana. De pronto un hombre apareció a su lado ayudándola... ¡El doctor Kemp! Un momento después la ventana se abrió y la criada saltó al exterior; se inclinó hacia delante y se perdió entre los arbustos. El señor Heelas se puso en pie y lanzó una vehemente

exclamación al contemplar estos extraños sucesos. Vio a Kemp de pie en la ventana, le vio arrojar al suelo y reaparecer casi instantáneamente corriendo por un camino entre arbustos e inclinándose como si quisiera evitar ser visto. Se escondió detrás de un árbol y apareció una vez más trepando por una cerca que marcaba la línea divisoria con el campo abierto. Segundos después la había saltado y corría con todas sus fuerzas cuesta abajo, en dirección adonde se encontraba el señor Heelas.

—¡Santo Dios! —exclamó éste al hacerse la luz en su cerebro—. ¡Debe de ser el Hombre Invisible! ¡De modo que es cierto después de todo!

Cuando el señor Heelas pensaba de este modo, se ponía inmediatamente en acción, y su cocinera, que le contemplaba desde una ventana, vio, atónita, cómo se acercaba a la casa a una velocidad de unos quince kilómetros por hora. Se oyó un portazo, el sonido urgente de la campanilla y la voz del señor Heelas que rugía como un toro.

—¡Cierren las puertas, cierren las ventanas, cierren todo...! ¡Viene el Hombre Invisible!

Instantáneamente la casa se llenó de gritos, órdenes y carreras atropelladas. El mismo cerró el gran ventanal que daba a la terraza, y en aquel momento la cabeza, hombros y rodilla derecha de Kemp aparecieron por encima de la valla del jardín. Un momento después el médico había atravesado las esparragueras y corría por el campo de tenis hacia la casa.

—¡No puede usted entrar! —dijo el señor Heelas



echando el cerrojo—. ¡Lo lamento si viene detrás de usted; pero no puede entrar!

El rostro de Kemp apareció aterrorizado junto al cristal, golpeando, primero, y sacudiendo, después, enérgicamente el marco del ventanal. Viendo entonces que sus esfuerzos eran inútiles corrió por la terraza, saltó por encima de la barandilla y comenzó a aporrear la puerta lateral. Después dio la vuelta a la casa y salió a la carretera. Y el señor Heelas, que miraba desde detrás de la ventana, había apenas observado la desaparición de Kemp, cuando vio horrorizado que sus hortalizas eran pisoteadas por pies invisibles. Entonces huyó precipitadamente al piso de arriba y lo que sucedió después permaneció ignorado para él. Pero al pasar junto a la ventana de la escalera oyó que se cerraba la puerta de la verja.

Al salir de la carretera, Kemp echó a correr instintivamente cuesta abajo, y de ese modo repitió en persona la carrera que contemplara con mirada crítica desde su estudio, cuatro días antes. Corrió bien, si se tiene en cuenta que no estaba acostumbrado a ello, y, aunque su rostro estaba pálido y húmedo de sudor, no perdió el control de sus nervios. Corría a grandes pasos y cada vez que tropezaba con un accidente del terreno, o con un montón de piedras, o cuando un trozo de cristal roto brillaba al sol, lo saltaba dejando que los pies invisibles y desnudos los salvaran como pudieran.

Por primera vez en su vida Kemp descubrió que la carretera de la colina era indescritiblemente larga y desolada y que las primeras casas del pueblo que se elevaban al fondo se hallaban extrañamente remotas. Pensó que nunca había existido un método de viajar más lento o más doloroso que el correr. Todas las villas, que dormían bajo el sol de la tarde, estaban cerradas con llave y aseguradas. Cierto que no hacían sino obedecer sus propias órdenes,



¡pero, de todos modos, hubieran debido tomar en consideración una eventualidad como ésta! El pueblo se hallaba ya más cerca, el mar había desaparecido de su vista, a su espalda, y vio algunas personas que se movían. Un tranvía acababa de llegar al fondo de la cuesta. Más allá estaba la comisaría. ¿Eran pisadas lo que oía inmediatamente a su espalda? ¡Un último esfuerzo!

La gente del pueblo lo miraba con asombro, una o dos personas echaron a correr y Kemp sintió que comenzaba a respirar con dificultad. El tranvía estaba ya muy cerca y la taberna de los Jolly Cricketers cerraba ruidosamente sus puertas. Detrás del tranvía había postes y montones de grava de las obras de drenaje. Sintió el transitorio impulso de saltar al tranvía y encerrarse en él, pero después decidió dirigirse a la comisaría. Un instante después había dejado atrás la puerta de la taberna y se hallaba en el extremo sin empedrar de la calle, rodeado de seres humanos. El conductor del tranvía y su ayudante, atónitos ante su furiosa prisa, permanecieron mirándolo, con los caballos desenganchados. Más allá, las facciones

estupefactas de los braceros surgieron por encima de los montones de grava.

Su paso se hizo algo más lento, pero al oír las rápidas pisadas de su perseguidor, se apresuró de nuevo.

—¡El Hombre Invisible! —gritó a los braceros haciendo un vago gesto indicador. Siguiendo una repentina inspiración saltó la excavación haciendo que un grupo de hombres se interpusiera entre él y su enemigo. Después, abandonando la idea de ir a la comisaría, dobló por una calle lateral, empujó el carrito de un verdulero, titubeó durante una décima de segundo a la puerta de una confitería y después se dirigió a una bocacalle que volvía a la calle principal. Dos o tres niños que estaban jugando gritaron a su aparición y echaron a correr. Inmediatamente se abrieron puertas y ventanas y sus solícitas madres los obligaron a entrar en sus casas. Desembocó una vez más en la calle principal, a unos trescientos metros del término de la línea del tranvía, y entonces llegó hasta él el eco de un gran griterío y vio que todo el mundo corría.

Miró hacia la cuesta y descubrió que a unos doce metros corría un obrero gigantesco soltando imprecaciones y golpeando furiosamente al aire con una pala. Detrás de él avanzaba el conductor del tranvía con los puños apretados. Otros hombres seguían a aquellos dos, gesticulando y gritando. Por el centro del pueblo hombres y mujeres corrían, y vio claramente a un hombre salir de una tienda con un bastón en la mano.

—¡Desplieguense! ¡Desplieguense! —gritó alguien.

De pronto, Kemp comprendió que la caza había variado de aspecto. Se detuvo y miró jadeante a su alrededor.

—¡Está aquí cerca! —gritó—. Formen un cordón a través...

Recibió un violento golpe debajo de la oreja y se tambaleó; pero procuró no dar la espalda a su invisible antagonista. Consiguió mantenerse en pie y golpeó sin éxito al vacío. Entonces fue atacado de nuevo en la mandíbula y cayó de cabeza al suelo. Segundos después una rodilla presionó sobre su diafragma y un par de manos ávidas lo agarraron por la garganta, pero advirtió que una de ellas tenía menos fuerza que la otra. Sujetando las muñecas oyó un grito de dolor y en aquel momento la pala del obrero descendió desde lo alto y golpeó sordamente sobre un cuerpo. Kemp sintió que una gota de algo húmedo le caía en la cara. La presión sobre su garganta

cedió de pronto y haciendo un esfuerzo convulsivo se liberó, agarró un hombro y quedó mirando hacia arriba. Sujetó con fuerza los codos invisibles a la altura del suelo.

—¡Aquí lo tengo! —gritó Kemp—. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Sujétenlo! ¡Ha caído! ¡Sujétenle los pies!

Un segundo después la multitud se precipitó al lugar de la lucha, y, si un forastero hubiera aparecido por la carretera en aquel momento, hubiera pensado que se estaba celebrando un partido de rugby excepcionalmente violento. No se oyó ninguna voz después del grito de Kemp; solamente resonaron los golpes, las pisadas y las respiraciones jadeantes.

Después de hacer un esfuerzo supremo, el Hombre Invisible logró ponerse en pie penosamente. Kemp permaneció agarrado a su presa como un perro de caza que hubiera atrapado a un ciervo, y una docena de manos golpearon, agarraron y tiraron del invisible personaje.



El conductor del tranvía le cogió por el cuello y los hombros y le arrojó al suelo de nuevo.

El grupo de hombres se inclinó una vez más y me temo que lo

patearon salvajemente. De pronto se oyó un grito de:

—¡Piedad, piedad!

La voz cesó de hablar y se convirtió en un sonido parecido a un sollozo.

—¡Apártense, tontos! —gritó la voz apagada de Kemp. Al oírla, todos los hombres se echaron atrás—. Les digo que está herido. Apártense.

Hubo una breve pugna para dejar un espacio libre, y después el círculo de rostros ansiosos contempló al médico arrodillado a unos treinta centímetros del suelo, sujetando unos brazos invisibles. A su espalda un guardia retenía unos tobillos invisibles.

—¡No lo suelten! —gritó el obrero gigantesco que sostenía una pala ensangrentada—. Está fingiendo.

—No está fingiendo —dijo el médico levantando cautelosamente una rodilla—. Yo lo sujetaré.

Tenía la cara magullada y enrojecida, y hablaba con dificultad porque uno de sus labios le sangraba. Soltó una de las manos y pareció palpar la cara invisible.

—Tiene mojada la boca —dijo—. ¡Dios mío! —añadió.

Se puso bruscamente en pie y después se arrodilló en el suelo junto al cuerpo invisible. Todo el mundo empujaba y aparecieron nuevos espectadores, aumentando la presión del grupo. Del interior de las casas salían sus moradores y las puertas de la taberna de los Jolly Cricketers se abrieron de pronto de par en par.

Casi nadie habló. La mano de Kemp se movió y parecía acariciar el vacío.

—No respira —dijo—. Su corazón no late. Su costado... ¡Oh!

Una vieja que miraba por debajo del brazo del gigantesco obrero exclamó vivamente:

—¡Miren! —y señaló con uno de sus dedos.

Al seguir la dirección de su dedo, todos vieron el contorno de una mano débil y transparente, como si estuviera hecha de vidrio, de modo que las venas y las arterias, los huesos y los nervios apenas podían distinguirse..., una mano caída e inerte. Mientras miraban, fue haciéndose gradualmente más opaca.

—¡Hola! —gritó el guardia—. ¡Empiezan a vérselo los pies!

Y de este modo, lentamente, comenzando por sus manos y sus pies y subiendo despacio hasta los centros vitales de su cuerpo, la

extraña transformación continuó su proceso.

Fue como si un veneno se propagara con lentitud. Primero aparecieron las pequeñas venas blancas, trazando un confuso bosquejo de los miembros del cuerpo, después los huesos vidriosos y las intrincadas arterias, después la carne y la piel, al principio brumosamente, haciéndose después denso y opaco. Pronto pudieron contemplar su pecho y sus hombros, amoratados por los golpes, y sus facciones.

Cuando, por fin, el grupo hizo sitio a Kemp para ponerse en pie, vieron tendido en el suelo, desnudo e indefenso, el cuerpo apaleado de un joven de unos treinta años. Su cabello y sus cejas eran blancos —no blancos por la edad, sino blancos con la blancura del albino— y sus ojos eran de color granate. Tenía las manos agarrotadas y los ojos abiertos, con expresión de ira y desesperación.

—¡Cúbranle la cara! —gritó un hombre—. ¡Por el amor de Dios, cubran esa cara!

Tres niños que se habían abierto paso entre la multitud fueron bruscamente obligados a retirarse del lugar.

Alguien trajo una sábana de los Jolly Cricketers y, después de haberlo cubierto, lo introdujeron en la casa.

Epílogo

De este modo termina la historia del inaudito y maligno experimento del Hombre Invisible. Si el lector desea conocer algún otro detalle sobre él, debe acercarse a una pequeña posada que hay cerca de Port Stowe y hablar con el dueño. El emblema de la posada es una tablilla en blanco en la que sólo hay dibujados un sombrero y unas botas. El nombre de la posada es el que da título a esta historia. El dueño es un hombrecillo bajo y corpulento, cuya nariz es simplemente una protuberancia cilíndrica, de cabello escaso y cutis esporádicamente rubicundo. Si el lector bebe con generosidad, le hablará, también generosamente, de todo cuanto le ocurrió después de los sucesos anteriores y de cómo los jueces intentaron despojarlo del tesoro que le encontraron encima.

—¡Cuando descubrieron que no podían probar a quién pertenecía —repite—, intentaron hacerme confesar que yo había hallado un tesoro! ¿Tengo yo *aspecto* de ser una mina de oro? Y, después, un caballero me ofreció una guinea [26] por noche, sólo por contar mi versión en el Empire Music Hall.

Y si el lector desea cortar bruscamente la oleada de sus reminiscencias, siempre puede hacerlo preguntándole si no se habló en aquellos días de tres manuscritos. El confiesa que existían y explica que todo el mundo cree que *los tiene*. ¡Pero no es cierto!

—El Hombre Invisible los cogió para esconderlos cuando yo huí hacia Port Stowe. Ese doctor Kemp fue quien metió en la cabeza de la gente la idea de que yo los tenía.

A continuación se queda pensativo, contempla de un modo furtivo a su cliente, comienza nerviosamente a limpiar los vasos y pronto procura abandonar el bar.

Es un hombre soltero y no hay mujeres en la casa. Exteriormente utiliza botones; pero en sus prendas privadas, en los tirantes, por ejemplo, prefiere utilizar una cuerda. Dirige su posada sin grandes filigranas, pero con gran decoro. Sus movimientos son lentos y es

un gran pensador. Pero en el pueblo tiene fama de ser muy prudente y respetable, y su conocimiento de las carreteras del sur de Inglaterra es más amplio que el de Cobbett [27].

Los domingos por la mañana, todos los domingos del año por la mañana, permanece oculto al resto del mundo; y todas las noches, después de las diez, entra en su salita privada llevando en la mano un vaso de ginebra con unas gotas de agua y, después de haberlo colocado sobre la mesa, cierra la puerta con llave, examina las persianas e incluso mira debajo de la mesa. Después, satisfecho al comprobar que se halla en completa soledad, abre un armario y una caja que hay dentro del armario y un cajón que hay dentro de la caja, y saca a la luz tres volúmenes encuadernados en cuero marrón y los coloca solemnemente en el centro de la mesa. Las cubiertas están desgastadas y ligeramente teñidas de verde, porque en cierta ocasión estuvieron escondidas en una zanja y en algunas páginas la tinta desapareció debido al agua sucia. El dueño de la posada se sienta en una butaca y llena lentamente su pipa contemplando los libros con avidez. Después acerca uno de ellos y comienza a estudiarlo volviendo las páginas en todas direcciones.

Frunce las cejas y mueve penosamente los labios.

—Una equis, un dos pequeño a la derecha volado, una cruz y algo que no entiendo. ¡Señor! ¡Qué inteligente era!

Al cabo de un rato se echa atrás y, a través del humo de su pipa, parece como si contemplara algo oculto para el resto de los hombres.

—Llenos de secretos —dice—. ¡Secretos magníficos! Una vez que haya conseguido descifrarlos... ¡*Santo Dios!* No haría lo que *él* hizo; haría... ¿quién sabe?

Y aspira una vez más el aroma de la pipa.

De este modo se sumerge en un sueño, el sueño maravilloso de su vida. Y aunque Kemp ha buscado sin cesar y Adye ha interrogado a fondo, ningún ser humano, excepto el dueño de la posada, conoce el lugar donde se ocultan aquellos libros, que contienen el sutil misterio de la invisibilidad y una docena de otros extraños secretos. Y nadie conocerá su existencia hasta su muerte.



Apéndice

En un reciente simposio internacional sobre el tema «El Hombre y la Ciudad», el urbanista Manuel M. Piqueras incluía en su ponencia unas frases que, por su sugestivo significado, escogemos a modo de introducción para este apéndice: «Cuando a finales del siglo pasado el novelista británico H. G. Wells escribió su fantasía *El Hombre Invisible*, estaba sin duda muy lejos de imaginar que su extravagante creación habría de verse cumplida y aun superada por la realidad. Analizar la forma de vida en las grandes ciudades es constatar que, sin necesidad de fórmulas mágicas o químicas que alteren la coloración del cuerpo humano, el hombre actual, el hombre urbano es ya el hombre invisible. Porque si la invisibilidad consiste en no ser visto, en ser ignorado, no ser sentido o en pasar inadvertido, qué mejor definición le cuadra al hombre que habita nuestras ciudades. Vive indiferente, ajeno e insolidario. Encerrado entre sus cuatro paredes teme conocer al vecino y se resiste a que los otros invadan lo que pomposamente llamamos vida privada y no es sino privación de vida. La ciudad se ha convertido en lugar de desencuentro, en paisaje de cemento y cristal por donde sombras anónimas arrastran tediosas existencias. Ya no es ciencia-ficción hablar de una humanidad invisible. La profecía de Wells es hoy realidad cotidiana.»

La época

*La Era
Victoriana*

Cuando Herbert George Wells hace su entrada en el mundo, en

Inglaterra está declinando una de sus mayores épocas de esplendor económico, político y social: La Era Victoriana.

Se conoce con este nombre el período que comprenden los años 1837-1901, durante los que la Corona británica descansa sobre la augusta cabeza de la reina Victoria. Tomado en su conjunto, representa un dilatado tiempo de estabilidad y prosperidad general en el que no faltan sin embargo crisis, grietas y problemas. No es nuestra pretensión hacer un recorrido detallado o cronológico de todos los hechos que la historia registra. Nos fijaremos, eso sí, en aquellos rasgos económicos, políticos, sociales y culturales que modelaron el tejido social de la realidad británica.

*El progreso
científico-
técnico*

Si la Revolución industrial tuvo su origen en la Inglaterra del siglo XVIII, será durante los años Victorianos cuando alcance su mayor intensidad, difusión y amplitud. El avance científico y técnico pone sobre la escena económica nuevas fuentes de energía —electricidad, petróleo—, que vienen a sumarse al carbón y al vapor. Aparecen nuevas industrias y nuevas invenciones, y los transportes y las comunicaciones aceleran el desarrollo de su comercio y economía. Se incrementa la producción y la renta nacional, se eleva el nivel de vida y aumenta la capacidad de consumo de la población. El éxodo rural se intensifica y el crecimiento de las grandes ciudades y la aparición de nuevas profesiones (empleados, oficinistas) alteran de forma profunda las relaciones sociales y las formas de vida.

*El
maquinismo*

Al lado de este desarrollo económico prolifera la fe optimista en las virtudes del progreso y de la máquina. El progreso llega a considerarse una ley natural que actúa en todas partes, y la técnica, la máquina, deviene el nuevo Dios de quien se espera la resolución

de todos los males. Esta fe «de carbonero» no es de extrañar si se piensa que las gentes que vivieron aquellos años eran testigos sorprendidos de toda una serie de inventos que sin duda fomentaban su creencia de que en el futuro todos los problemas encontrarían fácil resolución.

*El
colonialismo*

La importancia de los territorios coloniales se incrementa según avanza la industrialización en la metrópoli. Frente al problema de la competencia mundial se confía en que su dominio permitirá la autarquía o autosuficiencia económica. El poder naval e industrial británico van a convertir a este país en la potencia colonial más importante de la historia. Los intereses económicos y políticos que subyacen en este imperialismo se justifican con el principio del deber de fomentar en el mundo el progreso y la civilización. Rudyard Kipling será el escritor británico que cante las excelencias de este imperialismo humanitario, aunque, al mismo tiempo y por su origen indio, no deje de denunciar algunas de sus tristes consecuencias. En 1876 la Reina Victoria es coronada como Emperatriz de la India, dando así rango oficial a lo que algunos autores llaman política «de saqueo británico».

*El avance
del
socialismo*

La industrialización provoca de forma inevitable el agrupamiento alrededor de las grandes ciudades fabriles de una innumerable multitud de trabajadores que, frente a las condiciones miserables de vida en que sobreviven, tienden a agruparse formando uniones, mutuas o sindicatos. Aunque el socialismo europeo va a adquirir los puntos principales de su ideología a través de las doctrinas de Marx, Engels o Bakunin, en Inglaterra los movimientos obreros adquirirán desde sus inicios un marcado

carácter reformista, por lo que, alejándose de la lucha de clases, verán en la evolución una forma positiva de actuar políticamente. En 1868 las asociaciones obreras inglesas crean la Trade Unions, que agrupará a su alrededor a la mayor parte de los trabajadores, y un año más tarde se funda la Liga Laborista, que será el germen del futuro Partido Laborista. Muchos intelectuales y escritores se verán influenciados por las doctrinas socialistas. En 1883 un grupo de ellos, Sidney Webb, George Bernard Shaw, crea la sociedad fabiana y defiende un socialismo humanitario al que H. G. Wells se sumará años más tarde.

Este tipo de movimientos basaría gran parte de sus programas de reforma en la defensa de una educación gratuita y general. La pedagogía se contempló como una posibilidad de mejorar de forma gradual la existencia de las clases sociales desfavorecidas, y, unido a esta defensa de la educación, surge el interés por acercar a las masas a la cultura, al arte y a la literatura.

*La Europa
de las
guerras*

Si nuestro autor nace durante la era victoriana, su dilatada vida le va a permitir comprobar hasta qué punto eran falsos el fiel y ciego optimismo de los que veían el progreso como una panacea y el conformismo de los que pretendían que a mayor cultura menor posibilidad de que los países saldasen sus diferencias con enfrentamientos bélicos. La Primera Guerra Mundial agriará las relaciones sociales en el interior de cada país y producirá un sentimiento de decepción —muchas veces transfigurado en frivolidad— del que tan sólo fuertes personalidades, como Wells, sabrán salir a tiempo. La crisis económica de 1929; la aparición del fascismo y el nazismo; la insolidaridad internacional y por último la Segunda Guerra Mundial convertirán los valores Victorianos en que Wells se crió en una auténtica reliquia histórica. Las guerras hicieron ver la otra cara del progreso: la carrera armamentista, la masificación de las personas, la explotación, y este hecho realzará

aquellas voces que, como la de Wells, ya en los tiempos felices avisaban de los peligros que el futuro podía traerle a la humanidad.

*La
literatura
inglesa*

Cuando H. G. Wells comienza su obra literaria, hace ya tiempo que los grandes autores de la gran época victoriana —Dickens, Thackeray, las hermanas Brontë, Trollope, George Eliot— habían dado sus mejores frutos. Los autores del momento eran George Meredith, Thomas Hardy y Samuel Butler. La generación literaria que acompaña a Wells puede verse como una transición hacia la novela moderna. Algunos de sus compañeros generacionales, como Kipling o Galsworthy, despiden la novela decimonónica, mientras que, Joseph Conrad, Henry James, parecen anunciar la novela del siglo XX, es decir, la que se genera alrededor de James Joyce, Virginia Woolf, Aldous Huxley o D. H. Lawrence.

El autor

*Orígenes
humildes*

Herbert George Wells nació el 22 de septiembre de 1866 en Bromley, pueblecito situado cerca de Londres. Sus padres eran de clase humilde, antiguos criados que habían establecido por su cuenta un pequeño comercio y que suplían las insuficiencias de sus ingresos comerciales con las ganancias que su padre aportaba por su práctica profesional del cricquet. A pesar de su condición social, o precisamente por ello, deseaban para sus hijos el logro de un nivel superior de bienestar. Su madre estaba ansiosa de que sus hijos alcanzasen una posición respetable, que ella identificaba como la de dependiente en una tienda de paños. Aun cuando no pudiera hablarse de la existencia de un ambiente cultural en su hogar, conviene señalar que su padre, aficionado a la lectura, inculcó en

sus hijos el amor por la literatura y se esforzó, a base de privaciones, por darles una educación básica sólida mandándolos a la mejor escuela que alcanzaba su estrecha economía.

Como consecuencia de un largo período de reposo que Wells hubo de pasar convaleciente de una fractura, su afición por la lectura se intensifica extraordinariamente.

*Ganarse
la vida*

Al igual que cualquier joven de su condición social, desde muy temprana edad buscó un empleo con que aportar dinero para el hogar familiar. Empleado en una fábrica de tejidos, ayudante de maestro y luego mancebo de botica fueron algunas de las vías por donde Wells intentó labrarse una profesión. Al mismo tiempo no abandonó su interés por la cultura y se matriculó en diversas escuelas nocturnas, donde aprendió las bases de las distintas ramas científicas.

Estudiante

Como premio a su esfuerzo sería recompensado con una beca para cursar estudios en la Escuela Normal de Ciencias de Londres, donde será alumno del gran científico T. H. Huxley. H. G. Wells no desaprovechará aquella ocasión única de alcanzar tanto «la situación respetable» que su madre pretendía como la satisfacción de sus inquietudes culturales múltiples. Una vez graduado se colocará como profesor —la pedagogía permanecerá siempre en él como campo de interés— y al mismo tiempo continuará estudiando, investigando y dirigiendo pequeñas revistas científicas en las que dará a luz sus primeros artículos. El esfuerzo intenso de aquellos años va a repercutir negativamente sobre su débil salud: la tuberculosis hará acto de presencia en su cuerpo. A pesar de todo, Wells continuará ampliando tanto sus conocimientos como sus

actividades.

Escritor

En 1894 le ofrecen la posibilidad de publicarle una novela que ampliase el tema de un antiguo relato suyo: *Los Argonautas*, especie de crónica de un viaje al futuro. En pocos días reescribe aquel material y entrega a los editores *La Máquina del Tiempo* [28]. De la noche a la mañana aquella novela lo convierte en un escritor de renombre. El libro se agota en pocas semanas y la crítica saluda el nacimiento de una pluma genial. La prensa de su tiempo busca llevar su firma hasta sus páginas y el éxito le permite abandonar sus anteriores ocupaciones y dedicarse a escribir nuevas novelas. Aquel mismo año aparece *La visita maravillosa* y año tras año sigue dando a la imprenta relatos que acrecientan su prestigio: *La isla del Dr. Moreau*, *El Hombre Invisible* y *La guerra de los mundos*.

Riqueza

y

socialismo

Al éxito literario le acompaña la fortuna económica. El bienestar, aquella situación que en su infancia le parecía imposible de alcanzar, se ha hecho realidad. Construye una casa propia, cómoda pero sin ostentación, y en ella se refugia para continuar trabajando y gozar de los placeres que su nueva posición social le reporta: el trato amable con los escritores de su tiempo, las visitas de admiradores y, pronto, el nacimiento de dos hijos varones, que llenarán de risas cada rincón de su casa y cada esquina de su espíritu. Al contrario de lo que pudiera pensarse, el ahora afamado autor no se queda embelesado y egoísta en su torre de marfil. Su preocupación por los temas sociales le lleva a ingresar en la sociedad fabiana y a desarrollar desde allí una inmensa labor de propagación del socialismo. Un socialismo que, él interpreta, ha de alcanzar el justo término entre lo individual y lo colectivo, entre la

libertad y la disciplina. Cada injusticia social, cada situación humana degradante o cada hipocresía social encontrará en él un acusador pertinaz. Cuando el movimiento sufragista conmovía los cimientos de la sociedad inglesa, no dudó en ponerse del lado de aquellas mujeres que fueron la vanguardia del movimiento feminista.

*Nuevo
Quijote*

Si los conflictos bélicos europeos hicieron que muchos intelectuales y artistas se refugiasen dentro de las cuatro paredes de la vida privada, H. G. Wells no dejará de hacer oír su voz para denunciar las amenazas y males de su tiempo. Serán los años en que se empeñe en potenciar la creación de una conciencia común universal y ello no sólo desde el lado teórico sino también el práctico. Se entrevista con las figuras políticas más importantes de su tiempo y organiza activamente congresos internacionales, de los que espera surja un lugar o institución donde los problemas de la humanidad se discutan, analicen y corrijan. La Segunda Guerra Mundial y las primeras explosiones atómicas hicieron que algunos de entre sus contemporáneos le denominasen como nuevo Quijote a quien las aspas de los modernos molinos de viento tiraron por tierra. A pesar de todo nunca Wells perdió su confianza en que la razón humana prevalecería por encima de los intereses opuestos, las luchas económicas y los patriotismos exagerados.

Final

Hasta sus últimos momentos vivió dedicado a la tarea literaria. Las enfermedades se cebaron en él durante sus últimos años. La tuberculosis volvió a visitarlo y su riñón se vio gravemente dañado. El 13 de agosto de 1946 murió plácidamente. En todos los rincones del mundo tuvo eco la noticia de su muerte. Miles de notas necrológicas aparecieron como homenaje póstumo. Aún cuando en

ellas se valorase de muy distintas formas la calidad literaria de su obra, una nota común se destacaba: todas afirmaban que con él moría una de las mentes más preclaras de su tiempo.

La obra

Notas periféricas

Con *El Hombre Invisible*, publicada en 1896, Herbert George Wells alcanzó una popularidad impresionante. Podría decirse que es su obra más conocida y traducida, y evidentemente representa uno de los mayores logros dentro del género de la ciencia-ficción. El cine la ha popularizado y su personaje central, como Frankenstein, es uno de los «mitos» de la sociedad contemporánea. Dentro del conjunto de la producción literaria de H. G. Wells se integra en el grupo de novelas fantásticas. En ella, aunque el punto de partida sea lógico y basado en una realidad científica concreta, predomina lo «arbitrario» y el intelecto humano está siempre presente.

Argumento

La trama novelesca corresponde a una serie de aventuras que suceden como consecuencia de la invisibilidad que el personaje de Griffin logra adquirir. Algunas de estas peripecias tendrán un marcado carácter burlesco y otras, sin embargo, alcanzarán tintes trágicos. Por eso y desde el punto de vista argumental la novela puede ser calificada como una tragicomedia. Dentro de la línea argumental se insertan una serie de discursos ideológicos a través de los cuales el autor explícita sus opiniones con respecto a los valores de la ciencia y, en algunas ocasiones, sobre las distintas posibilidades de gobierno en una sociedad. El hilo argumental descansa en el personaje de Griffin y el traslado de éste del

ambiente urbano al rural va a permitir que se haga un retrato de corte costumbrista de ambos medios.

El tema

Por debajo de la carpintería argumental —los riesgos y venturas de un hombre que consigue volverse invisible— el tema que recorre subterráneamente todo el texto puede resumirse en «*los peligros de la ciencia*», una de las ideas más arraigadas en el pensamiento del autor y que refleja su desconfianza frente a una versión absolutamente material del progreso.

Este tema se plasma en la novela siguiendo una doble dirección: riesgos para la sociedad y riesgos para el científico. Ambos ejes darán lugar a la estructuración de la trama y a toda la serie de momentos, sucesos y anécdotas que en ella se contiene. El tema indicado es uno de los más persistentes dentro de la ciencia-ficción, lo que ha llevado a algunos autores a pensar que subsiste en los escritores del género un miedo inconsciente hacia los avances históricos. En el caso de Wells entendemos que no puede hablarse de tal miedo y que la denuncia que la novela encierra proviene de su afán por prevenir y educar a los hombres de su tiempo.

La estructura

En íntima conexión con el carácter binario o doble del tema central, los materiales narrativos de *El Hombre Invisible* se reparten en dos bloques. El primero de ellos se centra en la presentación de la personalidad, circunstancia e imagen del Hombre Invisible. Su contenido se corresponde fielmente con el usual en los libros de ciencia-ficción[29], acompañado, eso sí, con unas pinceladas del especial humorismo de H. G. Wells. El segundo de los bloques narrativos se ocupa de contarnos la persecución y posterior captura y muerte del protagonista. Por su contenido está emparentado con los relatos de persecución y mantiene un tono más dramático, desarrollándose en un «tempo» o ritmo más vivaz que el anterior.

Desde otro punto de vista —el tiempo— la estructura de la novela puede ser calificada de lineal, es decir, la acción se sucede cronológicamente, aun cuando se incluyen algún que otro salto hacia atrás (capítulo 20) y en algún caso se narren de forma sucesiva escenas simultáneas (capítulos 11 y 12),

*Los personajes
principales:
Griffin, el
Hombre Invisible*

Toda la trama gira alrededor de Griffin, el Hombre Invisible. Presentado de forma misteriosa en las primeras escenas de la novela, poco a poco el autor nos va introduciendo en su secreto, sus problemas y ambiciones. Responde a la imagen-prototipo del sabio enloquecido que utiliza egoístamente sus conocimientos científicos. Coexisten en él dos circunstancias contradictorias: las facultades superiores que su poder le otorga y el desvalimiento: frío, hambre y soledad, que ese mismo poder le provoca. Este doble carácter hace que a veces sea visto con ternura, como un ser indigente o marginal y otras como peligro social y egoísta demente.

*El doctor
Kemp*

Aunque aparece por la mitad del relato, su papel es de extrema importancia. Encarna el tipo de científico solidario y responsable que procura poner su ciencia al servicio de la humanidad. Su encuentro con el Hombre Invisible supone una tentación semejante a la de Jesucristo en el desierto. También a él le será ofrecido el dominio del mundo. Este personaje, representante del pensamiento de H. G. Wells, elige ser leal a la sociedad antes que a la Ciencia y denuncia por ello a su extraviado colega.

Los

*personajes
secundarios*

Aunque el tema de la novela sea universal, es decir, válido para cualquier época o país, Herbert George Wells sitúa como fondo, o telón de su relato, el mundo rural inglés de finales del siglo XIX. Los personajes secundarios, la posadera, Marvel el mendigo, el policía, etc... están vistos desde una óptica casi costumbrista y en algunos casos caricaturesca. No puede decirse, sin embargo, que sean ridiculizados, aunque gran parte de lo cómico recaiga sobre ellos. En el fondo ostentan un sentido común y una sabiduría popular que Wells entiende como antídoto necesario y eficaz contra el maquinismo desaforado.

*Aspectos
formales:
el punto
de vista*

Aunque toda la novela cuenta con un único narrador de tipo omnisciente, el punto de vista con que se afrontan los hechos que tienen lugar en la novela no es unilateral ni uniforme. Ello se debe a que los diálogos —que ocupan más de la mitad de la novela— permiten un intercambio de ópticas entre los dos personajes que defienden posturas dispares. Este perspectivismo doble favorece un equilibrio narrativo, merced al cual se logra un cierto objetivismo y distancia.

*Estilo
y lenguaje*

H. G. Wells no es ni mucho menos un escritor preocupado por los problemas formales de la novela. Más bien ocurre todo lo

contrario. Para él el tema, la idea, ocupa el lugar más importante y ataca por ello las visiones demasiado estéticas de la literatura: «La literatura —escribe— no es orfebrería, y tiene muchas más finalidades que la perfección; cuanto más se piensa en cómo debe hacerse, menos se logra. Estas debilidades conducen a un camino fatal, que se aparta de todo interés natural para ir hacia el vacío de un esfuerzo técnico y un egoísmo monstruoso». Es de notar que estas opiniones se encarnan literariamente en la novela corta escrita por Wells, *La Perla del Amor*, en que un amante construye un gran monumento en torno al féretro de su amada, para concluir por arrojar a esta última como una mancha en la belleza perfecta de la totalidad. No se encuentran en *El Hombre Invisible* imágenes, adjetivos o construcciones literarias que sorprendan por su belleza o acierto. Están en ella sin embargo su inacabable inventiva, su agudo sentido de la vida, su abundante humorismo. Cuando la acción decae, pronto acude en ayuda del lector el episodio brillante que anima la lectura. Su prosa, ya que no muy elaborada, es de enorme fuerza y plasticidad. Buen ejemplo de ello es el hecho de que la invisibilidad del protagonista se transmite tan eficazmente al lector, que éste parece estar viendo aquello que con los ojos no se alcanza.

Constantino BÉRTOLO CADENAS

Bibliografía

* Sin año.

1 Reeditadas en *The Country of the Blind* (1911).

2 Contenidas en *El país de los ciegos y otras narraciones*.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
1888	<i>The Chronic Argonauts</i>	<i>Crónica de argonautas</i>
1895	<i>Select Conversations with an Uncle, Now Extinct, and Two Other Reminiscences</i>	<i>Conversaciones selectas con un tío, ya muerto, y otras dos reminiscencias</i>
1895	<i>The Time Machine: an invention</i>	<i>La máquina exploradora del tiempo</i> (1926).
1895	<i>The Wonderful Visit</i>	<i>La visita maravillosa</i>
1895	<i>The Stolen Bacillus, and Other Incidents</i> — Contiene: <i>The Stolen Bacillus</i> 1; <i>The Flowering of the Strange Orchid</i> 1; <i>In the Avu Observatory</i> 1; <i>The Triumphs of a Taxidermist</i> ; <i>A Deal in Ostriches</i> ; <i>Through a Window</i> ; <i>The Temptation of Harringay</i> ; <i>The Flying Man</i> ; <i>The Diamond Maker</i> ; <i>Epyornis</i>	<i>El bacilo robado, y otros incidentes</i> — Contiene: <i>El bacilo robado</i> ; <i>El florecimiento de la extraña orquídea</i> ; <i>En el observatorio Avu</i> ; <i>Los triunfos de un taxidermista</i> ; <i>Una venta de avestruces</i> ; <i>A través de la ventana</i> ; <i>La tentación de Harringay</i> ; <i>El hombre volador</i> ; <i>El fabricante de diamantes</i> ; <i>La isla</i>

	<i>Island</i> ¹ ; <i>The Remarkable Case of Davidson's Eyes</i> ¹ ; <i>The Lord of the Dynamos</i> ¹ ; <i>The Hammerpond Park Burglary</i> ; <i>A Moth Genus Novo</i> ¹ ; <i>The Treasure in the Forest</i> ¹ .	<i>Epyornis</i> ; <i>El extraordinario caso de los ojos de Davidson</i> ; <i>El señor de las dinamos</i> ; <i>El robo de Hammerpond Park</i> ; <i>Una mariposa nocturna</i> <i>genus novo</i> ; <i>El tesoro del bosque</i> .
1896	<i>The Red Room</i> ² .	<i>La habitación roja</i> .
1896	<i>The Island of Dr. Moreau</i> .	<i>La isla del Dr. Moreau</i> ^(s.a.) *
1896	<i>The Wheels of Chance: a holiday adventure</i> .	<i>Las ruedas de la fortuna: una aventura de vacaciones</i> .
1897	<i>The Plattner Story, and Others</i> . — <i>Contiene: The Plattner Story</i> ¹ ; <i>The Argonauts of the Air</i> ; <i>The Story of the Late Mr. Elvesham</i> ¹ ; <i>In the Abyss</i> ; <i>The Apple</i> ; <i>Under the Knife</i> ¹ ; <i>The Sea Raiders</i> ¹ ; <i>Pollock and the Porroh Man</i> ; <i>The Red Room</i> ¹ ; <i>The Cone</i> ¹ ; <i>The Purple Pileus</i> ¹ ; <i>The lilting of Jane</i> ¹ ; <i>In the Modern Vein</i> ; <i>A Catastrophe</i> ; <i>The Lost Inheritance</i> ; <i>The Sad Story of a Dramatic Critic</i> ; <i>A Slip Under the Microscope</i> ¹ .	<i>La historia de Plattner, y otras</i> . — <i>Contiene: La historia de Plattner</i> ; <i>Los argonautas del aire</i> ; <i>La historia del difunto señor Elvesham</i> ; <i>En el abismo</i> ; <i>La manzana</i> ; <i>Bajo el cuchillo</i> ; <i>Los invasores del mar</i> ; <i>Pollock (1941)</i> ; <i>La habitación roja</i> ; <i>El cono</i> ; <i>El sombrero de púrpura</i> ; <i>El plantón de Jane</i> ; <i>En estilo moderno</i> ; <i>Una catástrofe</i> ; <i>La herencia perdida</i> ; <i>La triste historia de un crítico dramático</i> ; <i>Un error bajo el</i> .

		<i>microscopio</i>
1897	<i>The Invisible Man: a grotesque romance</i>	<i>El hombre invisible</i> (s.a.)*.
1897	<i>Thirty Strange Stories</i>	<i>Treinta historias</i>
	— Contiene: <i>The Reconciliation; The Rajah's Treasure; Le Mari Terrible</i> (historias no publicadas). Diez historias de <i>The Stolen Bacillus</i> y los relatos contenidos en <i>The Plattner Story</i>	<i>extrañas</i> . — Contiene: <i>La reconciliación; El tesoro del rajá; El marido terrible</i> (historias no publicadas). Diez historias de <i>El bacilo robado</i> y los relatos contenidos de <i>La historia de Plattner</i>
1900	<i>Love and Mr. Lewisham</i>	<i>El amor de Mr. Lewisham</i> (1954).
1901	<i>The First Men in the Moon</i>	<i>Los primeros hombres en la luna</i>
1902	<i>The Sea Lady: a tissue of moonshine</i>	<i>La dama del mar</i> (s.a.)*.
1903	<i>Twelve Stories and a Dream</i>	<i>Doce historias y un sueño</i> (s.a.).
	— Contiene: <i>Filmer; The Magic Shop</i> ¹ ; <i>The Valley of Spiders</i> ¹ ; <i>The Truth about Pyecraft</i> ¹ ; <i>Mr. Skelmersdale in Fairyland</i> ; <i>The Story of the Inexperienced Ghost</i> ; <i>Jimmy Goggles</i> ¹ ; <i>the God</i> ¹ ; <i>The New Accelerator</i> ¹ ; <i>Mr. Ledbetter's Vacation</i> ; <i>The Stolen Body</i> ; <i>Mr. Brisher's Treasure</i> ; <i>Miss Winchelsea's</i>	— Contiene: <i>Filmer; El bazar mágico; El valle de las arañas; La verdad acerca de Pyecraft; Mr. Skelmersdale en el país de las hadas; Historia del fantasma Goggles</i> ¹ ; <i>inexperto; Jimmy Goggles, el dios; El nuevo acelerador; Las vacaciones del Sr. Ledbetter; El cuerpo robado; El tesoro de Mr. Brisher; El</i>

	<i>Heart¹; A Dream of Armageddon¹</i>	<i>corazón de Miss Winchelsea; Un sueño de Armageddon²</i>
1904	<i>The Food of the Gods and How It Came to Earth</i>	<i>El alimento de los dioses</i> (1954).
1905	<i>A Modern Utopia</i>	<i>Una utopía moderna</i>
1905	<i>Kipps: the story of a simple soul</i>	<i>Kipps</i> (1954).
1906	<i>In the Days of the Comet</i>	<i>En los días del cometa</i> (1954).
1908	<i>The War in the Air, and Particularly how Mr. Bert Smallways Fared while it Lasted</i>	<i>La guerra en el aire, y particularmente de cómo le fue al señor Bert Smallways mientras duró</i>
1908	<i>Tono-Bungay</i>	<i>Tono-Bungay</i>
1909	<i>Ann Veronica: a modern love story</i>	<i>Ann Veronica</i> (1954).
1910	<i>The History of Mr. Polly</i>	<i>La historia del Sr. Polly</i>
1910	<i>The New Machiavelli</i>	<i>El nuevo Maquiavelo</i> (s.a.)*.
1911	<i>The Country of the Blind, and other stories</i> — Contiene: <i>The Obliterated Man; A Vision of judgment; The Empire of the Ants; The Door in the Wall; The Country of the Blind; The Beautiful Suit</i>	<i>El país de los ciegos y otras narraciones</i> (1919). — Contiene: <i>El hombre eliminado; Una visión del juicio; El reino de las hormigas; La puerta en el muro; El país de los ciegos; El hermoso traje</i> . Y todos los relatos mencionados en nota 1.
1912	<i>Marriage</i>	<i>Matrimonio</i> (1930).
1913		

	<i>The Passionate Friends</i>	<i>Amigos apasionados</i>
1914	<i>The World Set Free: a story of mankind</i>	<i>El mundo se liberta</i> (s.a.).
1914	<i>The Wife of Sir Isaac Harman</i>	<i>La esposa de Sir Isaac Harman</i> (s.a.).
1915	<i>Boon, the Mind of the Race, the Wild: of the Devil, and the Last Trump: being a first selection from the literary remains of George Boon, appropriate to the times</i>	<i>Boon, el espíritu de la raza, los asnos salvajes del diablo y el último triunfo: una primera selección de la obra postuma de George Boon, adaptada a la época</i>
1915	<i>Bealby: a holiday</i>	<i>Arturo Bealby. Aventuras veraniegas</i> (1919).
1915	<i>The Research Magnificent</i>	<i>La investigación sublime</i> (s. a.)*.
1916	<i>Mr. Britling Sees it Through</i>	<i>Lo que el señor Britling entrevé</i>
1917	<i>The Soul of a Bishop: a novel —with just a little love in it— about conscience and religion and the real troubles of life</i>	<i>El alma de un obispo</i> (s.a.)*.
1918	<i>Joan and Peter: the story of an education</i>	<i>Juana y Pedro. Historia de una educación</i> (s. a.)*.
1919	<i>The Undying Fire: a contemporary novel</i>	<i>El fuego imperecedero: una novela contemporánea</i>
1922	<i>The Secret Places of the Heart</i>	<i>Los rincones secretos del corazón</i> (s.a.)*

1923	<i>Men Like Gods</i>	<i>Los hombres dioses</i> (s.a.)*.
1924	<i>The Dream</i>	<i>El ensueño</i> (s.a.)*.
1925	<i>Christina Alberta's Father</i>	<i>El padre de Cristina y Alberta</i> (s. a.)*.
1926	<i>The World of William Clissold: a novel at a new angle</i> (3 vols.).	<i>El mundo de William Clissold</i> (s. a.)*.
1927	<i>Meanwhile: the picture of a lady</i>	<i>Mientras tanto: retrato de una dama</i> (s.a.)*.
1928	<i>Mr. Blettsworthy on Rampole Island</i>	<i>Mr. Blettsworthy en la isla Rampole</i> (s.a.)*.
1929	<i>The King Who Was a King: the book of a Him</i>	<i>El rey que supo ser rey</i> (1929).
1929	<i>The Adventures of Tommy</i>	<i>Las aventuras de Tommy</i>
1930	<i>The Autocracy of Mr. Parham: his remarkable adventure in this changing world</i>	<i>La dictadura de Mr. Parham</i> (1931).
1932	<i>The Bulpington of Blup</i>	<i>Bulpington de Blup</i>
1933	<i>The Shape of Things to Come: the ultimate resolution</i>	<i>La forma de las cosas futuras: la última resolución</i>
1936	<i>The Croquet Player: a story</i>	<i>El jugador de croquet: un relato</i>
1937	<i>Star Begotten: a biological fantasy</i>	<i>La estrella engendrada: una fantasía biológica</i>
1937	<i>Brynhild</i>	<i>Brynhild</i>
1937	<i>The Camford Visitation</i>	<i>La visita a Camford</i>
1938	<i>The Brothers: a story</i>	<i>Los hermanos: una</i>

		<i>historia:</i>
1938	<i>Apropos of Dolores:</i>	<i>A propósito de Dolores:</i>
1939	<i>The Holy Terror:</i>	<i>El santo terror:</i>
1940	<i>Babes in the Darkling Wood:</i>	<i>Niños en el bosque oscuro:</i>
1940	<i>All Aboard for Ararat:</i>	<i>Pasajeros a bordo hacia el Ararat:</i>
1941	<i>You Can't Be Too Careful: a sample of life 1901-51:</i>	<i>No debes ser tan cuidadoso: una muestra de la vida en 1901-51:</i>
1957	<i>The Desert Daisy:</i>	<i>La margarita estéril:</i>
1969	<i>The Wealth of Mr. Waddy: a novel:</i>	<i>La riqueza del señor Waddy: novela:</i>

Notas

[1] Moneda de oro inglesa equivalente a veinte chelines antiguos. Fue acuñada por primera vez en 1489 por Enrique VII. Actualmente está fuera de circulación. Ha sido sustituida por la libra esterlina.

< <

[2] Brillantez. En francés en el original. < <

[3] Aficionado. En italiano en el original, aunque ya se usa el término castellanizado *diletante*. < <

[4] Alusión a la conocida parábola evangélica de los talentos. Véase *Mateo* 25, 14-30. < <

[5] Planta herbácea perenne, de la familia de las primuláceas, con hojas anchas, largas, arrugadas, ásperas al tacto y tendidas sobre la tierra. < <

[6] Tela de algodón con dibujo en relieve. En francés en el original.

< <

[7] Miembro de una secta protestante anglonorteamericana que niega el dogma de la Trinidad. Los unitarios rechazan el conjunto de la teología ortodoxa y se consideran a sí mismos el ala avanzada del liberalismo teológico. < <

[8] Aquí Wells crea el verbo *ventriloquizar* a partir del sustantivo ventrílocuo con fines expresivos. < <

[9] «La voz y...» En latín en el original. < <

[10] En voz baja. En italiano en el original. < <

[11] *Royal Society*. Es el equivalente británico de la Real academia de ciencias exactas, físicas y naturales. < <

[12] Formas o fases larvarias de ciertos moluscos v gusanos. < <

[13] En latín en el original. La frase completa sería *Cum grano salis* (o *Cum mica salis*) y significa que hay que tomar las cosas «con un grano de sal», es decir, con cierta reserva. < <

[14] Wilhelm Conrad Röntgen (1845-1923) fue el físico alemán inventor de los *rayos X*. En 1901 le concedieron el Premio Nobel de Física. < <

[15] Sección irregular de la membrana corioidea que se halla en los ojos de algunos animales, y que brilla debido a la ausencia del pigmento negro. < <

[16] Jerga. En francés en el original. < <

[17] Organización religiosa metodista fundada en Londres en 1865. Sus miembros se consideran un «ejército en servicio activo» contra la incredulidad y el pecado. < <

[18] Alusión a la frase bíblica: «Eres polvo y al polvo volverás». *Génesis* 3,19. < <

[19] El autor no es consecuente con la narración, pues el Hombre Invisible acaba de beber un vaso de leche y, al no haber transcurrido el tiempo suficiente para su asimilación, debería ser visible por los empleados de la tienda. (Véase el principio del capítulo siguiente.) < <

[20] Una de las principales arterias de Londres. < <

[21] Mercado de flores, frutas y verduras situado en el centro de Londres. < <

[22] *Dominó*: Traje talar con capucha que se emplea como disfraz.

Calicó: Tejido suave de algodón. *Cachemira*: Tela muy fina de lana.

< <

[23] Alusión a la traición de que fue objeto Sansón por parte de su mujer, Dalila, la cual vendió a los filisteos el secreto de la fuerza de su marido. Véase el *Libro de los Jueces* 16, 4-21. < <

[24] Alusión a lo expresado por el pueblo judío en el momento de la condena de Jesús por Pilatos: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». *San Mateo* 27,25. < <

[25] Contra el mundo. En latín en el original. < <

[26] Moneda de oro inglesa equivalente a 21 chelines antiguos. < <

[27] William Cobbet (1762-1835), político y periodista inglés, acalorado defensor del campo frente a los males de la industrialización, escribió una obra titulada *Recorriendo los pueblos*, que era una recopilación de artículos sobre los viajes que realizó por el sur de Inglaterra entre 1820 y 1830. < <

[28] Publicado ya en esta colección < <

[29] Véase la introducción general a la literatura de ciencia-ficción, publicada en el título de esta colección *La máquina del tiempo*.

< <